ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

CADORETO

BUENOS AIRES
1914

CADORETO

No._____

BIBLIOTECA "AMÉRICA"
DE COMPOSTELA

Donante Sr. / Angel Estrada y Cía
de Buenos Aires

OBRAS DEL AUTOR

Los Espejos

Alma Nómade

El Huerto Armonioso

La Plegaría del Sol

Los Cisnes Encantados

Cuentos

El Color y la Piedra

Formas y Espíritus

Redención

La Voz del Nilo

Visión de Paz

La Ilusión

Calidoscopio

Cádoreto

EN PRENSA:

El Triunfo de las Rosas

El Sueño

Las Tres Gracias

ANGEL DE ESTRADA (HIJO)

CADORETO

MARCA REGISTRADA

BIBLIOTECA AMÉRICA

UNIVERSIDAD - DE - SANTIAGO ESPAÑA

BUENOS AIRES

1914

Al Eminente escritor peruano

Francisco García Calderón.

PRÓLOGO

Este drama, tan irrepresentable como ficticio, pudo, si el lector lo quiere con un poco de buena voluntad, pasar en Carcasona, allá por los años de mil dos cientos treinta y tantos.

PERSONAJES

CADORETO.
RODOLFO DE TRINCAVEL, Señor de Carcasona.
AMELOT, mujer de Rodolfo.
SOR BERTA.
YOLANDA DE TOLOSA, hermana de sor Berta y mujer de FELIPE DE GALHAC.
AUSTORC DE GONTAUD, sobrino de Trincavel.
MONSEÑOR RADULPHE, obispo de Carcasona.
CLEÓN GÁSPARIS, astrólogo.
FLAMENC, verdugo de Carcasona.

IVÁN DE ACUÑA,
CAVAYER DE SEYRE,
GERMA DE RUADEL,
FERNANDO DE LOYNEZ,
PEDRO DE LA DORADE,
CASTELNAUDARY,
CANTACUSAC DE RYONS,
} gentileshombres.

CASTRUCIO, ministro de Trincavel.
LOBRATI, escudero de Castrucio.
EL SENESCAL DE ORMES.

EL CANÓNIGO COLOMIEZ,
PIBRAC,
DOUMEGE,
BROUL,
GALAUT,
VIGNIER,
DELVAIR,
} cofrades de la Cisterna.

RENAUDIN, médico.
OTH, maestro de armas.
JERÓNIMO, batelero del Aude.
RENATA.
MARGARITA.
CÉFIRO, paje de Castrucio.
CHABANEAU.
MEUNIER.
FERRUGIER.

Farautes, ministriles, soldados, pecheros, nobles, burgueses.

CADORETO

PRÓLOGO

En la torre de la Vade el astrólogo Gásparis apaga el fuego de una carquesa. Las llamaradas que salen por las bigoteras alumbran las armeñas de los astrolabios. Un almirez de metal se anima entre los alambiques de vidrio: el incendio desmaya y las cosas se inmovilizan. En grandes saeteras ferrados hilos se trenzan rudos, mas filtran la luz crepuscular de los lejanos Pirineos. Los bancos de sillería sustentan códices, junto a encubertadas bacanas de corte vertical y oblicuo: así el aparejo de combate resguarda la meditación laboriosa. Flamenc, el verdugo de la ciudad, observa curiosamente el cinturón de Gásparis, que más que ceñidor de un cuerpo parece astrágalo de una columna. Los signos del Zodíaco en oro, azur y púrpura, se estampan sobre la vitela como las mayúsculas de

un misal fantástico. Las sorpresas abundan: San Jorge y San Francisco simbolizan a los Gemelos; la Virgen es una Ceres volcando su cornucopia en el arcén de una fuente. El astrólogo se torna, con muestras de visible cansancio, y las luengas barbas que le caen dan al áureo León una melena blanca.

GÁSPARIS

Mis ojos ya fatigados necesitan el libre espacio... Como el sol en el horizonte, muere la llama en el horno. El sol sobre su sepulcro deja los astros: este fuego solamente cenizas.

FLAMENC

¿Y los pensamientos que os inspira y que sobreviven no significan nada?

GÁSPARIS

Significan hastío.

FLAMENC

El hastío, como el remordimiento, está en el hombre mismo: al segundo se le entrapaja con buenas acciones, al primero no se le recuerda. Leer en las manos, en los

libros, en los astros, ¿no es el mejor modo de olvidar el propio existir?

GÁSPARIS

Mira esos códices de varios pueblos y varias edades. Los unos vienen de Oriente, los otros de Roma; muchos de los celtas, no pocos de Egipto. Con signos hieráticos, con escrituras indohomeritas, con caracteres arameos embalsaman sus ciencias. Si los dibujos de sus ideas son distintos, el polvo que los cubre es uno solo. ¿Sale el polvo de estos muros o llega de esos campos? ¿Brota del cadáver de sus espíritus o lo dejó en sus cuerpos la sandalia del siglo?... Allá en los cielos la astral caravana de oro levanta la polvareda de la Vía Láctea.. Caed, nebulosos rayos: ¿no sois, al tocar mis libros, misteriosas cenizas de la lumbre lejana? ¡Silencio, imaginación, silencio! ¿Cuándo te trabarán pihuelas como a un azor? ¿Cuándo dejarás los aires de tu elemento? ¿Cuándo imitarás a las pínulas olvidadas oxidándote inerte? ¡Ah! Mi espíritu polvoriento, cual vieja cosa, se parece

al pergamino, que no comprende lo que el hombre le atribuye...

FLAMENC

¿Le atribuye?

GÃSPARIS

¿La expresión te asusta? Olvídala; mas recuerda cómo te vi en un sueño: ¡quién sabe si no he de acabar entre tus manos!

FLAMENC

Jamás podría, señor... Vos me habéis salvado de mí mismo. Obra de vuestros labios es mi vida espiritual. Pusisteis salubre aliento en la putrefacción de mi miseria. Os rindo homenaje; soy feudatario de mi maestro.

GÁSPARIS

La ley es ley, y tendrías que inclinarte. De todas maneras, más dulce me sería tu dogal en un patíbulo que una daga en un callejo. Se me ocurre que la muerte tendería sobre mis ojos una sombra de ternura: ¡el uso de la cuerda no ha encalle-

cido tu mano! Y nada de tristezas. Puede a veces la injusticia desencadenar tus hachas; no importa, eres inocente. Y hay que añadir que eres necesario. Si el sol rompiera el engranaje de los astros, Dios lo haría cercenar con su verdugo. ¡Que se imite en la Tierra el orden cósmico! El hombre que lo devasta debe desaparecer: tú devuelves a la Ciudad la armonía del movimiento.

FLAMENC

Gracias, señor, gracias. En mi duro destino degollar a un parricida es agradable ocurrencia: mas tiemblo ante otros acusados. Felizmente, en estos acedos tiempos los hombres de guerra se matan mirándose a la cara. Nosotros, en la inacción, los contemplamos desde las torres... Un amor singular me hizo entrever nueva vida. Si no fuera por ese recuerdo me habría ya conformado. Todo cambia menos el verdugo. Algunos se fueron con Roger; muchos vinieron con Monfort; el esclavo se transformó en amo; si hoy reina un bastardo de los

Trincavel, mañana el verdadero vizconde Raimundo se encontrará siempre con Flamenc. Impasible al pie de las horcas o impasible con su ancho parasonio en el puño, será el eterno ciprés del patíbulo. Pero el árbol inmutable y siniestro es árbol vivo y consciente. La hopalanda roja, el birrete rojo, las ínfulas rojas, infunden horror y me inspiran angustia. Aquí de buriel sombrío, allá de púrpura violácea, en la toca de carmín ardoroso, la hoguera me envuelve en sangre llameante y coagulada...

GÁSPARIS

Dí en las nubes de un poniente; dí en un incendio de sol que te abrasa y te purifica... Hay otro hombre que no cambia en Carcasona y ése no es víctima de su nacer.

FLAMENC

Cierto, el infame Castrucio. Lector del conde, supo cuando lo aprisionaron conquistarse al terrible Simón. Consejero cuando el despojo de Luis VIII, e inseparable del senescal Guillermo, entregó, siguiendo sus ins-

tintos, la ciudadela a Rodolfo. Se llamó entonces partidario del legítimo Raimundo y mentía. Traicionó, sin pensar en el vizconde, ni en las glorias de la casa de Beziers, para ser lo que es, el ministro de un tirano.

GÁSPARIS

Tirano o no, Rodolfo de Trincavel ha hecho óptimas cosas. Su mala sombra la tiene en el extranjero. El bienpareciente barragán, tan joven de años como hervoroso de ánimo, se deja dirigir por el favorito, que espolea sus pasiones. Mas no olvides que toda providencia justa fué obra suya. ¿Se conocen las pruebas de la traición de Castrucio?

FLAMENC

El que seria contundente, el senescal, no puede hablar. ¿Está Ormes en su prisión o ya no existe? Misterio. He aquí las últimas noticias. La reina, que contuvo siempre a su hijo, parece decidirse al cerco. La escalada de la ciudadela es imposible; se necesitarían nuevos traidores y los fieles a los lises

se fueron por no inclinarse. Doña Blanca no lo ignora, y esa debió ser la causa de sus hesitaciones. Además, Castrucio tiene mil ojos. Cual el viento de nuestros endiablados adarves, llegue de los Cevenas o sople de los Pirineos, silba en todos los rincones y levanta todas las máscaras. Raimundo de Trincavel ajusta mesnadas en el Aragón; si el vizconde se concierta con Rodolfo y el usurpador se inclina, Carcasona será más que inexpugnable. Conozco sus baluartes, sus torreones, sus alcázares: Francia, con braveza de mar, se estrellará en la impavidez de sus cantiles.

GÁSPARIS

En tanto, Castrucio nos gobierna. Ni lo vitupero, ni lo anatematizo; carece de arnés, pero su inteligencia le da cota y espada. Precisamente porque se comprende débil encuentra voluptuosidad en ensayar su fuerza. Y es pérfido porque no ignora que esa fuerza es efímera. Debe en el fondo despreciar a los hombres. Somos de diferentes planetas. Así como yo me alegro cuando el

fuego ensalma lo combinado en mis matraces, él cree que los elementos le obedecen cuando desencadena las pestes de los instintos. Yo gozo construyendo y él canta entre las ruinas. Quiso convertirme en su aliado; me odia porque no le ayudo en sus crímenes; y hoy sé menos de él que él de mí...

Flamenc

Castrucio lo sabe todo. Si los caballeros juegan en el alcázar, puede al siguiente día certificar pérdidas y ganancias, y lo que se dijo a cada golpe de cubilete. Y al mismo tiempo os contará lo que ha pasado en los más humildes corrinchos de los arrabales. Hay en mi vida un secreto; él es el único que lo conoce.

Cuando Roger hizo su viaje a Narbona, mi padre acababa de morir. El conde me incorporó al séquito, exclamando: "Ven, que pueden obligarme a colgar un escudo humano en los olmos del camino." Como agasajo del recibimiento hubo una fiesta de máscaras. ¡Noche primaveral, noche de locura! Las estrellas fosforescían en los cielos,

y los almiares ardían en las pendientes. Entre llamas, bajo llamas, respirábamos los mares y las campiñas. Acababa de cumplir los veinte años y con la inconsciencia de la juventud, penetré en el círculo de los caballeros. Una dama de mi señora, que desde antes me atraía, fué blanco de mis audacias. Todo conspiró a mi culpa. El contento de vivir que agitaba cosas y seres; la ebriedad y el vértigo de las farándulas de Provenza; la confusión, las músicas, el tumulto; las sombras propicias, los olivares misteriosos. Yo era el rey de los gentileshombres de Narbona: Virginia de Cladel, la flor más dulce del Langüedoc; las máscaras, nuestra corte. Y la pobre mujer, que adoraba el hipocrás, se perdió en la noche, sintiendo con las palabras del amor quizá la embriaguez del vino. Desde Carcasona tres meses más tarde hizo buscar al enigmático caballero, y no dándose con él, se abrió al conde, pues estaba en cinta. Roger, en compañía de tres de sus escuderos me envió a Narbona, diciendo: "Buscaréis a un bribón llamado

Mermellac, allí y en Tolosa y en la Provenza, y en todas partes, y donde lo encontréis, colgadlo. Ya véis, Flamenc, lo que ayer era broma, hoy es cierto." Fragüé una carta escrita por un amigo de Mermellac. Con ella mandé a Virginia un anillo que me confiara mi padre. El amigo ocultaba por prudencia su nombre, le hacía saber la muerte de su amante de una noche, y el deseo de que la joya fuese dada a su hijo. La expiación de mi crimen empezó a poco, cuando tuve que ahorcar por robos, al mísero gitano que había cumplido fielmente mi mensaje. Sin el valor de matarme, vi desde lejos más de una vez a la desgraciada, que murió en su parto. Y también murió el niño. ¡Feliz criatura! Pasó de la sombra a la sombra, sin que la luz le alumbrase un destino en el Mundo. Todas las misas y fundaciones que con mis economías se han dicho y hecho, y el correr de los años, no borran el horrible recuerdo. Me han salvado vuestra palabra y vuestra amistad: en otros tiempos, cuando ajusticiaba, había en mi brazo cólera vengadora,

cual si todo ser humano causase mis amarguras.

GÁSPARIS

La ley de la vida es el dolor: no sé cómo no tiemblan los que cantan y rien. Las sibilas, según parece, hallaban la videncia de su inspiración en el demonio; otros dicen que la raíz ígnea de su mente se hundía en los divinos campos de Dios; mas no olvidemos la profunda palabra de Aristóteles: Adquirieron su fuerza *per atram bilem*, lo que significa al impulso de negra melancolía. Yo he sufrido también en mi infancia y no me holgado en mi juventud: fuí una de esas auroras que nacen con las nubes de su tarde. La meditación y el estudio me dieron la serenidad; luego en el vacío de mi afán curioso, encontré una nueva inquietud, y un nuevo dolor en la lectura de manos y estrellas.

Los hombres gozan del libre albedrío; pero cada destino encuentra en la cuna la tentación de una senda.

Los astros predisponen, los astros no

determinan: la verdadera ley es: *Astra inclinant, non necessitant.* Advierte a un ser humano lo que debe hacer, y lo que debe evitar, y lo verás más ciego que el mineral o la planta. Si te interroga es para llegar conscientemente al abismo abierto. Quise impedir el viaje de Rodolfo a Tolosa: el joven oyó a Castrucio y nada lo contuvo. Sin embargo, su tema de Natividad deja prever en qué clase de aventuras encontrará la muerte. ¡Ley de la vida es el dolor! Apolo se enamoró de la Sibila de Cumas, que le dijo recogiendo arenas en la playa: "Perteneceré a quien me ofrezca años de vida correspondientes a este número de granos."

Así, en cambio de su amor, vivió siglos. Entonces sus cabellos de oro se volvieron blancos y también helados: de sus miembros se fué todo vigor bajo la nieve. Hoja seca sin el recuerdo de las antiguas savias, no le quedó de viviente sino el acento, y eso para augurar amarguras. He ahí el castigo de su ambición: las lágrinas ajenas les

corroyeron los ojos cual las solfataras de extranjeros volcanes.

FLAMENC

Vuestra voz me conmueve. Hay en su tono algo más de lo que decís. ¿Creéis en la proximidad de un cataclismo?

GÁSPARIS

Ese horno que comunica con la carquesa fué un horno para pan en caso de cerco; ese pozo de que extraigo agua para mis alambiques fué también fábrica de guerra; desde la barbacana vertical donde se apoya el astrolabio se corre un rastrillo; por las buhardas de la oblicua en que se atraviesa mi vara adivinatoria puede caer la pez hirviente; todo mi botamen estallará en el incendio; mis cristalinas retortas se fundirán en llanto rojo; y entre el agua de sangre, los muros volverán a escupir la muerte. Vine aquí prisionero de Simón y penetré con la algarada horripilante, yo que traía desde Grecia el silencio de mis sepulcros. Hoy mis horas están previstas: se irá te-

jiendo la desventura quien pidió a los espacios el ritmo que combate las nefastas influencias. Recorrí el jardín celeste, aspirando cada estrella como una flor, para desprender un canto de universal armonía... y nadie quiso oirme. Mas, respóndeme, ¿cuándo llega Trincavel?

FLAMENC

El sol se ha puesto; ya debía de estar en el Aude; pero no se advierte el tararás de las trompas.

GÁSPARIS

Quien me inquieta es Cadoreto. Se me antoja un siglo que no lo veo. Ni mis trabajos, ni mis ideas, reemplazan su compañía.

FLAMENC

¿Por qué mentir? Yo no le tengo afecto. En realidad, no conozco al bufón. Comprendo que me invitáis a vuestra torre, cuando él se ausenta; mi vista sin duda le desagrada.

GÁSPARIS

¡Cómo vencer los prejuicios que se heredan, que se cultivan y que, como el aire, forman una atmósfera! Pero si tú eres desgraciado, Cadoreto lo es también; si él te evita, a él lo evitan; tú te pones en contacto con los hombres cuando vas a matar y él cuando debe de hacer reir. La risa es el jadeo de su alma estrangulándose.

FLAMENC

Sin embargo, pasa a veces cerca de mis muros con Amelot de Trincavel; y la mujer no ríe, camina meditando.

GÁSPARIS

Amelot es ciega; Amelot es bella; Amelot es triste. Oyéndole la cuitada, vuelve a ver la luz de los cielos, la transparencia de los manantiales, el color de los montes. Sus ojos son los ojos del bufón, ojos melancólicos por cierto: es verdad que el crepúsculo es la más hermosa hora de la Tierra.

FLAMENC

¡Ah! ¡Cómo amáis a Cadoreto!

GÁSPARIS

Hace diez años que me acompaña, y a mi lado se ha vuelto hombre. Mucho estudié el cielo sin tocar los astros, ni aumentar sus lumbres: ríete si quieres: con él me he vengado, fabricándolo en mi sombra cual si fuese una estrella. Pues quien vence la fealdad física con la hermosura moral, define la armonía, quebranta el pecado, y, reviviente, se refleja en las aguas del Paraíso. No mires su hombro achaflanado, ni las arrugas de su rostro; contempla la dulzura de su mirada. Y pídele que cante: su alma se convierte en voz: las pausas del laúd se antojan el callar de las cuerdas por oir sus acentos.

FLAMENC

¡Cómo, cómo le amáis!

GÁSPARIS

Sobre todo en esta noche; porque estoy

muy viejo, y porque me empiezo a morir... Oye ahora. Tú eres el hombre del dolor, él el hombre de la alegría; cuando produzcas llanto, sufriendo un poco, pregúntate si quien provoca risas, no sufre mucho... He aquí tu Tema de Natividad; compáralo con este otro: ¿qué ves?

FLAMENC

Dos arañas redondas con patas de números agitándose en tela de signos insólitos. Decidme, ¿qué son las verticales que parecen líneas de hormigas? ¿Adónde llevan las cruces, los escaques, los losanges, los triángulos, las estrellas?

GÁSPARIS

Más complicado resulta eso que colegir cuarteles, y no comprenderías; pero entre las mansiones astrológicas, los planetas están en su trono, en destierro, en caída, en peregrinaje; y una conjunción pone a personas de diferente calidad en un mismo caso de muerte. El tema de arriba corresponde a Cadoreto: tu destino

coincidirá con el suyo... Ahora sí que nuestro amo llega: ¿no escuchas el clangor de las trompas?

FLAMENC

Restallan en el puente Viejo; responden las del Alcázar; vocinglean las de la puerta Narbonense. Hasta pronto, maestro; gracias por vuestra hospitalidad.

GÁSPARIS

Que la paz de Dios sea contigo. Voy a subir a mi atalaya; si no hay nubes esperaré a Cadoreto mirando el espacio.

El astrólogo toma un códice, que lleva al vecino aposento. Vuelve y pone en un nicho su bastón de Jacob. Observa un alambique que destila agua de flores de ocimo. Cruza entre las esferas armillares y recoge de tres morteros restos de medula de yezgo, semillas de hinojo verde, arilos de nebrina madura. Sale de la torre al adarve, y escala peldaños que parecen enjarges, cuando oye la voz del bufón.

CADORETO canta, y creyendo a Gásparis en su librería, se dirige a los alambiques y a los astrolabios.

En nombre del Arcipreste,
Viva ampolla de cristal,
Dame una gota inmortal
De la dulce Agua Celeste.

¿Adónde se ha ido el padre? ¿Nadie responde en su encantada torre? ¿Son sus cenizas las de los hornos? ¿Su espíritu se mueve en la última salamandra? Silfos del aire, ¿habéis dado su recuerdo a los Pigmeos de la Tierra? Ea, Genios de los elementos, responded a un mensajero de las Ninfas de las aguas.

Canta. *Y tú, astrolabio,*
Dile al bufón
Si en su torreón
Se oculta el sabio.

GÁSPARIS, entrando.

Tu voz me ha detenido en el camino del cielo.

CADORETO

Padre, un abrazo.

GÁSPARIS

Hijo mío, mi corazón te pertenece.

CADORETO

¡Ah! si mi destino os perteneciera como ese corazón que me ofrecéis; tendría la certidumbre de no morir acogotado.

GÁSPARIS

No hables de morir. Deja eso para mí, y oye lo que pasó en tu ausencia. Castrucio ha venido a verme muchas veces. El tunante hallaba placer en conversar conmigo; confieso que yo también me interesaba en sus pláticas. Es amable, es cultivado, es inteligente. Una tarde, hablando de venenos, le expliqué las propiedades de un terrible filtro, uno de los postreros recuerdos de mis estudios en Egipto. Dos gotas bastan para trasegar un magín y perder una razón; sin necesidad de conjuro, ni de imán en polvo, ni de sangre humana.

Volví la ampolla a la bujeta y me la han robado. Creo que a la pobre Amelot no le bastará con ser ciega y acabará loca. ¿Quién pudo llevarse el filtro sino Castrucio, única persona que con su escudero me ha vi-

sitado en estos últimos tiempos? Conozco, pues, un secreto suyo; me dejó entrever más de un criminal designio, tentándome a acompañarlo en la conquista de bienes, poderes, glorias, y todo ello me costará la vida.

CADORETO

No será mientras no me maten. Vuestras revelaciones doblarán mi vigilancia: voy a narraros las consecuencias del viaje. Como sabéis, la abadesa Berta había hecho nuestra alianza con su tío el conde; pero mientras hablaba de política, nuestro barón suspiraba por la monja. Y Rodolfo, en Tolosa, ha encontrado el trasunto de Berta, en Yolanda, su hermana melliza. Castrucio debía de haberlo previsto. ¡Ah, la maquinación infernal! La Providencia me llevó a un jardín en su hora. Los flecos de jazmines y los setos de rosas, que albergaban con mi alma la imagen de Amelot, me sirvieron de refugio. Salía en la noche a evocar bajo las estrellas a la que nunca me llamará su Fino Amante, y su sombra con misteriosa

oportunidad me develó la intriga. Oí un diálogo. Rodolfo pasará el mando de Carcasona a Felipe de Galhac, cuando llegue su primo el vizconde Raimundo, y Felipe que no tiene porque oir el grito de la sangre; podrá oponerse a la entrega de la plaza. Mas yo sé que igual cosa prometió nuestro amo al señor de Gontaud, quien, necesariamente, debe desaparecer. Nada embrida a Rodolfo; arremete como corcel espumante en sus deseos. Felipe de Galhac, en cambio del senescalato, se casará con Yolanda jurando respetarla y ofrendársela virgen. En la semana próxima Amelot de Trincavel tendrá una nueva rival y Cadoreto una nueva amargura. Asi como en las canciones de caballeria, envueltos vamos en invisibles madejas embarbascantes que tejen y destejen las buenas y las malas hadas.

Gásparis

¡Los astros no mienten! Los funestos errores despertarán con sus retumbos las

tempestades de las cavernas. Dime, ¿qué piensas hacer?

CADORETO

¡Vivir por la hermosura y ofrecerme en sacrificio!

GÁSPARIS

No basta eso. Necesitas aliados.

CADORETO

Ya lo sé. En tanto, mi aliado es el amor. Su ansia es mi pesadumbre; mi pesadumbre mi fuerza, y mi fuerza mi gala: os he oido decir que los alquimistas fabrican con la hiel topacios. Aunque dé, asi, mi adiós á la esperanza, brota de su agonía mi sustento. Odio a Trincavel, no como marido de Amelot sino como mal amante; no porque la posee sino porque la olvida; no porque la manda sino porque la injuria. También me digo que si Rodolfo la complaciese, tendría la mujer menos tiempo para oirme, y que le vitupero con ingratitud, y que debía agradecerle el abandono. Mas recuerdo vuestras lecciones, evoco las prác-

ticas del Amor Cortés, se me infiltra dulce serenidad, el equilibrio domeña mi inquietud, resplandece mi señora y sólo anhelo su fortuna. Padre mío, la salvaremos juntos.

GÁSPARIS

Al volver ¿has estado con ella?

CADORETO

¿Por qué me lo preguntáis? Es ya de noche y sabéis que soy su compañero en el día para sentir mejor la soledad de mi sombra. Hace dos semanas la vi al alejarme: como sus doncellas le indicaran el curso del séquito, agitaba sus velos. Y ahora y ayer y siempre, aunque esté invisible, me embarga, me obsesiona y me detiene. Quisiera escapar de estos horribles muros, que me evocan mi infancia y el pe-
renne triste hado de mi condición. ¡Venturosos una y mil veces los trovadores gentileshombres! ¡Malhadados los trinos del ruiseñor que no se engendran entre las plumas del águila! Nunca seré el vasallo de su íntimo feudo; nunca entrará mi espíritu en

la lumbrera de su parcialidad. El verdadero júbilo acendrado está en la mutua confianza, sin caer en las decepciones humanas. Amelot es la fuente de mi *Gozo*, el gozo que inspira al caballero el santo entusiasmo, capaz de todos los heroísmos, y de todos los actos de piedad que nos purifican elevándonos. Con tan potente arma se rompen las breñas, se suavizan los riscos, y se sube a la cima del éxtasis. El corazón del Fino Amante late con la sangre de su dama, y en el ápice de la cumbre refleja el amor divino. Más ella me despreciaría si me viera; me odiaría si supiese que la adoro: soy un trashumante juglar, plebeyo refajo de un telar sin nombre, hoja macerada vuelta al árbol de su primera amargura. Sin embargo, el laúd del Arte Cortés puede adquirir la forma de un escudo, y a los adamares de las hermosas, torcerlos como heráldicos lambrequines. ¿No fué el iniciador de nuestra Gaya Ciencia el conde Guillermo, duque de Aquitania? ¿No dicen que Folqueys, el obispo de Narbona, el trovador de la Virgen, vislumbra ya en

su sueño la Santa Sede y las apostólicas llaves? Nada les resiste en el Mundo: sus cantares corrivan las aguas de todos los honores. Un Conón de Bethune se cruzó dos veces y medió decisivamente en las luchas de Tesalónica, Corfú y Constantinopla; Folquet de Marsella que enamoró a la hija del emperador de Bizancio rematú su vida como obispo de Tolosa; de Guillermo Ferrières, paladín en la cuarta cruzada, los templarios hicieron su gran Maestre.

¡Ah! no les faltan los hechizos del amor, los ardimientos de los combates, las pompas de la Iglesia; y exhalando plantos, promoviendo tenzones, echando al viento dezires y romances, nimban a la Poesía con el relámpago de sus armas. Trovadores y troveros se confunden en el mismo sentimiento; se elevan sobre pueblos y amos; no son del Norte, ni son del Sur; olvidan los lindes del Oil y del Oc; forman el alma de la Francia trasvolando montes y llanuras, castillos y catedrales. Y llevan el ritmo

y el verbo, a las lejanas princesas y a los lejanos países, como el señor de Blaye, como el duque de Bretaña, muriendo con gloria en tierra de infieles; o como el gran Thibaut, pueden cortejar a las reinas Blancas, sentarse en el trono de Navarra, y convertir los ecos de su vihuela en rayos de su nombre. ¿Cómo no he de sentirme, mi querido maestro, más desdichado? Recorrí desde niño con mi madre, la gitana, las ciudades y las campiñas. Buscábamos las coronaciones, los torneos, las bodas. En el invierno, la escuela del trovar perfeccionaba a la incansable cigarra, que en el estío, embriagándose de sol, vibraba en el aire transparente. Recibí alguna vez, briales, arneses y hasta bridones; pero nunca la simple rosa del coselete de una dama. No traía juglar como otros trovadores para hacer cantar mis versos: los amaba con arrobo y con mi sangre; sus notas me salían de las entrañas. Yo mismo los modulaba; todos los aplausos y lagoterías eran para mí; y aquello me sonaba a monserga, como que el estrépito y el palabreo ni

enmendaban mi fealdad ni ilustraban mi linaje.

El primer gran castillo a que penetré fué el de Brienne: pronunciar su nombre, me significa aun, revivir esa hora del condado. El sol flotaba sobre su bosque, entre los jirones de la niebla: parecía la estrella purpúrea de un cometa blanco que había desgarrado en los árboles su cola. Mi alma, que atraían las copas, huyendo del cierzo otoñal, se refugiaba en el calor del cuerpo. Acacias, encinas, abedules, alisos, desprendíanse en sus socolladas de los reflejos de un poniente; pues los celajes se habían transformado en ramas; y las hojas áureas con el recuerdo estival, escarlatas con la sangre de la savia moribunda, caían como de las fraguas del sol mismo. En los atajos las hacían crujir mis abarcas: ¿por qué los atavíos marchitos dan sus adioses al cielo con esas tintas de apoteosis? ¡Ah, quién pudiera sorprender en su misterio, el espíritu creador de la universal armonía! En ciertas sendas pantanosas se clarificaban los trampales, y las

oblongas placas miraban de pronto con pensativos ojos, y los árboles reflejados eran sus absortas pupilas. Más allá un estanque abríase transparente: los cisnes tejían la ronda de las horas en las grutas de los sauces. Las horas se cernían sobre las plumas de nieve, con el verdor áureo y rojo de las ramas, y el cierzo que las estremecía mezclaba al heraldo invernal el último eco del estío.

Traspuse en una abatida de vallados las púas de sus bardales; y al fin de una moheda que traslapaba los torreones apareció el alcázar. Vi entonces a la Ninfa del Otoño. No olvidaré nunca el verdeante resplandor de su mirada: huía del puente, temiendo enredar en el rastrillo su cabellera de hojas. Y con melancólico canto dijo al jirón de las nieblas, y a los sauces, y a los cisnes, que en los alambores se hospedaba el Invierno. De allí saldría con sus vientos para helar las fuentes y los regatos; de allí partiría su silencio hasta el corazón de la selva, para entumecer las aves y los ceceos, las voces y los murmurios... Me encontré dentro del

castillo y comprendí que la Ninfa se equivocaba pues el cano romero no quería irse. Envueltas en sus briales, las doncellas traspeinaban el tocado de sus señoras: los caballeros iban a llegar de montería: y el Invierno, entre las damas, muy contento junto al enorme llar, calentábase en la chamarasca de otoñales ramazones.

En el mutismo de los paramentos sentía yo el ardor de frenética vida. Las azagayas arrojadizas, los bohordos de los torneos, los lanzones de mortal moharra, las cortas escarcinas, los desmesurados montantes, las alabardas, las partesanas, las ligeras jaras, los rudos venablos, formaban bosque de troncos impacientes. Y opulentas garzotas, vistosos airones, flámulas con divisas, favores con motes, joyeles jaquelados, ceñían la áspera maraña como si fuesen sus hojas. El bosque esperaba el viento de la guerra y el frenesí de la cruzada para vibrar acérrimo. En las veras se levantaba densa nube de sombras y brillazones: las láminas de los puntiagudos escarpes, los brazales de las cotas, las cotas de bruñidas mallas, las

vaquetas de las bardas, los cueros de los barbutes, los férreos capillos de hirsutos bordes y los férreos bacinetes de almenas pujantes. Allí dormían la tempestad y el rayo. Luego tendíase un lago, también dormido, pero que ninguna piedra lograba despertar: los acentos del trovador guardaban el secreto de su existencia. Era aquello un cementerio de la cetrería: las largas manoplas de las licas, los capirotes, los lazos de pihuela, adornando testas de jabalíes y pernos de carlancas, mezclábanse al averío empajado y famoso en los recuerdos de Brienne. Un alcotán de calzas de púrpura y cola de fuego; azores de picos de sombra, de vientres de algodón, de manchas negras y piernas amarillentas; un alfaneque pardo de puntilleo blanco cual si lo hubiese muerto nivosa ventisca. Sólo la voz cantante les volvería el épico vuelo y el traquear de los cascabeles; sólo el aéreo ritmo les daría la visión del espacio con la víctima huyente y la certera herronada... El tararás de las trompas estremeció el alcázar, temblaron los puentes, y el relincho de

las cabalgadas vibró con el latir de las jaurías. Oyóse claro el agudo ladrido de los ventores, el algarear de los jateos, el bronco alarido de los alanos; y entre órdenes sibilantes entraron los de montería más elásticos que corzos y más fuertes que toros.

Y allí, junto a la chimenea, donde se calentaba el Invierno, dando respiro a la Ninfa del Otoño, me hicieron cantar y canté las hojas. Canté la felicidad de aquellas hijas del sol: ¿no hallaban en vez de la podredumbre al rodar por los campos, un fin glorioso al morir en el fuego? Y canté los amores de su hermosura, mas anhelando, galante, que las damas reflejasen todo, menos su suerte. ¿Por llorar al Estío, no se desnuda la selva, cuando helándose necesita su manto; y no se viste para recibirlo, al serle inútil entre sus caricias, el ropaje de las frondas?... El sumiller colmó los ávidos cuernos y el conde me regaló el más primoroso: aun repercutían los aplausos y yo había olvidado mis acentos. Pensaba que el castillo estaba lleno del trovador ausente, de Juan de Brienne, el cruzado y el

poeta. Veía al que murió ha poco en Constantinopla, al héroe de Egipto, elegido rey de Jerusalén, administrando los Estados de la Iglesia, y poniendo gloria y honor, entre layes y canciones, al pie de su dama, reina ideal de toda cortesía. Y desde entonces esa aspiración de mi alborada me siguió como inofensiva sombra; pero hoy que Amelot de Trincavel me ha uncido al carro de su existir, es lumbre atroz de mi miseria.

GÁSPARIS

Hijo mío, hijo mío; la ambición, buena para fortificar, es mala como vino embriagador. Aspira a que te armen caballero sin perseguir esos fantasmas en tus sueños. Evoca lo que son nuestros pies en las sendas, y no permitas que te alucinen las alas sobre los abismos. Imita al río, corra tu alma por su cauce verdadero, y ennoblecerá las imágenes reflejadas. Eres el amor, la bondad, el heroísmo: vence toda pasión bastarda y ríndete a las acciones bellas. Amelot te brindará bálsamo y amargura: así el agua y el fuego

dan la perfección del temple. Debes amar como la noble copa vibra: no olvides que grabarle un nombre con mano sensual de diamante es quitarle la pureza del timbre. Y créeme, entre los hombres, los minerales y las plantas, hay relaciones sutiles que designan los planetas: ellos establecen con su armonía las armonías del Mundo. Si las rompemos con nuestros desordenados instintos, las equilibramos con nuestra rígida mente. Levántate por sobre la visión humana de los honores; deja la arcilla corrumpente, y sea tu espíritu carne de luz de los astros, bogando como chispa creadora bajo la mirada del Dios que los gobierna. Y ríete de los contornos y no analices las materias: el peñón macizo y la nube vaporosa vierten igual agua fecunda, y de la transparencia fluye, lo que importa, el espíritu de la vida... Ve a descansar, el gran misterio me llama; ve a descansar, el sueño calmará tu fiebre.

El astrólogo y el bufón salen a un estrecho, abovedado reducto, segmento del largo adarve que se antoja el ándito de un templo de la Guerra. En

el centro las ojivas se apoyan en capiteles de graciosos pámpanos. Sin llegar a sonreir, se desvanecen falaces, las expresiones que en las curvas amenizan la adustez del claustro. Mientras Gásparis se encamina a la torre, Cadoreto penetra en la opuesta habitación, y se le oye el vibrante cantar:

Amelot, entre las voces,
Agitaba con su velo
Su pañuelo,
Cual si diera los adioses
Con las nubes de su cielo.

GÁSPARIS, en los clivosos dientes de la silleria, frotándose las manos.

¿Por qué la luna está siempre pálida? El sol ilumina otros mundos y ella se muere de celos. Eso no lo dicen las esferas armillares, pero lo dice mi vejez: amor, amor, enigma del Universo.

Llega a la atalaya, sube a la barbeta, alza los ojos y se apoya en las metálicas tablillas.

Mi gran hermano Júpiter, santas y buenas noches. Tú que eres propicio a las obras de dominación por los honores y las riquezas,

quizás hoy lo pruebes dejándome suprimir como un celaje. ¿Serás tan insensible? ¿No se marchitarán tus galas sin mis visos; no se apagará tu hoguera sin mi aliento? ¡Oh, Tauro! ¡Oh, labrador misterioso! ¿Te ocultas al borde de tus besanas? ¿Tienes allá celestes alquerías? En mi infancia te imaginé rasgando las entrañas de los espacios con tus cuernos siderales: los surcos se conmovían y las estrellas de Abril explotaban como mieses. Ya imperas en tu trono. Quien te imitó saneando y labrando los cantizales de los hombres, ¿no verá más tus calendas de Mayo? ¡Silencio, silencio! Abandonemos los astros a las lumbres de la luna, y volvamos los pensamientos a las sombras de la Tierra. El navegante inquieto avizora los peñones y no el mar: sonde el astrólogo los fosos de los baluartes. Para caer en su seno no se necesita ser piedra, mas para subir fueran necesarias las alas de los azores.

Gásparis contempla los jaramagos, las brozas, los helechos, que se estremecen en las escarpas bajo las brisas errantes. Lejano, fragoroso torrente,

ahoga sus rumores en la angustia del vacío; el agua se encauza y corre serena entre hornabeques y cortinas. Es la gigantesca alcuri que envuelve en flúida sombra la ciudadela. La luna, allende el alcázar, acaricia el espigado tropel de torres cual si perfilara un serrijón esculpido. Los cartabones, los hastiales, los pináculos, se combinan, se proyectan, se cortan, piramidalmente, losangeados, en conos; y las dentaduras de los almenajes muerden las sombras que el astro ahuyenta. Los pétreos fantasmas más altos dominan los glacis y los adarves, las barbetas, los orejones, las brisuras, y sensibles, casi fosforecen en la luz blanca que los hechiza.

GÁSPARIS

¡Oh, Carcasona!, duerme, duerme con tu aparejo ciclópeo; duerme sobre tu lecho de guerra. El tierno encanto de la luna anima el corazón de tus abismos. Ya han callado tus trompas y empiezan a aullar tus perros. Ya se apagan tus ángaros y se encienden las estrellas. Duerme, y mélica sea la canción de tu nodriza amante, hasta envolver el insomnio mismo del protervo... ¿Qué misteriosos espíritus brizan mi mente como si fuera cuna? ¿Mis lejanos abuelos

se placen en mecer mis pensamientos? ¿En dónde se asila Hypnos, en la Montaña Negra o en el Garich verdegueante? Nadie puede saberlo; pero vuelca su antorcha por no herir los ojos, y abre sus alas para cerrarlos acariciándolos. En el sueño que cae de sus manos la sombra tiene matices de esperanza; y en el silencio que baja de sus labios el mutismo del cielo se impone majestuoso: quizá no brota de una caverna, sino desciende de una nube. Y ved, empuña la lanza de San Jorge, y el guerrero reclina la cabeza en el seno del Dragón dormido. Y como el hijo de Venus flechaba a los hombres entre las palomas de su madre, el hijo del Erebo les hace olvidar sus heridas entre los genios de los elementos. Los Pigmeos le ofrecen sombras de las profundidades de su tierra, las Salamandras tueros que mantengan el calor de sus hogares, las Ninfas a sus ficciones las frescuras de sus ondas, los Elfos las sonrisas de un aire transparente. Y cuando mañana despierte el hombre, con dolor, angustia, inquietud, congoja, sin ver oculto al pen-

sativo Hypnos, en el Garich verdegueante o en la Montaña Negra, en la sirte honda o en la alta nube, bendecirá al Dios que por una noche le dió el don del reposo, del silencio y del olvido... En tanto la luna parece volcarse en la Tierra; la perspectiva de las torres es hecha con sus montes; se las palpa heladas en la realidad de su existencia, y se las mira resplandecientes en la lejanía de su ensueño... ¿Quién honra mi solitaria torre? ¿Es el hermano de Thanatos, última ficción de mis ojos, o eres tú, Cadoreto, último amor de mi vida?...

Maese Oth, el áulico profesor de armas, aparece en la atalaya seguido de Lobrati. Traen, a guisa de faraute y heraldo, escrocones amarillentos, gonfalón y trompa.

OTH, dando grandes voces.

Escuchad, Cleón Gásparis, rey del Cielo, duque de la Quiromancia, conde de la Alquimia; y tú, Lobrati, vidamo de la abadía de los Alambiques, repite esta proclama: Yo, maese Oth, bey de los Alfanjes árabes, marqués de las Dagas españolas, caballero

de la orden del Estoque de Francia, en nombre del muy poderoso y alto señor, príncipe Rodolfo, por la gracia de Dios, gloria del Aude, envidia de la Provenza, barón de Carcasona, os hago saber a Vos, Cleón Gásparis, rey del Cielo, que olvidando lo mal que le ayudásteis en la Tierra, queriendo impedir su viaje a Tolosa, os invita para mañana, pues quiere con un abrazo perdonar vuestro consejo.

GÁSPARIS

La farsa, amados hijos, es muy buena. Pero, ¿podría saberse la hora que mi señor me fija?

OTH

El Avemaría de la tarde.

GÁSPARIS

¿Y podría saberse también cómo habéis llegado a ésta, mi vedada torre?

OTH

Cuando se obedecen órdenes de Rodolfo no hay torres vedadas. Golpeamos en el

alguarín de Cadoreto y él nos indicó vuestra escalera.

GÁSPARIS

Bien respondido. Decid a nuestro amo que a la hora convenida me verá en el alcázar.

LOBRATI

No es eso todo. Castrucio, mi señor y tu amigo, me pide que te pida dos cosas: El secreto de la Piedra Filosofal para hacer un monte de oro, y una fiola de Agua Celeste para vivir inmortal a la sombra de ese monte.

GÁSPARIS

Hijo mío, ya no soy joven y ya no persigo quimeras. Al oro le veo bajo dos especies: si en el cielo intangible, en los astros; si en la tierra palpable, en las hojas secas.

OTH

Añadid, señor, y también en las espuelas de los gentileshombres.

GÁSPARIS

Sobre todo en Carcasona, dónde perfuma la flor de la Caballería y refulge el espejo de la nobleza.

LOBRATI

Quemad las inútiles frases. Tengo en la nariz un bieldo: vine por grano y no me iré con paja.

GÁSPARIS

Puesto que insistís, encontrar la Piedra Filosofal es fácil. Poned en fuego de arena una retorta de vidrio fuerte; dentro del vidrio elíxir de Aristeo, bálsamo de mercurio, y una cantidad igual en peso de precipitado de oro: la calcinación se multiplicará hasta cien mil partes. Quien esto ejecute, puede convertir su alfolí en gruta deslumbrante, pues en vez de las espigas, le entrarán las riquezas del Pactolo. ¿Mas dónde hallar el bálsamo y el elíxir? Necesita el ávido meseguero la mediación de las criaturas semiespirituales que animan los fogones, el aire, la tierra, el agua; y cuando

las imploráis son más sordas que sus cuatro elementos.

LOBRATI

¿No creéis, maese Oth, que se burla de nosotros?

OTH

¡Quien dice lo que sabe no oculta lo que ignora!

Glorioso confidente de las estrellas, ya vendré un dia; me espanta la nigromancia que dicen que no practicáis, mas me atrae la quiromancia y deseo que me observéis las manos. Nuestra misión ha concluído y perdonad la broma.

LOBRATI

No ha concluído, pues no sé nada del Agua Celeste.

GÁSPARIS

Decid a vuestro amo que le mandaré una aljamía, donde un alfaquí árabe y un médico granadino, mezclan sus conocimientos; y decidle también, que los genios invocados ante

los alambiques del licor, permanecen más mudos que en el caso de la Piedra. Añadid que nadie ha prolongado una vida con tales néctares; pero que por desgracia muchos pueden suprimirla con un jarope.

LOBRATI

O con un puñal...

Maese Oth, que ya había desaparecido por la barbacana, reasciende al oir un lamento. El astrólogo yace en tierra.

OTH

¿Qué sucede?

LOBRATI

Un síncope.

OTH

Tunante, un síncope de tu arma. Requiere el acero.

LOBRATI

Volved la panoja a su garrido tallo. No necesito de ese alimento. Y oid bien: quien me ataca se sentencia.

GÁSPARIS

Perdónale, hijo mío. Me mata por orden de Castrucio. Ya me había despedido del Tauro y encomendado a Dios. Llamadme a Cadoreto.

Maese Oth desaparece por las endejas: el sayón cuidadosamente limpia su daga.

LOBRATI

¿Qué quieres mi buen brujo? Debo, como buen soldado, alifar mi Misericordia... Ya sabes que así se llaman estas filosas hijas de escarcelas que más que enseres y alimentos llevan a Jerusalén nuestros pecados. Y no te imagines que abuso de la ironía: misericordia te tengo; pero hay órdenes que son decretos. ¡Ah, mis golpes nunca se pierden! Si te llevas al sol las hojas secas de que hablabas, y en cambio te da el sol de su oro, manda algunos baluces a mi guarida; vivo en la torre de Charpentière, y fácil es reconocerla desde el cielo por su punta de barrete alemán. Mi amable brujo, comprendo que rezas: haces bien, no te vayas como un

pagano; invoca el santo nombre de Jesús: yo te ayudaré...

GÁSPARIS

Llamadme a Cadoreto. Llamadme a Cadoreto.

OTH

Aquí, aquí, sube.

CADORETO, inclinándose sobre el astrólogo.

Dime que no tienes nada. No te desvanezcas. Ven, bajemos. Yo te cuidaré; yo te salvaré de la muerte, el apósito de Holanda hace milagros.

OTH

¿Es Cadoreto? ¿No le conocéis?

GÁSPARIS, divagando.

Llamadme a Cadoreto.

CADORETO

Padre, padre, soy yo...

OTH

Ha fenecido.

CADORETO, incorporándose.

Faramallón mercenario, pasto de buitres, carroña de patíbulo, aborto de los infiernos; no quiero matarte como a una raposa. Oth, dale tu espada.

LOBRATI

Seamos razonables. No grites, Cadoreto. No fuí yo quien ultimó a este brujo.

CADORETO

Di al más santo hombre de la Tierra.

LOBRATI

Al más santo hombre de la Tierra, ¿estás contento? Si maese Oth desea conocer las obras, las altas obras de Flamenc, que murmure. Si tú, Cadoreto, no has visitado el ecúleo y sufres porque no te descoyuntan, cuenta lo que viste. Os aconsejo el silencio. Traedme matacanes, tengo aquí una tralla; a envolverle, que pese y al foso. ¿Qué ganaríais matándome? ¿Ir a preguntarle sus secretos? Pues habéis de saber que el viejo ocultaba su ciencia. ¿Cómo no podía hacer

oro quien quitaba la razón a la distancia?

CADORETO

El miedo te vuelve loco.

LOBRATI

No se trata de mí sino de Chabaneau. Tú le conocías, Cadoreto; más de una vez visitó a Gásparis: por orden de Castrucio robó una ampolla de agua en esta torre y hoy está perdido. Se ignora el por qué, pero mi señor me ha explicado, de cómo el brujo le echó un sortilegio. Todo se paga: un compañero venga a la víctima. ¡Ah! no te encolerices, no borbotes, no estalles: dije una broma; yo obedezco y poseo dos manos: la del bandido que con el puñal pega; la del pobre que en la bacinica recibe...

CADORETO

¿Dónde fermenta lo más abyecto? ¿en tu canallería o en tu cinismo?

LOBRATI

El tiempo pasa y mi canallería va a salvarte.

CADORETO

¡Chabaneau!... ¡El filtro de Oriente!

LOBRATI

¿Qué murmuras ahora?

CADORETO

¡Que los truhanes tienen razón! Puedes hablar.

LOBRATI

Oth, debí dejarte partir después de la farsa de Rodolfo y volver para mi golpe. Mas, te lo repito: si me denuncias te condenas. En cuanto a ti, Cadoreto, si me juras silencio, te abandono el cadáver; pero es menester justificar la muerte.

CADORETO

Váis a lanzármelo con las cuerdas a la barca. Sé el camino del cementerio. Malandrín, espérame en la torre: ya encontraremos qué contar a Castrucio... Oth, vuélvete al castillo, di a Trincavel que ejecutaste su orden y que el pobre hombre lo visitará a su hora

El bufón desciende por las internas fábricas hasta una mazmorra, y por disimulada poterna sale al foso. Rompe el hilo de la potala, y con el cadáver en la canoa, cruza las aguas sombrías. Llega al pie del altozano, que sustenta el enterratorio, donde cuatro baluartes reforzando el terraplén aislan la paz de los muertos. Los cipreses se afilan sobre el cielo, hieráticos como obeliscos: entre el cupresino boscaje y los majanos de la abatida las altas almenas se mueven. Las ve caminar Cadoreto cuando avanza: el inconsútil sudario de la luna, cayendo en puntiagudos fastigios, convierte en alharemes de las torres los desgarrones de su lumbre. Y de un espectro de piedra a un árbol de sombra, salta una ave nocturna, aguzándose desmesurada en la claridad del firmamento.

Cadoreto

Grazna, grazna, buho vigilante... La flecha de tu grito estridente perdida en los espacios ¿ha ido a tocar la estrella que asila el alma de mi maestro? Tú dabas el alerta desde el ciprés, misterioso, él te replicaba "alerta", desde la torre, pensativo; llenabais la noche, y sus ideas fosforescentes como tus ojos, recibían luz de la divinidad invisible. Vigilias, misterio, pensa-

miento, ¿no es el dolor la única verdad de la sombra? Ave insomne, ave sapiente: ¿no ves que arrastro la mortaja de su carne? ¿No ves que tu amigo ha muerto? ¿No ves que mi llanto es rocío, y arena estéril la flor que se lo bebe? El alba teñirá el horizonte, la alondra se alzará vibrante, ni una flor se marchitará en los prados, mi voz será un gemido sin ecos... ¿Mas, quién canta...? ¿Desea burlarse de mi congoja, el susurro de los cipreces?

UNA VOZ

Dejad descender la luna,
Dejad que abandone el cielo,
Ya está cavada la tumba:
¡Viva el canto del pigmeo!

CADORETO, traquea violentamente el cadáver.

Ea, extraño desvelado. ¿Qué haces? ¿Qué dices? ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

CHABANEAU, dejando de cavar.

Me llamo Chabaneau. ¿Qué puede importarte el nombre de un perro? No sólo el perro aúlla; no sôlo la rana croa; no

sólo el buho grazna: la luna me enloquece y yo canto... Felizmente se ha muerto y la enterraré; mírala pálida y miserable.

CADORETO

Veo que trabajas con un bipalio antiguo.

CHABANEAU

Un terremoto abrió las tumbas romanas. Derramaron sus tesoros y los huesos salieron para exfoliarse. ¿Quién se acuerda de sus cenizas? Mas me tomé este azadón que cava fosas, pues comprendí que el terremoto era el hambre de la tierra... Nuevos muertos, más muertos, eso clamaba, eso pedia y yo le daré un astro. ¿Crees que podrá saciarse?... ¿Te llama la atención la rigente barra? No es de hierro: mi instrumento es de cristal, mis manos de marfil, mi voz de lumbre. ¿No soy el sepulturero de la luna? ¡Ah! la muerta desciende; ya toca un ciprés: ¿te parece que le será cómoda la oquedad del hoyo?

CADORETO

Puede caber con sus estrellas.

CHABANEAU

Te equivocas, las estrellas que la custodian no la siguen ; y detendrán cual siempre, sus lágrimas de oro en la cruz de hierro.

CADORETO

¿Desde cuándo cantas?

CHABANEAU

Desde que el astro me acecha. Soy como la patata, su claridad me madura.

CADORETO

Extraña sin razón: el filtro le ha exaltado la fantasía. ¿Dime, conoces a este cadáver?

CHABANEAU

Sólo sé que tiene barbas de nieve, nieves con vapor de incienso, barbas de luna... Hay un cielo de la luna y una tierra de la luna; arriba un jardinero, aquí un hortelano; y como mi señora ha muerto debo enterrarla: ¡qué mejor fruto de ella que ella misma!

CADORETO

¿Me mostrarás el hórreo de los divinos cultivadores?

CHABANEAU

Las panojas se han hecho para la pradera del sol, las cruces para el huerto de la luna. Si acudes a los funerales con ese extraño camarada, bienvenido seas. La luna está viva y está muerta: haces bien, tú, vivo, en traer un sepulturero muerto. Yo estoy loco y os uniré en la tarea. Toma el bipalio.

Dejad descender la luna,
Dejad que abandone el cielo,
Ya está cavada la tumba:
¡Viva el canto del pigmeo!

CADORETO

Óyeme, amigo; óyeme, hermano: ¿No crees cosa más fácil enterrar a un hijo del Zodíaco que enterrar a un planeta? Mi camarada pasóse la vida contemplando el cielo; es justo que caiga en la tumba del astro. Tú, sin saberlo, te perturbaste por su culpa; el más justo de los hombres

preparó ese crimen. Si te oyese cantar, lloraría. Pruébale que comprendes su pena enterrándolo con tus manos.

CHABANEAU

Este es el prado de la Luna: quiero que ella repose donde duermen sus lumbres... Mira, bajo la cruz del rosal yacen los sueños que me inspiró de niño... Mira, la de la derecha, la herrumbrosa de hierro, cubre los amoríos que me inspiró de joven... ¿Sabes lo que oculta la de abedul de enfrente? Los rayos que, más que las sedas, dieron escalas a la fantasía de los hombres. Junto a los rayos descansa una virgen; nadie los amó como ella: por evocarlos al sol, se vestía de jazmines; y en el fondo, duerme un laúd que tuvo por cuerdas sus claridades. Todo eso está muerto y enterrado. ¡Oh, la pradera de las cruces! Lo que muere es triste, triste: las espadas, porque matan, son pálidas como la luna... Mas, acerca a tu amigo: anhelo tocar su barba de nieve... ¡No, detente, huye; veo el espectro del lobo!

CADORETO convierte los ojos al brozal y empuña el estoque.

No temas. No es un espectro.

CHABANEAU

Teme, sí. No defiendas al camarada: deja que le devore los pies, y le matarás de seguro.

El lobo, hozando entre los cipreses, se disimula tras una cruz, se estira como una sierpe y se arroja sobre el muerto.

CHABANEAU

Hiérele... Hiérele.

CADORETO

¡Oh, calma tu aullido, sacrílega bestia! Así, así: con un lamento, mírame; con una queja, expira. No el hambre, el cielo te trajo; tú devorastes a Cleón y tu leyenda será la verdad. ¡Ea, sepulturero del astro! He ahí la barba de plata; tómale entre tus brazos. Le pasa el cadáver. Después, ayúdame con la tierra.

CHABANEAU, trasdoseando con el bufón el monticulo.

Dejad descender la luna,
Dejad que abandone el cielo,
Ya está cavada su tumba:
¡Viva el canto del pigmeo!

CADORETO

Adiós, padre amado. Descansa en paz en tu prisión clamorosa, mientras corre mi llanto sin poder borrar la sangre de tu muerte. Yo vigilaré a la dueña de mis pensamientos y sabré vengarte: tú reinarás sobre mis horas, y nunca el sol se levantará en el alba de mis dias. Como la voz del ruiseñor se envuelve en el pardo plumaje, oiré tu espíritu envuelto en tu gran sombra. Adiós, maestro de los amores. Más triste que laúd en que se rompe el canto, te acaricia la luna, y ya las silvestres mentas que fecundan los muertos, te echarán sus armoniosos tapices. Adiós, señor de las estrellas. Si tu espíritu se baña en las lumbres de sus glorias, tu cuerpo halla más que gusanos en las sombras de la Tierra, pues sus diamantes se engarzan en la corona de tus recuerdos. Padre amado: duerme, duerme...

LA CISTERNA DE NUESTRA SEÑORA

CUADRO I

En la plazuela del Calvario perfuman las alfelanjes y los resedas, hasta en los socarrenes de los techos. En un rincón se abre un jardinillo rebosante de rosas. Enorme cruz de ferrados rombos levanta a Nuestro Señor, y las letras I N R I se destacan carmesíes en un cartucho blanco. La corona de espinas no lacera al mártir: vertical se dibuja entre la frente y la inscripción. Los rosales se entrelazan a boneteros que graciosos brindan los dientes de sus hojas pálidas. En el centro del mayor espacio, una cloquea de sauco se adhiere al arcén esculpido de un pozo; y en un rincón de entramado, la Virgen, inclinándose sobre el Niño, recibe en la frente los destellos de una lámpara. La plazuela es acequiada; las aguas cruzan, las sangrías cecean; en torno trabajan los Hermanos de la Cisterna de Nuestra Señora. Ciertos artífices cospean a los maderos, otros tallan mármoles; maese Broul brisca una casulla, que se oredece y se argenta en sedosas ramas; Colomiez, fatigándose de dibujar, observa a Pibrac, que re-

toca un grifo; Doumege barniza las mayúsculas de un antifonario; Monnot, sobre su escamel, pule los gavilanes de un espadín; y a lo lejos la torre de la Catedral, también labora, combinando con las nubes, sus gárgolas de encapilladas testas y las randas aéreas de sus cresterías.

LOBRATI, dirigiéndose a los artífices.

¿No me dáis las gracias? Os he espantado cinco gatos que se han vuelto al seno de sus comadres. Por eso podéis trabajar en calma. Estoy seguro que el gato obscuro, ante ese grifo que se parece al canónigo, hubiera maullado: es la imagen de la Tarasca.

PIBRAC

Si os encaráis con su reverencia, mi lima os vaciará los ojos.

LOBRATI

Buscando a mi amo venía en son de paz, pero adoro las zacapelas y acepto el desafío. Pensaba, por otra parte, pedirte que me esculpieses un Santo Domingo, obra que he de regalar a fray Guillermo. ¿Conocéis a

fray Guillermo? Es el enviado de Puy-Laurens, Inquisidor de la Fe en los paises de Tolosa. Tanto vos como el canónigo hubiérais ganado en su amistad: refieren las malas lenguas que no detestáis a los maniqueos.

PIBRAC

Tus farsas, vil sayón, ni nos interesan, ni nos tocan. No aludas al fuego; no tientes a sus llamas; necesitas purificación, trasgo de porqueriza, hiena de sepulcros.

COLOMIEZ

Calma, calma. ¿Por qué disputarse entre amigos?

PIBRAC

¿Amigos, nosotros?

COLOMIEZ

Aquel que nos injuria es nuestro hermano. Terciario de San Francisco ¡cómo puedes olvidar el sublime diálogo del Goce Perfecto!

LOBRATI

Lo de hiena de cementerio refiéreselo a mi amo: para eso viene.

CASTRUCIO

¿Qué significan tales voces? ¿Hasta en la Cisterna de Nuestra Señora ha de reinar el desasosiego? ¿Adónde podré convertir los ojos que no encuentre rostros airados, ánimos en cólera, armas homicidas?

PIBRAC

Poderoso señor, vuestro escudero nos ha insultado.

CASTRUCIO

Perdonad sus errores; aunque charlatán, no le creáis trapalón; saludadle como a un farfante inocente, de genio vivo, mas no malo. Trincavel, padre de la paz en la muy noble Carcasona, quiere que la calma reine en el castillo, en las más humildes barriadas, en los últimos alfoces. Obedeced al adalid, vasallos: yo no soy sino su indigno espolique. Y éste, si no es caballero, es un bravo:

¿ignoráis cómo defendió al gran Gásparis, lumbre del Cielo y de la Tierra?

COLOMIEZ

Narran los altos hechos que despaldilló un lobo famélico.

LOBRATI

¡Ah, Monseñor lo sabe!

COLOMIEZ

¿No me avecinda esta ciudad? Ya en Narbona y en Tolosa los trovadores dan vuestro nombre al viento. Cuentan que sobre el cadáver de Gásparis, vuestro puñal se batió con el loco y con la fiera. Después, la muerte de ambos, y el entierro del astrólogo a media noche: decid, ¿qué falta para una canción de historia?

CASTRUCIO

Y vuestra reverencia la cree íntegramente bella.

COLOMIEZ

Nuestra fe, por definición, es creer en lo que no vimos.

CASTRUCIO

¡Ah, señor canónigo! Si las gentes a mi servicio tuvieran vuestra sutileza, este humilde mortal viviría más contento.

COLOMIEZ

No comprendo lo que me vale el elogio; pues mi inteligencia imperfecta, no ha podido imaginar lo que hacía el hombre de los astros entre los muertos.

CASTRUCIO

Tenéis que imaginar...

COLOMIEZ

"Imaginar" es una invitación: "tenéis" una orden: hermoso señor, me inclino ante los verbos.

CASTRUCIO

Perfectamente, oid: Chabaneau quiso robar una fiola de Agua Celeste a Gásparis, que le hechizó para vengarse. El desdichado pasaba sus noches en el cementerio cavando sepulturas fantásticas. Así había

abierto la de la luna, la noche en que Cleón, sorprendiéndole, fué a estudiar los efectos de su diabólica ciencia. Lobrati, que seguía al astrólogo por curiosidad, le defendió en vano contra la bestia; y sabéis el resto. Pero, a propósito, ¿en dónde está el ilustre bufón de vuestra ilustre academia? Él debe componer el cuadro y sacar la tornada de lo que Lobrati se dijo: el sepulturero no enterró a la luna, enterremos en su tumba al astrólogo. ¡Oh, qué buen final de romance!

COLOMIEZ

Insuperable. Mas Cadoreto pertenece a nuestra cofradía — que, exagerando, llamáis academia — porque, cansado de ser cigarra, ha concluído en bufón por miseria. La pobreza fué luz en Nuestro Señor, y nosotros la alabamos en vez de condenarla.

CASTRUCIO

Habéis comprendido mal: me cautiva precisamente como trovador, y ansio saludarle.

COLOMIEZ

Hace una semana que no le vemos. Llora a su maestro y la tristeza le aleja de nosotros.

CASTRUCIO

Sin embargo, le he visto con Amelot de Trincavel.

COLOMIEZ

Tan augusta dama no puede ser desobedecida.

CASTRUCIO

Tenéis razón. Decidle que deseo oir sus últimas trovas.

COLOMIEZ

Yo las conozco, señor... ¿Ha llegado Galaut?

PIBRAC

Pinta su estandarte en el jardín; voy a traerlo.

COLOMIEZ

Ese artífice sabe de memoria los versos compuestos para él: Cadoreto no se ocupa

del *Trobar clus;* no caza los consonantes raros, no huye de repetir palabras, no convierte a sus pensamientos en acertijos; y el *Trobar leugier* es el arte que nos prodiga. Vosotros, perdidos en los ajetreos de vuestras luchas, ignoráis estas cosas. Los humildes no pueden contaros sus penas: las lágrimas necesitan quien las consuele; y Galaut, de la corporación de pintores, se dirigió a Cadoreto. Su mujer murió ha poco, impidiéndole concluir un estandarte, dedicado a la fiesta de la Virgen. En su gran amargura y en su ingenuo ardimiento, creía que Nuestra Señora le guardaba rencor. Lamentábase, y mis razones no le convencían: Cadoreto le dictó la Plegaria del Perdón y el artífice se la dijo a la imagen maternal. Entonces vió sonreir el seráfico rostro, y hoy, vuelto a sus labores, bendice a la poesía.

PIBRAC, avanza con el cofrade.

Vaya, mi buen Galaut, ¿por qué temes? ¿No te pide su reverencia que recites?

GALAUT, confuso, con su birretina en la mano.

Las plegarias son para los altares.

COLOMIEZ

Es cierto, amigo mío; mas el poderoso señor Castrucio quiere conocerla por devoción a la Santa Virgen. Nuestra Señora está ahí, junto a su Hijo, y ama los laudes, si los corazones repiten sus letanías.

Doumege, que ha oído, hasta ahora, barnizando sus mayúsculas, levanta los ojos; Monnot coloca a un lado el escamel; Broul deja de briscar la casulla; los aprendices abandonan los bloques; y en el silencio se acentúa, con el destilar de la cloquea, el ceceo refrescante de las sangrías.

CASTRUCIO

¡Bravo! ¡bravo! Las trovas de Cadoreto interesan más que yo. Eso, hijos míos, os concilia mi afección: yo amo también a los poetas y sus versos; a los artistas y sus obras...

GALAUT, le interrumpe recitando.

Virgen María, quiero contarte
Porque no has visto mi albo estandarte
En los festejos de la Asunción;
Virgen María, tú del quebranto
Sabes el precio, sabes del llanto
La desolada tribulación.

Virgen María, decirte quiero
Porque aun te falta luna y lucero
Sobre la imagen del gran Dragón;
Virgen María, Virgen del llanto,
Tú del quebranto
Sabes la amarga desolación.

Virgen María, tu cofradía
El luto lleva de otra María
Que te brindaba mi corazón;
Virgen María, tú del quebranto
Sabes el precio, sabes del llanto
La desolada tribulación.

Virgen María, púdica rosa,
¿Pétalo tuyo no fué mi esposa?
¿Marfil humilde de tu torreón?
Virgen María, Virgen del llanto,
Tú del quebranto
Sabes la amarga desolación.

Virgen María, reina del cielo,
Ya te tenia pintado el velo
Cuando le vino su postración;
Virgen María, tú del quebranto
Sabes el precio, sabes del llanto
La desolada tribulación.

Virgen María, del mar Estrella,
En su delirio siguió la huella
De tu radiosa fascinación;
Virgen María, Virgen del llanto,
Tú del quebranto
Sabes la amarga desolación.

Virgen María, dijo, "me muero",
Y en su mirada te dió el lucero
Que iba a faltarnos en tu función;
Virgen María, tú del quebranto
Sabes el precio, sabes del llanto
La desolada tribulación.

Virgen María, si me perdonas
Podré cual nunca pintar coronas
Para otra fiesta de la Asunción;
Virgen María, Virgen del llanto
Tú del quebranto
Sabes la amarga desolación.

Virgen María, que en sueños de oro
Vea cual su alma canta en tu coro,

Y mi arte mismo será oración;
Virgen María, tú del quebranto
Sabes el precio, sabes del llanto
La desolada tribulación.

CASTRUCIO

Gracias, Galaut. Para ti mi más luciente escudo... Los hornallos de Rodolfo coleccionan nuevos cospeles, ¡quizá esperan el cuño de tu efigie!

Maestros y aprendices tornan a sus trabajos. El pintor se retira sin aceptar la moneda.

CASTRUCIO

Decid, mi buen canónigo, ¿qué aguas corren en vuestros sitios?

LOBRATI

Sin duda, las de un tesoro... Haced que conduzcan a mi burjaca lo que ha rechazado ese opulento.

CASTRUCIO

Silencio tú, animal.

COLOMIEZ

Aguas cristalinas, poderoso señor. Aguas que, enfervorizando las fiebres de las artes, calman la sed con un poco del cielo que reflejan. Si conocierais a los cofrades habríais guardado el oro y la ironía: Galaut, que realmente reza cuando pinta, como Doumege, el maestro de las iluminaciones, se ha ido a prosternar ante el retablo: acaso le remuerde lo que ha hecho.

CASTRUCIO

Sin embargo, vos le forzaisteis a recitar.

COLOMIEZ

¿No queríais saber cómo el estro del bufón es bálsamo armonioso de los pobres?

CASTRUCIO

No lo niego; sostenedlo y amadlo.

COLOMIEZ

Gran palabra, señor. ¡Viva el arte! ¡Viva el laúd compasivo!

DOUMEGE

Viva Cadoreto, hermanos!

MAESTROS Y APRENDICES

¡Viva! ¡Viva!

CADORETO, apareciendo en el jardín de la cruz.

¿Es posible? ¿El poderoso señor Castrucio nos honra con su presencia? ¿Qué campana del cielo le indicó el camino? ¿Las aguas de nuestras sangrías le llamaron con sus murmullos? ¿Los rosales de nuestro oratorio le atrajeron con sus aromas? ¡Salve, señor; salve, rudo brazo; salve, fuerte alma! Son las vísperas de Mayo; sois un regalo de la primavera... Saludadle pinceles, limas, buriles: ornad de festones floridos vuestras frentes, artistas; ofrecedle el agua de nuestra cisterna, cofrades... En su cristal, las sombras de los Reyes Magos demandan, sedientas, a Castrucio: el oro de su riqueza, la mirra de su espíritu, el incienso de su gloria...

CASTRUCIO

Continúa, si te diviertes; pero teme que mi paciencia acabe. No me hagas recordar que hay trampazos y cuellos.

CADORETO

¿Desde cuándo los encumbrados se enojan con los bufones? Trincavel al pagar mi lengua abre las cavernas del viento, y el viento, puede, si quiere, mover estandartes en tu alabanza. Soy un pobre loco, no entierro astros como el tuyo, pero aunque alicaído y trasojado, canto a los astros que pasan por la Tierra... Salud, Sol de los príncipes; salud, Venus de los amantes; salud, Saturno de los políticos; salud, Mercurio de los mercaderes; salud, Marte de los guerreros; ven, voy a describirte nuestro palacio... Tenemos al Emperador en su cruz; la corona de su martirio no le desgarra la frente; se levanta como una nube y brilla como una aureola... Nuestro techo se tiende tan allá, que no es posible componer sus goteras: las nubes nos lo hacen saber empa-

pándonos sin reparo... Nuestras riquezas se ocultan en las minas de ese pozo: si les pides esmeraldas, berilos, rubíes, te devuelven para calmar la ambición, un cántaro de lágrimas. Y con las lágrimas regamos rosas; y el sol, evaporándolas, alumbra las alegrías del perfume y los recuerdos de la pena. Las flores van de la planta del jardín al retablo de la Virgen; las abejas de su panal a las flores; y el Niño que las ve en torno suyo sonríe... Sonríen también los boneteros, impregnándose de gaya luz y exhalando fecunda armonía. Con sus lápices se diseñan los encajes que superan el hechizo encantador de sus hojas. Y así el arbusto pálido de esmeralda, en las candencias del rescoldo, evoca el blanco papel y se vuelve obscuro. Y así, de los rojos fulgores y de la rama verde, brota el carbón que prepara los diamantes pétreos. ¿No salen de esos dibujos los festones que visten las ojivas, hermosean los capiteles, y vencen en gracia el volar de las nubes?

Suplica al canciller nuestro, al canónigo venerable, que te muestre la primera semilla

de una vidriera. Con el carbón del bonetero imitó, transfigurándolo, el contorno de las rosas en las rosas de su dibujo. La rosa en su tallo es oración perfumada en boca virginal; la rosa en la ojiva, la misma oración reverberada en el pensamiento místico. Y los ángeles, que tienen el canto de sus espíritus en las filacterias de sus lenguas, verán desde el corazón de la flor, resplandecer en la plenitud del cielo, a los pétalos obscuros, con la púrpura del rescoldo y el verdor de la rama. Tales armonías son de aquellas que Cleón hallaba entre las cosas, ya en los abismos, ya en las cumbres, ya en los astros: por eso el recuerdo de su imagen nos hace encontrar lágrimas en las aguas transparentes.

El agua fecundiza el árbol, y el llanto el alma: la inspiración es fruto del sufrimiento. Los que han sufrido rezan con más fervor, y la plegaria invisible busca colores; los que han sufrido sienten la compasión, y la compasión inmaterial busca formas; y el sufrir viene también del pecado, y el que peca destruye virtudes, y el sufrir del pe-

cado que se exalta en el remordimiento, se consuela creando. Entonces, con un solo grito de fe, con un solo transporte de esperanza, que resume congojas y amarguras, entusiasmos y anhelos, la flecha de la Catedral arrastra el corazón del siglo, entre colores, piedras, estatuas y cristales.

Mira la torre de San Nazario: no le falta sino la voz de la campana, que ya se funde, y el ornato de los arcaduces que maese Pibrac esculpe. Parpadean las máscaras en su numen calenturiento, cual delirios de monjes trasoñando bestias fantásticas. Pero hay una, la que tiene en la mano, que plasma mi imagen. Me parezco a un buho; pensaba Pibrac prosternarme al pie de mi patrón San Silvestre, que saluda los años y se olvida de los siglos: "no — exclamé, — si me has de esculpir conviérteme en gárgola. Ya que no se puede desviar el rayo de las cumbres, refléjese en el cielo el horror de mi rostro; y que corrivando las lluvias remate en útil mi fealdad soberana..." ¡Oh, poderoso señor! ser bueno y justo significa ser equitativo y saludable, es decir, armi-

potente, bajo los ojos de Dios, que contempla y alaba la obra que lo recuerda y exalta. La perfidia, bienpareciente como la rosa de Frejus, envenena con su perfume; porque hiere las almas y conturba los corazones. El feo bondadoso, como la estación del amor, clarifica los aires, hace cantar a las aves, y oredece los trigos, porque da a los corazones la paz y a las almas el contento. ¡Sí! ved desde la cisterna la torre que ornarán estas gárgolas. Urbano la bendijo consagrando el abrazo de Atón y de sus súbditos. A su sombra vivís vosotros: pensad en su espíritu; pensad en el ardor de los simples que la embellecen: uno solo no dejará su nombre a los capiteles, a las vidrieras, a los sepulcros; mas todos inmortalizan la fe transfigurándola en fábrica, con piedra que ora, gime, exulta, espera, canta... Vosotros guerreáis para que los humildes trabajen, esa es vuestra ley gloriosa: vuestras espadas vigilan y los cinceles no duermen. Pero sed verdaderos representantes de Dios, ¡oh príncipes! y que los acentos de los trovadores

diseñen ya en el atrio los plintos de vuestras estatuas...

CASTRUCIO

Hombres de dolor y de fe, artífices del huerto de Jesucristo: perseverad teniendo por cofrade a este David, rey del arpa y de la honda. ¡Pero, no! Adiós farsas y adiós burlas... Yo no soy el poderoso que tú crees, Cadoreto: soy también un esclavo. Valientes hijos de la Cisterna, que mis votos os sean aceptos; si Rodolfo quiere oirme protegerá a los hombres de su feudo que menos andan a la briva. Volved al trabajo: corten sierras, esculpan cinceles, chirríen buriles, dibujen lápices; la colmena es de Carcasona, mas las flores del Evangelio.

COLOMIEZ

¡El Señor os guíe!

CADORETO

¡Paz, salud, alegría!

Los aprendices

¡Viva el señor Castrucio!

El canónigo, el bufón y maese Pibrac se inclinan. Amo y escudero echan a caminar hacia los dos callejos. En el uno la acequia se desborda semejante a una alfaguara: lo evitan, y descienden por el que lleno de pedregal musgoso, parece entre paredones el cauce de un torrente seco.

LOBRATI

Supongo que estáis contento de la despedida.

CASTRUCIO

¡Ah!, la trápala de charlatanes. Quisiera saber cómo un bruto de tu calibre ha podido idear lo de la tumba del astrólogo.

LOBRATI

Os conté que no pude ultimar a Gáspari en la torre a causa de maese Oth. Que luego le vi dirigirse al cementerio; que allá me encontré con el lobo y con un testigo que cantaba... Hice lo que debia hacer, y vos, en realidad, fabricásteis la historia.

CASTRUCIO

¿Pero cómo me la sugeriste?

LOBRATI

Cuando me emborracho soy hombre de genio, y me emborraché entonces cual siempre, que necesito de mi aplomo. Mas, ¿qué significa este refrán de una canción olvidada?

CASTRUCIO

Que no la debes olvidar del todo, si no quieres ver tu cráneo reducido a una criba. El canónigo no cree palabra de la muerte de Cleón y sospecha que tú eres el ejecutante. Además, me resulta demasiado amigo del truhán de Cadoreto; y, en resumen, es una pulga más de mi cuerpo que libro al frenesí de tu vigilancia.

LOS OJOS DE AMELOT

CUADRO II

El terraplén visigodo tiende su parapeto almenado entre dos cónicas torres. El abismo se abre abajo con desecadas espeluncas; sólo por la estrechez de los criques corren hilos de agua. A diestra y siniestra, encubertadas barbacanas, yerguen en sus fastigios cruces, gallos, buhos, monstruos. Propincuo al terraplén delínease un huerto y en el huerto se dibuja un estanque. Amelot de Trincavel respira el hálito de las campiñas en el vano de los merlones.

AMELOT

Nací en las riberas del mar y contemplando sus ondas se completó mi alma. Aunque no oyese sus rumores reconocería los aires de mi niñez; pero mejor es no sentirlos. Basta una rosa para turbarme: el perfume que aspiro, hace llorar en mis ojos los colores que no veo. ¡Cuán horrible

pesadilla! ¡Ah, los desconocidos fantasmas de piedra! En Narbona me decían: "ahí está la torre Pinta"; y la torre adusta, fabricada con sepulcros, se erguía en mi imaginación sonriéndome. Mis arcas, mis tapices, mis ruecas, mi lecho, eran otros tantos invisibles amigos: si Rodolfo me amase nada le importaría que yo no le viese; sería como esos muebles que me acompañaban con ardor en mi desventura, como esos tapices que tenían para mis manos enternecimientos de nodriza... ¿Mas por qué no viene Cadoreto? Mis angustias aumentan desde que la locura puede sorprenderme en la sombra. ¡Y pensar que Trincavel, en el desorden de su existencia, cree en Castrucio como en el ángel de su guarda! ¡Cadoreto, Cadoreto!, mi único sostén en el desamparo, mi única distracción en el hastío, ¿no querrán enloquecerte también para darme extraviados ojos? ¿No dicen que el alma rumorosa del bufón es un principio de la demencia? ¡Mentecatos! En el repiqueteo de sus cascabeles vibra el eco de las campanas pascuales... Cadoreto,

amigo mio, humilde juglar, clarovidente cantor, en donde te hallas? ¿quién te aprisiona? Aelis, doncella mía, búscame a Cadoreto... ¡Ah, tampoco acude!

AELIS, adelantando por el estanque.

Señora, señora, he aquí el prófugo: cuenta que se lo llevó un canónigo; pero creo que el canónigo tiene sobrinas.

CADORETO

El hijo de maese Broul, está muy enfermo. Colomiez no le distrae ya con sus historias de santos: yo he tenido que ensayar mis gestos de gárgola; para la fiebre de los niños no hay remedio superior a la risa.

AELIS

¿Me dáis permiso?

AMELOT

Bien puede perder por un momento sus pies, quien encuentra sus ojos... Mas nada, amigo mío, de visiones tristes... ¿Se ha ido la doncella?

CADORETO

Sí, señora.

AMELOT

Ni nada de consejos. Dejemos las advertencias. Basta de Castrucio. No me hables de la corte infernal; quédense en el alcázar las pasiones infames, los pensamientos protervos. ¿Me han dicho que han desecado los fosos?

CADORETO

Por tres días. Los cliques y las almenaras, celebran una fiesta: les regocija sentir el rebalaje y fecundar los huertos. Cuando sorrapeen la escarpa volverá el agua a ese lecho de esterilidad. Así detenida, ignora que defiende a los bastiones y los retrata como un cadáver. El bufón no ignora lo que defiende; pero es también un espejo triste. ¿Protestáis?

AMELOT, con un gesto enigmático.

Y al estanque, ¿lo han desecado en la terraza?

CADORETO

No sirve en la guerra; luego no le cuidan, y está siempre lleno. La efigie del ángel se yergue en el peñón, y a su sombra, en el reflejo, el cisne que sabéis, la persigue dificilmente, porque un arco hialino que salta y cae, agita la transparencia. El ángel es la fe y el cisne la plegaria. El cristal turba la imagen seráfica por el movimiento amoroso de su propia belleza. Mas, cuando el cisne cante para morir, el ángel de piedra, a su vez, inclinándose sobre el agua, recogerá su última armonía... Cleón me enseñaba que todas las cosas viven.

AMELOT

Por eso llega algo que va a vibrar... Mis oídos ven mejor que tus ojos.

CADORETO, alzando la cabeza.

Acércate, golondrina, cruza violenta y piérdete en los horizontes. Caiga, desde tu vuelo la primavera, divino pájaro; que tal te puedo llamar porque eres misterioso y errante.

¡Ah, señora! ¿no sabéis que el heraldo es también melancólico símbolo? Si no existe dardo de hombre que lo alcance ni con la honda del viento; su cuerpo cría una piedra que apesantándolo vence sus alas.

AMELOT

Tienes razón: la alidona; y renunciando a los aires se muere de amargura.

CADORETO

Se muere y gime: que lo enfermaron las aguas de un mundo a quien anunciaba la vida, y que siendo su reino de los cielos sólo debió beber en las nubes.

AMELOT

Yo sé que piensas que el trovador se le parece; mas no, Cadoreto; habla de alegrías, dime cómo el astro inunda el solejar del alcázar.

CADORETO

El sol baña la otra vertiente. De aquí se ven adarves con perspectivas de claustros; barbacanas en losanges que los refuerzan;

pirámides sobre cilindros góticos que los dominan; y todo en sombra carbonizada y en humo petrificado. Los bastiones que marchan hacia el castillo, afirmándose en sus potencias, se lanzan al espacio: las almenas en las torres cúbicas y las flechas en las cumbres cónicas, muerden, recortan, y hieren lo etéreo con macizos alardes. El arca ciclópea encajándose en el monte de aparejos, se antoja asilar a los que traen vida, de los mil baluartes que llevan muerte; y sobre la cúspide al pabellón de Trincavel lo azota la tramontana, entre las nubes y las veletas.

AMELOT

¡Oh, cómo he adorado esas visiones! El gris adusto de las almenas tenía el arte de encandecer mi sangre; desplegábanse las pompas de la caballería y arrebataba mis ojos el relámpago de los arneses... Hoy la desesperación de mi ceguera, me hace sentir el cuadro en otro mundo. Desde que las letras de los motes, y los escudos en ventanas, y el matiz de los cuarteles, y el fla-

mear de los airones, y el frenesí de los torneos no me hechiza, el tumulto me incomoda... Todo es, lo que en realidad es, ¡tinieblas!

CADORETO

El espíritu de la caballería vive sobre las cosas que no reflejáis y que le obedecen: nadie más que vos, señora, puede exaltarlo.

AMELOT

¡Ha muerto, y no te has de referir a Trincavel!

CADORETO

Me refiero a todos. Todos son dignos de la alba túnica con que velaron sus armas; aun la nieve que se corrompe, evaporándose al sol, se vuelve nube. Todos son dignos de la sobrevesta purpúrea y lo mostrarán derramando su sangre por Cristo. Perdonad a Trincavel: no es un malvado: el hálito infernal puede turbarlo, mas no enceguecerlo. Si sus errores enlodan la nieve, suprímase a Castrucio y el sol le tornará a su pureza.

AMELOT

¿Y a qué llamas sol?

CADORETO

Precisamente al espíritu de la caballería, al recuerdo de la comunión, al respeto de la fe jurada, al amor de la honra que es el fuego de la vida; al modo de despreciar el peligro; a la galante perfección de...

AMELOT

Basta, basta. No hablemos hoy así. Estás faltando al pacto. Mi fatiga se acrecienta. Dime si sobre la visión poderosa del alcázar, no hay armonías más en consonancia con mis dolores.

CADORETO

Aquí, detrás del estanque, crece la higuera que plantó Simón de Monfort. Trajeron su germen desde Siria, donde es un milagro. Nace entre los terrenos saxátiles, frente a los paisajes abruptos. Como una bendición, domina a la esterilidad, en medio de los desolados montes pensativos que guardan la

voz de las maldiciones proféticas. En la tierra pagana el llanto del cruzado, bebido por sus raíces, parece animar las raquíticas hojas; y el fruto que la madurez ennegrece con luctuosa sombra, refleja en su dulce corazón la sangre de Cristo. ¡A cuántos caballeros vi apoyarse en su tronco, pidiendo al recuerdo de su copa la visión de su cuna!... A su lado, en horcones, se retuerce una viña de Judea que cultivó un conde Roger. Evocan a los pelados montes las rudas peñas transformadas en baluartes, y los pámpanos, sobre las sierpes de los sarmientos, roban lumbres al sol con sus racimos de oro. La viña, cual en Belén, sonríe a las murallas y a los hombres: y mientras el ángel de la fuente glorifica al Dios de las alturas, el labriego de Carcasona exalta las fecundidades de su paz en la Tierra. Monseñor Radulphe consume su vino en las noches de Nöel, y la vid, desnuda en el invierno, se consuela con el calor de invisibles alas. Algunos de sus ecos reviven en los villancicos y cantan en mis romances.

AMELOT

¡Dios te conserve la primavera del espíritu! ¿Qué se vé a estas horas en los lejanos horizontes?

CADORETO

En los Pirineos, Abril lucha aún por derretir las nieves. Las nubes blancas, inmóviles, se confunden a las nubes blancas, ligeras. Las de los aires parecen velos, y las de las cumbres sudarios: no se sabe si los querubines se visten o si los hombres se amortajan.

AMELOT

Quizá ni lo uno ni lo otro: las legiones de las almas justas, dejan allí sus sudarios, y las nubes les ofrecen sus velos. ¿Qué hay sobre los Cevenas?

CADORETO

Los oculta una neblina casi imperceptible. Así, un débil pensamiento culpable, nos impide a veces la visión de Dios.

AMELOT

¿Qué hay a lo largo del Aude?

CADORETO

Un poco de plata en las escamas de la serpiente que, más perezosa que nunca, se detiene a jugar con su brillo en vez de penetrar en su cueva.

AMELOT

¿Qué hay en los próximos collados

CADORETO

Las cabelleras de los trigos, conseguidas con tanto afán en sus rebeldes calvicies.

AMELOT

¿Qué hay delante de las simientes?

CADORETO

Los bosques que unen las torres avizoras, y llegan hasta los bastiones, y son abatidas de las murallas: los bosques que alegran el tranquilo paisaje y defienden los alfoces.

AMELOT

¿Se columbra desde aqui la torre del Molino?

CADORETO

La envuelve una cortina de álamos.

AMELOT

En una tarde del mes de Octubre allí esperé a Rodolfo. Partieron los caballeros con las aves maneras; tú renunciaste a la cetrería y comprendí que el bufón de Ormes podía ser mi mejor amigo. Estaba triste, muy triste, en el aniversario fatal: diez años de casamiento y nueve de mi ceguera. Mi marido, al celebrar festejos, habia pensado sin duda, más que en el júbilo de la boda, en el dolor de la desgracia.

CADORETO

¿Por qué decir tales cosas? Quizá cometéis una injusticia.

AMELOT

Si la cometo, la pago con mi amargura. Esperaba, pues, a los cazadores. Ardían

almiares en señal de regocijo. Aumentaba mi tristeza el perfume penetrante de un campo de espliegos. Cruzaron los labradores cantando coplas en mi alabanza; yo no los veia, mas imaginaba en mi interior el rielar del poniente en los aceros de sus dalles. Se hizo un silencio: sentíase en el hálito de las cosas la presencia del crepúsculo. Los caballeros no volvían: tú bromeabas con las damas y los pajes. Luego enmudeciste y te tomé de la mano: al enfrentar el molino, sentíase gemir sobre la solera el claro son de la muela volante. Me dijiste que trasuntabas el crepúsculo, que toda la tristeza de montes y prados escapaba de tus sentidos; quise reir, pensando en el bufón, y no reí porque las miserables como yo no tienen risa.

CADORETO

Y al repetírmelo, señora, me volvéis a mi crepúsculo.

AMELOT

Tonto: estoy hablando del pasado. Apa-

reció la luna y me contaste que a media noche, cuando nos acaricia con melancolía, su luz nos baña naturalmente como a las cosas. Pero que cuando nos sorprende con el sol en los ojos, levantándose enorme, tiene algo de insólito y de espectral; sus luces nos tocan tan de cerca que nos envuelven tibias; sus rayos pálidos exhalan reflejos de oro; sus relumbres tejen un bosque de sueño y el alma se conturba en la fantasía alucinante. El bosque se vuelve jardín y el jardín una flor sola, en que se aspira el perfume del Paraíso: entonces la nostalgia de la divina existencia, el anhelo de los divinos amores, el estremecimiento de las divinas fiebres, nos arrebatan en sus misteriosos transportes. Y la marea que se eleva en los lindes frágiles del cuerpo, con todo un infinito como la del océano, agita en la congoja de lo imposible, su fuerza desmesurada y su límite estrecho, para concluir en angustia desesperante: ¡Quién no desee la muerte que cierre los ojos!...

CADORETO

Es cierto, así dije, y eso es la verdad misma; ¿ pero cuán admirable vuestra memoria ?

AMELOT

Cadoreto, olvidas que somos hermanos. Yo no ignoraba el cambio de la luna en el cenit: sabía que si abajo nos perturba, también la Tierra parece enfiebrarla; y que allá arriba, serenándose augusta, arroja el esplendor de su sudario, sobre las ruinas tangibles y los sueños impalpables... ¿ No te expliqué que en mi seno dilataba sus temblores de luz como en el cristal sombrío de las lagunas ? Tú me respondiste: ¿ Y las estrellas, gozan del privilegio ?

CADORETO

Y vos exclamasteis: dejemos las estrellas; ya de virgen, mi tema de Natividad me enseñaba que mi astro es la luna.

AMELOT

Mas, arrepentida, añadí: " Cadoreto, ¿ qué

son las estrellas?" Y tú me replicastes: El Señor, en el Edén, habia creado la rosa con gran gozo; pero sobre la flor cayó una gota de rocío, y la flor adquirió pensamiento. "Viviré el espacio de una aurora; y seré la imagen de la ventura perdida y de la quimera soñada"... Asi deciase, y Dios, al pasar, exclamó: "¿Qué ha podido desobedecerme prestándote espiritu?" Y prorrumpió, mirando la gota de rocío: "Es la lágrima de un ángel"... Luego, dándose vuelta, reparó frente a la rosa de sol, en un lirio de oro que, al sentir otra gota, se volvia de luna. Esta vez el Señor pensó, creando mil lirios blancos a semejanza del palideciente: "Los lirios en el Mundo serán el dolor de las rosas"... Mas como el llanto siguiese cayendo, el Omnipotente comprendió: ¿No habia prohibido a los ángeles seguirlo? Entonces bendijo el rocío de amargura, y las gotas, inflamándose, se volvieron al espacio y cada lágrima de amor formó una estrella.

CADORETO

Cuando conté esas cosas, la humilde

mano del juglar sintió la vuestra, augusta, y los oídos del cuitado, oyeron entre divinas voces: "Cadoreto, tú vienes a mí desde la luna; tú eres un amigo que me manda mi astro."

AMELOT

Ahora, eres tú el que se acuerda.

CADORETO

¡Cómo he de olvidarlo, señora! Me pasé la noche improvisando versos con mi pobre Gásparis.

AMELOT

Trincavel llevó al astrólogo una cabeza de jabalí no sé para qué prueba de piromancia, y al volver me dijo: "En la Vade, el loco de Cadoreto está tañendo el laúd cual si fuese el mediodía". Dime algo de lo que cantabas.

CADORETO

Corazón de la laguna
En la sombra del espejo,
Es el pálido reflejo
De la luna.

Los plateados abedules
Y los sauces pensativos,
En el fondo de los tules
Tiemblan vivos.

La laguna vaporosa
Pide al bosque su fragancia,
Retratándolo en su estancia
Misteriosa.

Quiere que amen sombras, luces,
Lo soñado en su fulgor,
Mas los sueños tienen cruces
De dolor.

El espejo es ataúd
De la luna que tirita,
Con aliento de inquietud
Infinita.

Quiere el agua hasta los cielos
Subir, apagar el astro,
Y así vencer los anhelos
De su rastro.

Ve el poeta en la laguna
Lo intangible del soñar:
Corazón de su cantar
Es la luna!...

AMELOT

¡Ah, no ver más las fuentes de los ritmos! Aun el encarcelado que vislumbra el cielo posee alas: dejar volar el alma en los ojos es sentirse menos miserable.

CADORETO

Vuestros ojos son divinos; no contemplan mi fealdad y conservan su hermosura.

AMELOT

Calla, Cadoreto, calla. La belleza se ha hecho para las mujeres; para vosotros el canto: la misma ley de las aves... El tiempo, que no se detiene a oirnos, corre; atardece, vamos, me esperan en el castillo.

La señora, alta, esbelta, marcha. El bufón, alto también, mas con su hombro contraído y la cabeza inclinada, le da la mano. De pronto mira el suelo estremeciéndose: el sol poniente dibuja sus siluetas, que se tocan sobre los musgos de los pedregales: la desarmonía de sus cuerpos se desvanece en la espiritualidad de sus sombras...

CANCIÓN DE TELA

CUADRO III

En el gran aposento de la torre del Mayor, propincua al Alcázar, Amelot de Trincavel, con sus doncellas, teje para su servidumbre. En el hogar apagado de la chimenea, redondos segmentos de encina exhalan frío sobre los trébedes. Las flores de lis que en el hastial de su más alto paramento evocan a Luis VIII, se estampan en torno del escudo de Ormes. Allí brillan escaques de sable, borduras de gules, llaves de oro puestas en sotuer, y en la cimera, un buho de sinople, llevando por divisa: *Sine Macula.* Y dentro del hogar, Trincavel ha hecho esculpir su león rampante, que desde la barra de ilegitimidad guinda un yunque entre dos halcones. Ante la chimenea, la cátedra de recibimiento yergue un baldaquino jaquelado; sus grandes asas se antojan cuellos de cisnes que auguran, como en un blasón, vida larga, dulce y laboriosa. En su asiento, en su escabel, y en todos los bancos, se tienden almadraques bizantinos. En un rincón el amplio retrete de entrapada roja, oculta el lecho de cedro obscuro. A

su pie, en dos huchas, primorosos herrajes barretean los gofreados cueros y las armas heráldicas. Tapices de Poitiers cubren el alfarje y contrastan con la desnudez del techo de viguetería; mientras los muros se aforran de tapices saumuranos donde los ojos, entre montes y murallas, adivinan las ciudades por las cúpulas de Oriente. Más allá, en los alijares de una población fantástica, como transfigurada por el recuerdo de los cruzados, se mueven bosques de lanzas, flámulas, gallardetes, y los caballeros se antojan hacinamientos de hormigas negras. Bajo aquella visión un retablo convierte el Gólgota en capilla gótica: sendos querubes cuelgan de los brazos de la cruz a la altura de la frente de Nuestro Señor; a sus plantas los sayones romanos, de pie, se mezclan a los guerreros franceses de rodillas. Para acentuar el anacronismo, el centurión, violento, arranca a un peregrino, con los caracoles del barrete, el puñal-misericordia de la abrazadera. Y junto al retablo, una credencia de purpurescente sombra, luce las imágenes de Gabriel y María separadas por un gran lirio de caoba. Un cofre pintado al temple, con ciervos de floreCidas cornamentas, está abierto y lleno del alepín más fino. Aglantina toma los copos y los reparte; las damas los aseguran en los rocaderos; Amelot entona la canción de Tela. Los caballeros han partido, como siempre, de montería; las horas son interminables; al acento de la señora responde

el coro de sus mujeres. Las ruecas marchan; las hebras que se tiran se les desprenden, y retorciéndose se arrollan en los husos colgantes; los acentos monótonos parecen el planto del hastío, y las figuras vivientes en la torre más melancólicas que las muertas en los tapices.

AMELOT

El Sire de Anjou partió
Al sepulcro nazareno.
Como un paladín luchó
Contra el bravo sarraceno.
El Sire de Anjou partió
Al sepulcro nazareno.

LAS DONCELLAS

Hilemos, hilemos,
Hilemos la lana,
La dicha tendremos
De verlo mañana.

AMELOT

El Sire de Anjou encontró
Tierna voz en una infiel,
Y ante la hermosa pasó
Por no olvidar a Izabel.
El Sire de Anjou encontró
Tierna voz en una infiel.

LAS DONCELLAS

Hilemos, hilemos,
Hilemos la lana,
La dicha tendremos
De verlo mañana.

AMELOT

El Sire de Anjou volvió
Y un beso curó su herida;
Así agonizante halló
La llama de nueva vida.
El Sire de Anjou volvió
Y un beso curó su herida.

LAS DONCELLAS

Hilemos, hilemos,
Hilemos la lana,
La dicha tendremos
De verlo mañana.

AMELOT

No volvamos a empezar. No será mañana, ni nunca: todas esperamos al caballero que no viene.

GISELA

Al mío lo tengo elegido. Para abandonarme se *cruzó*; y a fe que bien hizo: ne-

cesitaba penitencias y ayunos. Iba tan cargado de culpas, que en Jaffa cambió la espada por el báculo y se cubrió de conchillas. El mar playero le sembró la arena de dorados caracoles: en ellos me vió al través de una aurora, me oyó al través de un canto, y contribuí a iluminarle la conciencia. Mas en los Santos Lugares, por esa misma lumbre, comprendió un pagano la magnitud de su sombra; le arrancó los caracoles, le quitó la daga, le rompió el barboquejo, le robó la escarcela y le impidió acercarse al Gólgota. El pobrecillo vaga hoy por el Langüedoc, creyendo que trae al diablo en el cuerpo. ¿Qué debo hacer? ¿Abandonarlo a sus antiguos instintos o pedir a Su Grandeza que lo exorcise? Decid vosotras...

AELIS, observando el retablo.

Abandonarlo. ¡Si es casi trapajoso! Y viejo, horrible, hirsuto: sus barbas parecen las de un chivato.

AMELOT

Mas, ¿de quién habláis?

GISELA

Del caballero que tomó mis colores en el torneo de Blaye. ¡Ah, se me ha vuelto de saúco, y lo han pintado con heces de hipocrás!

AMELOT

¡Cómo sois de jóvenes! La voz de Gisela es la más transparente.

GISELA

Mi amada princesa, la transparencia se enturbia. Vivimos tanto en el corazón de nuestros caballeros, que para sus brazos sólo tienen dulzura los jabalíes. Así las fieras se convierten en nuestras rivales. Quisiéramos menos canciones y más besos.

AMELOT

Estás loca, hija mía.

AGLANTINA

La primavera nos envuelve, y la primavera nos seduce. Pasado mañana se celebran las calendas de Mayo. Sólo Yolanda será feliz en los festejos. ¡Que nos canten,

sí, como a la rosa ideal de los prados, pero a condición de vivir con un esposo en nuestras casas!

AMELOT

¡Las calendas de Mayo! ¡El pase de armas de Beziers! Los más apuestos doncel-les, los más temidos barraganes, se disputaban a vuestra señora. Mi tía Ermengarda me había prometido y Trincavel me conquistó; los otros garzones me miraron con amargura y yo resplandecí de júbilo. Después llegó Octubre, y las flores de mi primavera se fueron cual las hojas de ese verano; y, quizá para que no viese los lugares en que había sido feliz, me abandonaron los ojos.

AGLANTINA

Perdonad, perdonad, el desatinado recuerdo.

AMELOT

Volved a los husos, hijas mías. Mis años son pocos, cual las horas del cuadrante; pero, como ellas, encierran todos los ma-

les. Hilad, hilad: no puedo ver las ruecas, ni el tejido de nieve que ha de parecerse a mis cabellos...

AELIS

La cabellera más dorada del Mundo es la de mi señora.

AMELOT

En mi tiniebla el espejo de los cabellos está en la voz: mi propio acento me dice que he emblanquecido; los vuestros que aun hay panojas, sol, amores...

GISELA, agitándose contenta.

¡Bienvenido el baluarte del canto, el cascabel de las risas, el astrólogo de la salud, el reflejo de las estrellas, el perfume de las flores y el torreón del gozo!

Cadoreto saluda, inclinándose, con visibles muestras de cansancio.

AGLANTINA

Hilemos, hilemos,
Hilemos la lana;
Ya tengo la dicha
De ver mi mañana.

AELIS

¡Que tome mis husos y adore a su Onfalia!

AMELOT

¿Qué significa esto? ¿Es también el soplo primaveral?

CADORETO

No, señora: una piedra cayó en la laguna y las sirenas cantan.

AGLANTINA

Nos ha querido llamar renacuajos.

AMELOT

Y tendría toda la razón. ¡Silencio! Siempre tarde, amigo mío.

CADORETO

Me detuvieron los heraldos. Invitan a pecheros y mesnaderos, nobles y burgueses de la ciudadela y de los alfoces, a acompañar a Trincavel en la bendición de la campana. Y ya también andan cantando los pre-

gones de Monseñor. ¡Gran domingo para la Cisterna de Nuestra Señora!

AMELOT

¿Vuestra cofradía hace el regalo?

CADORETO

Es cierto. Mas cuando Carcasona perteneció al reino nos ayudaron damas y caballeros. En las hornazas, en los hornachos, y en los moldes de greda, con nuestras humildes vajillas cayeron lucientes cascos, escudos de oro, lingotes de plata. Enriquecidas así las ondas de estaño y cobre, se precipitaron en el bronce; y la fe ardiendo, infundió a las formas de la campana, deseos del corazón y súplicas de la mente.

AMELOT

¿Y no habéis temido que se pierda alguno de esos dones?

CADORETO

Jamás. Es maese Vignier hombre de cuenta y razón. Por otra parte, nadie se atrevería

a tocar ofrendas: la crónica de Carlomagno no ha muerto. Si nosotros mandamos a los troveros la tensón y el planto, las albadas y los serventesios, repetimos sus canciones de Gesta y sus canciones de Tela, como imitamos las pastorales y las carolas poitevinas, o transformamos en layes amatorios los narrativos de Bretaña. Las venas épicas y líricas, de trovadores y troveros, son las arterias de los países de Francia, por donde corre una sola sangre de melodioso canto. Y maese Vignier conoce lo que no debe ignorar del gran emperador: ¿pero por qué detenéis las ruecas?... Multiplicad en los husos la fina espuma, y que los hilados se combinen al son de lo que mi acento teje... Con milagroso timbre hechizaba una campana, torres, hombres, mujeres, aves. Disipaba las horas con tan armoniosa vida, que arrobando al tiempo naciente, no dejaba pensar en los minutos muertos. Calomagno hizo venir a un célebre fundidor: "Hazme—dijo—una más perfecta; y que los noëles de mi Catedral se oigan en el cielo." El artífice, repuso: "Dadme cien libras de plata, y

nunca un bronce mundano estará más cerca de la voz divina." Se le entregó el lingote, pero el miserable guardólo para si: de manera que al bronce del espacio no se ligó ese resplandor de las entrañas del abismo. Llegó el día de la bendición y la campana no respondió a los fieles; ni tampoco a la clerecia, y menos al Pastor y a Carlomagno. El artífice, violento, corrió al ánfora sonante, que parecía una tumba. A su primer golpe mudo, despréndiendose el badajo, le hirió en la frente: entonces, temblando, confesó el crimen; luego la campana vibró sola. Y el pueblo, maravillado, cayendo de rodillas, siguió ansiosamente en los aires, a ese único toque misterioso, cual si pudiera tomar forma y fuese la estela de un ángel... El emperador se resistió a rendir la plata a su tesoro: lo que por un sacrilegio no se transfiguró en voz del Cielo, se derramó por caridad entre los pobres de la Tierra.

AMELOT

Cadoreto, tú que sabes todas las histo-

rias, ¿desde cuándo hay en nuestras torres campanas?

CADORETO

Imposible decir la fecha; pero en el siglo VIII ya conmovían el corazón de nuestros padres. Clotario, que venció parte de la Borgoña, estaba a las puertas de Sens, y sus armas traían la muerte y el espanto. El arzobispo Loup tañó el bronce con épico redoble; sus fieles sacudieron la pavura; y las huestes invasoras a su vez temblaron: se les ocurrió que la señal de armonía era nuevo ariete de combate.

AMELOT

Cadoreto, que sabes todas las historias, ¿como nació la campana?

CADORETO

Las carracas que suenan los clerizontes en los días santos, servían en las catacumbas para llamar a los cristianos dispersos. Sus broncos sones se mezclaron a las lágrimas de los fieles perseguidos: hoy se confunden al recuerdo de la Pasión del

Maestro. En la Tebaida una trompeta de bambú conmovía el desierto: monjes y ermitaños acudían a las comunes oraciones. En los conventos, un mazo de roble servía de aldabón en las celdas, concluía con el sueño, despertaba los ecos de los sepulcros y llamaba al coro de los maitines. Se detestaba entonces el metal, porque en el metálico tintinnabulun, los dibujos de los relieves erigian las fábulas de los dioses. Cuando los emperadores cedieron y triunfó la Fe, se recurrió al bronce y nació la campana. Recordaba la esbelta redondez de las ánforas antiguas, mas era un grito hecho canto: boca potente de armonía, capaz de una nota vibrante de resplandores.

El hombre la oye sin discernimiento al nacer, y no la oye con conciencia al morir; así resuena entre dos misterios, y segundo corazón de la vida, responde a cada latido humano con su latir celeste. En el uno está la sangre de la realidad, en el otro la sangre de la esperanza, y la campana, segundo corazón de la vida, es el corazón

del espíritu. Ya la sentiremos en la torre de Carcasona, cumbre de su apoteosis; ya la sentiremos, y quizás os preguntéis de dónde vino. Brotó del genio anónimo de la Iglesia; se ignora el nombre del autor, como se ignorará en futuros siglos el nombre de los que hoy ornan las Catedrales. Pero sabemos que es hija de la Campania; que el cielo de Nápoles la inspiró con su esplendor; que su artífice, mirando el mar, le dió su acento de infinito y su murmullo de ola. Con su fuerza de marea, con su gracia de espuma, con su brisa de regocijo, con su viento de tempestad, conserva en su bronce el oro del sol de Italia.

AMELOT

Cadoreto, que sabes todas las historias, ¿también tu nombre es italiano?

CADORETO

Con él empiezan las que ignoro y no sé ni eso de mi bautismo; pero mi madre creía haber nacido en Cadora. Mis compañeros de miseria, en la tribu errante, me empezaron

a llamar Cadoreto sin otra razón. En realidad carezco de nombre; soy como el agua de las acequias que tienen uno porque pasan por una calle. Dejemos esas alegrías... No me fatigo de mirar a Nuestro Señor en la cruz: el rostro de saúco se antoja hinchado por el agua; pero como dentro no llueve, quizá lo sea por el llanto de los que lo contemplan morir...

AMELOT

Cadoreto, que sabes todas las historias, no nos hables con amargura y dinos: ¿por qué a las campanas les ponen nombres?

CADORETO

Para que sus voces parezcan de esos nombres transfigurado trasunto. Juan XIII, bendiciendo la de San Juan de Letrán, en Roma, empezó la costumbre y la denominó como al Bautista. La nuestra, se llamará Cecilia, y la santa de la música inspirará sus acentos. La virginal patricia, que recibía de un ángel, flores invisibles para los incrédulos aunque las delatase el perfume, infundirá

al bronce sus virtudes milagrosas. Los hombres no jurarán en vano sobre la cruz de la rangua, temiendo que su voz proclame a gritos el perjurio: y sus sones, a lo lejos, detendrán en la noche la llave del ladrón y el puñal del homicida.

AMELOT

De otros cantos es menester ocuparse ahora. Yolanda llegará en breve: tú debes en las fiestas representar un Misterio. Para advertírtelo te había llamado.

CADORETO

Poco merece la mujer y nada el marido: buscaré mi vena de inspiración en la fuente de la colina. Su manantial de frescura despierta la fiebre de la belleza: y si no puede mirarme, no es menos cierto que en su luz me miro con placer sin rostro.

AMELOT

¡Ah! no sólo las fuentes son ciegas.

AGLANTINA

Oportuno bufón, por hoy refléjate en mis

tejidos. El alepín de esta crespina semeja la aljerife de una araña. Pero, ven, me falta el insecto.

AMELOT

¡No le habléis aquí como en la corte!

AGLANTINA

Señora, ¡si le vierais la cara!

GISELA

Señora, ¡si le vierais el cuerpo!

AELIS

¿Olvidáis que le oye la voz?

AGLANTINA

Desde que te compuso el dezir de Fernando, le adulas.

GISELA

Desde entonces le encuentras bello.

AGLANTINA

Yo le admiro en su carácter de alcaduz.

GISELA

Él mismo ¿no se compara a una gárgola?

AELIS

Las gárgolas no tienen su sonrisa.

GISELA

Cadoreto, abrazadla, os ama.

AGLANTINA

Cadoreto, besadla, os adora.

CADORETO

Déjalas, Aelis. No son malas, son jóvenes. No son perversas, son lindas. Y creen que eso les durará siempre. Déjalas que rían, ya tendrán tiempo de llorar... Hermosas doncellas, las gárgolas dirigen las aguas; vuestros techos no se derrumban porque su monstruosidad os divierte. Y cuando están muy altas, sirven de nido a las golondrinas; y cuando están muy bajas, se ofrecen a las abejas que les cuelgan sus panales. Y si aun os burláis, se vengan colaborando con Dios: dulzura y alas... Ved en la cre-

dencia cuán espléndido el arcángel que ofrece el lirio a la Virgen María. Pero mirad también este rompenueces. Lo forman víboras con picos de brujas: es repelente, y sin embargo, lo bendecís porque el fruto tiene cáscara.

GISELA

Hazme una canción a Daurade, como la de Aelis a Fernando, y te llamaré mi rey.

AGLANTINA

Haz que Germa tome mis colores, y te adoraré como Kundry a Perseval.

AMELOT

Échalas al diablo, Cadoreto, y ven mañana: te acompañaremos a la fiesta.

CADORETO

He aquí mi canción, mi canción de despedida; recordadla cuando vuestra juventud pertenezca también a la memoria:

El peñón es monstruoso,
El peñón es horrible;
Es nido inaccesible
Del águila y el oso.

El peregrino viejo,
Sediento y moribundo,
Es extraño reflejo
De hogueras de otro mundo.

¿Quién calma al peregrino
Oyendo su oración?...
El hilo cristalino,
La fuente del peñón.

AMELOT

Ve en paz, amigo mío: el hombre sin hermosura ligará siempre la Tierra con el Cielo si comprende que el arco iris que refleja en su espíritu, es hecho de lumbres y de lágrimas.

LA CAMPANA

CUADRO IV

San Nazario. Arcos románicos sobre columnas cuadradas de capiteles cilíndricos. En el órgano, momentáneo mutismo de selva sonora, entre la trompetería de plata, el erizamiento de los obscuros cañones, los haces de claras lanzas y los candelabros macizos de figuradas lumbres. Crucero y coro ojival. A mitad de los fustes, los Apóstoles levantados por la plegaria evocan a los Moisés y Elías de las iluminaciones del Tabor. En el ábside, vidrieras de oros ardientes muestran púrpuras más vivas que el oro: son fraguas de cetros y de túnicas para los reyes de la tierra y los santos del cielo. Criaturas seráficas, revistiendo la emanación colorida de sus espíritus, se tienden hacia el esplendor de la Rosa.

La Rosa es luna de palidez platínea con brillazones azuradas, y en el divino fulgor de melancolía y gloria, sueñan los Evangelistas con la voz del Maestro. Desde cuartos menguantes esclarecen sus recuerdos el Ángel, el León, el Águila, el Toro; y más

allá del verdor metálico de las imágenes, rayos violáceos de luto, rayos morados de enigma, se mezclan a rubíes de llama y sangre, se ligan con arterias de azul etéreo, rematan en áureos tréboles, y rostros seráficos les engarzan sus cabelleras como raíces fantásticas del esplendor de los pétalos.

Obispos y caballeros duermen en los sepulcros; báculos, espadas, cascos, mitras, yacen con las estatuas: la Muerte, apoyándose en leones, les infunde gravedad silenciosa. Una lápida desmesurada yergue contra el muro el espectro de un cruzado; es sombra desvanecida y amenazante; es Simón de Monfort que con mallas grises parece petrificar todo el polvo de su tumba.

En hornacina cavernosa, siente la Virgen, que el cadáver de su Hijo se le escapa de las rodillas, y se le ve en el rostro, con la huella de la amargura la contracción del esfuerzo. En la archivolta se enguirlandan pámpanos con rosas, y de las flores verdaderas que perfuman el Cristo salta una abeja hasta la vid esculpida. El artífice, que sabe que su siglo ha pensado en los bosques al erigir la Catedral, quiere que en el himno marmóreo rustiquen las fuerzas y las gracias; y una cigarra en el festón de los pámpanos, evoca ante las vidrieras los alimentos transparentes de su cantar: el aire, el fuego, el rocío.

Pequeñas ojivas falsas corren al nudo central de las ciertas; y despliegan monjes que rezan envueltos en sus capuchas; zorros que persiguen gallos; juglares que tocan instrumentos; monstruos que se lamen las pezuñas; y el tropel realista, deteniéndose en la playa de las vidrieras no boga en el mar del incendio místico. Pero el murmurio de las oraciones y las nubes del incienso, mezclan, rozando las translúcidas imágenes, sus alas sutiles, sus hálitos aromados, sus espíritus de dolor, de laude, de esperanza. A su vez las imágenes vibrantes, rezan con la plegaria que las acaricia; son los incensarios inmóviles sobre los incensarios inquietos; y encendidas por el sol, convirtiendo en divino lo humano, echan al azul el ardimiento de las nubes, de las plegarias, de los colores... Suenan en tanto en el presbiterio campanillas de plata, y desde la altura bajan torrentes de órgano. Su Grandeza monseñor Radulphe, se dirige al golpe de señores que preside Trincavel: y el manto blanco, colgando de hombros de acero, se inclina ante la capa pluvial colgando de hombros de encaje; la espada de cuerpos ante el báculo de almas; y ante la cabellera de nieve la melena de oro. Más allá del facistol, a lo lejos, tras tupida reja, se oye a ratos el susurro del oratorio de monjas. Los clerizontes, con antorchas, reciben como pajes al obispo. Cerca de su dosel, Amelot parece una

de las figuras extáticas de los vidrios, entre damas que, envueltas en briales de aceituní de Oriente, recogen en los alharemes de sus cabelleras los perfumes del incienso. Ante el altar, suspendida por el trabón en una grúa, la campana, en su piel luciente de lagarto, ostenta los estampados de Santa·Cecilia: la doncella recibe rosas y azucenas de los ángeles en su baño de martirio, al par que los querubines acuerdan los instrumentos sobre las nubes. En la credencia, aforrada en paños de las Flandes, una copa de agua con hisopo de olivos transparéntase entre redomas de exquisitos perfumes; el vaso de oro que guarda la Santa Crema avecina el del óleo de los enfermos. Los órganos se callan; los turiferarios atizan el carbón ardiente; Monseñor, actuando como Pontífice, desciende del trono y se adelanta hacia el canciller de la Cisterna, que con Cadoreto y los otros cofrades, se desliga de la multitud apiñada.

EL PONTÍFICE

¿Qué pedís, hijos míos?

COLOMIEZ

Que recibáis, Ilustrísimo señor, de nuestras manos y en nombre de Carcasona, el

humilde don de esta campana, y que sea acepta por el divino culto.

El Pontífice

Gracias en nombre del Capítulo y en nombre de vuestra Catedral: desciendan a vuestras manos los bienes de Dios, y los regocijos de la paz a vuestros espíritus. Y que este bronce sólo anuncie brisas fecundantes en los huertos evangélicos; venturas que evaporen los llantos; lumbreradas que clarifiquen los abismos de la muerte. Mas es menester para ello que la campana viva: por su misión sobrenatural será superior a su bronce: su gemido, su trueno, su canto, su poder, sus dobles fúnebres, sus jubilosos repiques, todo debe tener un alma. El metal que labrásteis con amor ha de convertirse en metal sagrado; el sol lo bañará como a un ser y los aires tenderán sus latidos como voces de su conciencia: alzad los corazones en la plegaria, mientras juntamos en su bendición el soplo de las cosas visibles e invisibles.

Monseñor Radulphe se vuelve y los acólitos le presentan la sal y el agua. Es invocado el Dios que hizo el Cielo y la Tierra; y con las dos naturalezas confundidas se purifica el bronce. Luego el Pontífice lo asperja con el ramo de olivo, el diácono y el subdiácono lo lavan, y se entonan los salmos.

EL PONTÍFICE

El Señor reinó y se vistió de majestad.

EL CLERO, respondiendo en coro.

El Señor se revistió de fortaleza y se ciñó de poder.

EL PONTÍFICE

Establecisteis, Señor, vuestro trono desde entonces.

EL CLERO

Vos existís desde la eternidad.

EL PONTÍFICE

Esta es la Casa del Señor, en firmeza edificada.

EL CLERO

En verdad que está fundada en tierra firme.

EL PONTÍFICE

¡Cuán amables me son vuestros tabernáculos! ¡oh, Dios, Señor de las virtudes!

EL CLERO

Mi alma suspira, y desfallece, por estar en los atrios del Señor.

EL PONTÍFICE

La santidad conviene a vuestra Casa, Señor, por los siglos de los siglos.

EL CLERO

¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!

Monseñor se vuelve a la campana purificada, y con el óleo de los enfermos, le traza solemnemente sobre el paramento una unción en forma de cruz.

EL PONTÍFICE, en tono de plegaria.

Soberano Señor de los Cielos y de la Tierra; dad a este bronce el privilegio de despertar a todas horas los corazones; de infundir a los agonizantes el poder de morir santamente; de evaporar las perniciosas

BIBLIOTECA AMÉRICA UNIVERSIDAD - DE - SANTIAGO ESPAÑA

influencias que desatan en los aires las tempestades, las pestes y los azotes; que sus notas se lleven a los cielos el dolor como ofrenda y nos dejen como bálsamo la esperanza; que nos libren de las llamas, de las penurias, de las reyertas, de los combates, y no hagan correr más llantos que los que endulzan los arrepentimientos.

Monseñor, mira reverente la cruz, y la borra con finísima toalla. Luego, en el mismo sitio practica siete unciones: es el número misterioso de la Creación, que repitiéndose en los Días engendra lo Infinito. A éstas no las toca, y dentro de la campana, con la Santa Crema, dibuja al Norte, al Oriente, al Septentrión, al Mediodía, también cuatro cruces. Los turiferarios le alcanzan en los carbones rojos con el sagrado incienso los perfumes exquisitos: agitase el turíbulo y las nubes que se intrincan, se escapan por los bordes acariciando los relieves.

EL PONTÍFICE, en voz alta.

¡Que la campana que llamamos Santa Cecilia y que acabo de bendecir, ¡oh, Padre Todopoderoso y Dios Eterno, por Jesucristo Nuestro Señor, sirva para proteger

al pueblo cristiano, honrar la religión, y regocijar la Iglesia!

El diácono, entonces, tornado hacia el Pontífice, canta en tono de Evangelio el discurso de Jesús a Marta, que se lamentaba de la pereza de María.

EL DIÁCONO

"Marta, Marta, tú te apresuras y te turbas en el cuidado de muchas cosas, cuando es cierto que una sola cosa es necesaria: María ha elegido la mejor parte y nunca le será quitada."

El subdiácono avanza con el misal: el obispo lo besa en la página leída, se recoge un instante, y se dirige a todo el concurso.

EL PONTÍFICE

Vuestra campana es ahora el *Signum*, es decir, la Señal perfecta. Los votos de aquellos que fundieron en su vaso las ofrendas llegarán más fácilmente al cielo. El agua y la sal han lavado el bronce que purificó la llama. Con el óleo de los moribundos tracé en silencio la cruz, y la borré quitándole el rastro de la unción, porque Cristo entero

se fué del sepulcro. En su sitio dibujé las siete cruces que corresponden a los hombres; ellos renacen como los siete días y como los siete días se desvanecen, mas sembrando sobre la Tierra sus cenizas. Penetré entonces en la campana, donde duerme la Resurrección: no con el óleo de los agonizantes, sino con la crema de naturaleza eterna, grabé las cruces, a semejanza de las de los cementerios, hacia los cuatro puntos cardinales. Las puse dentro, en la obscuridad, porque aun teniendo la certidumbre del renacer, ignoramos el momento del fin de nuestros siglos.

En esa hora tremenda, cual los bronces de las campanas, resonarán las trompas de los ángeles. Y los justos, desde todos los horizontes, volarán a la Jerusalén seráfica, con la nueva carne que definió el Apóstol: "El cuerpo, sembrado, corruptible, se agitará incorruptible; sembrado en la ignominia reaparecerá en la gloria; sembrado en la debilidad, renacerá en la fuerza; puesto en tierra como un cuerpo animal, se levantará como un cuerpo espiritual." De esta

suerte, impasible, sin que nada destruya la plenitud de sus armonías, Dios lo rehacerá jubilosamente como cuando realizó su obra suprema. Libre de las miserias humanas, alejado para siempre del carroño plantel, bebiendo en la Luz los privilegios inmortales, se librará a la voluntad del alma, tan sutil como el alma misma. He ahí la victoria sobre la Muerte que, según el profeta, transportará de alegría los abismos de la Eternidad; por eso el Signo, como en augurio del éxtasis, se envolvió en perfumes. Y cuando, a semejanza de Marta, mis amados oyentes, cuidéis las terrenales cosas, Él os recordará que en sus labios de ensueño canta la parte de María. Ahora que vuestras manos lo conduzcan a la torre, levantando a Dios los corazones.

Los artífices descienden las palancas de la grúa; Trincavel y los señores impelen el camión; los cofrades de Nuestra Señora lo entregan al pueblo. Los guerreros, sombríos en los sepulcros, los bienaventurados luminosos en las vidrieras, ven que la campana entre las ondas del órgano, va a reinar sobre el templo, en su cúspide de armo-

nía. Va entre el júbilo ardiente de la multitud, que reza cantando el Credo; y en el atrio otra multitud se agita hervorosa. Mujeres, hombres, niños, ancianos, empuñan ya las trallas del cabrestante colosal; y el trabón se engarza en la cadena, en medio de silente expectativa. San Nazario es el monte de los Olivos: la campana flota, se eleva, asciende; y los ojos de los fieles la contemplan como los Apóstoles al Maestro en su Ascensión. Los que tiran en la reata oran en su esfuerzo: ya acude la nube que ocultó al divino cuerpo; pero aquí es espesa con los maternales brazos de las piedras pensativas. Maese Vignier asegura el trabón en los preparados roblones, y el carrillonero Delvair coge la soga. Un repique estallante cual grito de muchedumbre aprisionada en los muros de bronce se escapa al cielo: los aires se estremecen con la sensibilidad de la onda y sorprendidos mueven los trapos en son de fiesta; las palomas, azorándose, vuelan, y el pueblo, de rodillas, ve a las notas que oye, vistiéndose con las alas que refulgen.

LOS COFRADES

¡Nöel! ¡Nöel! ¡Nöel!

COLOMIEZ

¡He ahí invisibles los ángeles de las coronas de azucenas!

MAESE PIBRAC

¡Los ángeles de las coronas de rosas!

EL PUEBLO

¡Santa Cecilia! ¡Santa Cecilia! ¡canta, canta!

COLOMIEZ

¡Caen las rosas en los repiques!

MAESE PIBRAC

¡En los repiques caen las azucenas!

EL PUEBLO

¡Santa Cecilia! ¡Santa Cecilia! ¡canta, canta!

COLOMIEZ

¡Los ángeles se llevan las notas!

MAESE PIBRAC

¡Las notas de nuestras ofrendas!

MAESE GALAUT

¡Y en las notas suben nuestros votos!

EL PUEBLO

¡Santa Cecilia! ¡canta, canta!

COLOMIEZ

Cante siempre la señal por los siglos de los siglos.

MAESE GALAUT

Su gloria llena el espacio y la Tierra.

MAESE PIBRAC

¡Bendito sea el son que baja en el nombre del Señor!

EL PUEBLO

¡Hosanna en las alturas!

COLOMIEZ

¡Es la Resurrección inmortal!

MAESE GALAUT

¡Es el puente melodioso de los cielos!

CADORETO, con grito tonante.

¡La luz de nuestros anhelos, la Voz de la Catedral!

EL MISTERIO DEL ROBLE, LA FUENTE Y LA ROSA.

CUADRO V

En el ángulo del poniente, la multitud se dirige a un vestiglo de teatro romano. Lo tocan los muros del monasterio contiguo a la Catedral, que, erizándose de granadas pétreas, imitan los botareles de los vecinos arbotantes. En los escaños los caballeros, en torno de Austorc de Gontaud, dan al ambiente la alegría de sus briales rojo-púrpura y azul-verde, a menudo blasonados con flores heráldicas, y siempre con cinturones de orfebrería y de joyantes sedas. En sitiales de cedro baldaquinado, sobre escabeles cubiertos de tapices, junto a Rodolfo y Amelot, están Felipe de Galhac y Yolanda de Tolosa. Los rodean las damas, que traen las birretinas de las Cortes de Amor, amenas como canastillos, y los jubones elásticos, bajo los briales abiertos y briscados de oro en sus jametes de Oriente. Los adarves con las barbacanas se tienden propincuos, y de la cúspide de la Mitrade una cuerda tirante baja a los tronos. En otra torre, la visigótica achaparrada, los cofrades de la Cisterna, convertidos en actores, parecen

insólitas estantiguas, tal es el contraste de sus matices con el gris adusto de los paramentos. Sobre los muros del monasterio, sobre los adarves, hasta sobre las endejas de las sillerías, se aglomera la muchedumbre: un vasto rumor agita los aires, y, como flechas, los gritos de los chalanes cruzan y ofrecen el hipocrás picante, los altramuces con sal, la alcorza azucarada. En el escenario se dibuja la visión de una ruina: hay también una nube, un roble, y cerca un peñasco, de que cae el chorro de agua de un manantial que forma una fuente. Suenan trompetas; los actores descienden de sus pétreos andamios y se ocultan en las cosas que van a personificar y encender con sus acentos. El Heraldo, avanza, vestido como un astrólogo.

EL HERALDO

Caballeros de la Luna,
Caballeros de Mercurio,
Del Sol, de Venus, de Marte,
De Júpiter y Saturno;
Váis a asistir al Misterio
De un roble, fontana y rosa,
Mas antes de Cadoreto
Oiréis la voz melodiosa.

El Bufón avanza con un brial de estameña atacado por un cíngulo de esparto. Apóyase en un báculo cual si fuese un peregrino; no luce sobre la

frente la pluma de gallo de los locos: sus negros bucles se revuelven en libertad; y el laúd, en la abrazadera, reemplaza el cuchillo de la alforja.

CADORETO

Cadoreto es el cantor
Natural de su cantar,
Cadoreto es trovador
Y juglar.

Mi flor se convierte en fruto
No olvida el fruto la flor;
Responde a mi espuela el bruto
Volador.

Mi huerto al cielo se aduna,
Hija del sol es mi rosa,
Hijo el jazmín de la luna
Misteriosa:

Seda, perfume, arrebol,
Luz, matiz, melancolía,
Gozo, encanto, luna y sol...
Armonía.

Mi estrella se vuelve fuego
El fuego se vuelve lumbre;
Mi lluvia en el antro es riego
Y en la cumbre.

Si el eco responde al son
Y al trueno responde el rayo,
Es mi planta en el peñón
Chispa y callo.

Mi verso un ala se crea
En mi acento que lo irisa;
El labio junta a la idea
La sonrisa.

Cadoreto es el cantor
Natural de su cantar,
Cadoreto es trovador
Y juglar.

El Heraldo

Damas corteses y hermosas,
Damas púdicas y honestas,
Damas venidas del cielo
Para bendecir la tierra;
Ya no oiréis de Cadoreto
Juglar, la voz melodiosa,
Pues no puede en su Misterio
Ser árbol, sol, fuente y rosa.

El Heraldo y el Bufón saludan y se retiran, éste, apoyándose en el báculo, aquél sonando la trompeta; entonces el Genio Misericordia lanza el grito del Misterio del roble, la rosa y la fuente.

El Genio Misericordia

Cabe el roble de la ruina
Halla su fuerza el sediento,
Pues murmura la divina
Voz del azul firmamento,
Cantando en limpio raudal
De un espejo de cristal:

" Dulce es la sombra del roble
Para quien quiere dormir;
Dulce es la sombra de mi alma
Para quien quiere morir;
Te lo jura el transparente
Rumor de la fresca fuente."

El Genio Misericordia desaparece en las aguas: el Genio Perfidia desde el roble ve temblar las linfas y adelanta.

El Genio Perfidia

¿Cómo puede jurar una fuente
Sin misal, y sin cruz y sin boca?
Además, la mujer siempre miente,
La mujer que no miente, está loca.

La Fuente

Tengo mis dedos de luz,
Tengo labios de cristal,
Mi pureza es un misal,
Y es dama también la Cruz.

EL CABALLERO MORTAL HERIDA, casi arrastrándose, por el fondo.

¡Ay! si en la calma
Me viene un pobre resto de vida
Que cante el alma
Diciendo a Cloris que no la olvida.

EL MANANTIAL

El murmurio del agua no miente;
Formo a mi hija en sagrado crisol,
Y me llama el azul en la fuente
Gran Maestre de la Orden del Sol.

EL CABALLERO MORTAL HERIDA

Mi dolor insignias lleva
De la linfa espiritual,
Y si me das vida nueva
¡Oh! fontana material,
Dadme también con frescura
Este nombre, el Sin Ventura.

EL GENIO PERFIDIA

Los aires radiosos,
Gentiles, undosos,
Me ofrecen gloriosos
Sus velos, adiós;

Adiós, caballero
Vestido de acero,
Iluso hechicero
Bendígate Dios.

(Se oculta en la nube.)

El Manantial

Vuela, vuela, genio alado,
Vuela, hipócrita malvado.

La Fuente

De mi roble lejos vuela
Sin dejar rastro de estela.

El Caballero Mortal Herida

Gracias, fuente, suspirar
Es consuelo
Cuando el hombre en tu cantar
Bebe el cielo.

Gracias ruina, tu tristeza
Das clemente,
Cuando es nimbo tu maleza
De hosca frente.

El Roble

La Ruina ofrece su alfombra,
La Fuente ofrece el cantar,
Mi cuerpo ofrece la sombra:
Trimérido es el altar.

El Caballero Mortal Herida

La sed de mi labio muere;
La sed de mi ánima quiere
Con furor
Abrasar al trovador
Que consuela
Su dolor en la vihuela:

(Cantando.)

Voz del cisne misteriosa,
Postrer matiz de la rosa,
Último son de la brisa,
Decid a Cloris que beso
Su imagen con embeleso
Y expiro por su sonrisa.

Decid a Cloris que inflama
Su hielo, la roja llama
Sustento de mi delirio;
Decidle que así en la cruz
Dibújase en viva luz
Cual gloria de mi martirio.

Y al morir bajo su ley
Sé que sólo puede un rey
Unirse a tan alta estrella;
Si pecó mi corazón
Cegado por la ilusión,
Fué al menos la falta bella.

La Sombra del Roble

Doliente caballero
Deja florón y acero
Y mi hálito recibe;
Caballero doliente,
La paz para tu frente
Mi seno la concibe.

Caballero abandona
El laúd, la tizona,
Y siente mi frescura:
Al soplo compasivo
No dirás pensativo
Me llamo el Sin Ventura.

(El Sin Ventura obedece y se acuesta al pie del árbol)

La Fuente

Ya el caballero colgó sus armas,
Ya el caballero mató el dolor,
Ya envuelve al grito de sus alarmas
Grata caricia, dulce sopor.

La Ruina

Duerme, duerme, caballero,
Mi alta hiedra también duerme;
Se cual tu espada de acero
Capaz de fulgir inerme,
Duerme, duerme caballero,
Mi alta hiedra también duerme.

La Sombra del Roble

Que baje a su cabeza
En mi aliento belleza
Y en la belleza paz;
Ya mueren los enojos
En sus cerrados ojos
De angustia pertinaz.

Que se unan bien mis hojas
Borrando las congojas
Sin dar pasaje al sol;
Y el sol filtrar no pueda
Tan sólo una moneda
De vívido arrebol.

Que nada lo despierte,
Que goce hasta en la muerte
Placidez inmortal;
Y sea como el nido
Piadoso del olvido
Mi gracia inmaterial.

El Manantial

Sueña, sueña, caballero,
Mi montaña también sueña;
Soy su sueño; me despeña,
Y refuljo cual tu acero;
Caballero, sueña, sueña.

La Fuente

¿Qué visión el mancebo repara?
¿Una nube brillante lo agita?
¡Sí!, la nube dibújase clara
Dispersando el horror de su cuita.

¡Oh! cristal de mi luz transparente
Sé de su alma gentil el espejo;
Sé en tu canto sonoro, su mente
Convertida en su propio reflejo.

El Genio Misericordia renace de las linfas, vuela al festón de hiedra, y después de mirar sonreir al dormido, inclínase sobre las aguas donde el sueño del caballero se corporiza, y refiere lo que contempla.

El Genio Misericordia

En la fuente cristalina
Diséñase alto torreôn;
La princesa Adamantina
(Cloris es) llama a un halcón
Que a las notas de un rabel
Mezcla el son del cascabel.

El halcón trae en el pico
Una rosa, y forma ufano
Un fantástico abanico
Al detenerse en su mano,
Pues cazó la flor aquella
En el jardín de una estrella.

" ¿ Cómo ? ", exclama la mujer,
" En el espacio, de día,
Ha podido el halcón ver
La extraña estrella" ? "La vía"
Le responde el trovador :
" La halló en mi canto de amor."

Adamantina comprende
Que el astro los junta, y dice:
" Matarte el mundo pretende,
Mas el Señor nos bendice " ;
Y en la mano temblorosa
Del cantor pone la rosa...

La Ruina

Sueña, sueña, caballero,
Venturoso en la ilusión,
Tu sonrisa es hechicero
Ritmo azul del corazón.

La Sombra del Roble

Que nada lo despierte,
Que goce hasta en la muerte
Placidez inmortal ;
Y sea como el nido
Piadoso del olvido
Mi gracia inmaterial.

El Genio Perfidia desciende de su nube con un haz fulgurante en la mano.

EL GENIO PERFIDIA, dirigiéndose al Roble.

Has vivido un segundo,
Lo que duró mi viaje,
Tu poder no es fecundo
Jaclancioso ramaje;
No busqué en una estrella
La dulce flor de Mayo,
En la nube más bella
Me armé del rudo rayo.

Aplica el rayo al tronco y la copa cae: la Sombra desaparece y el caballero se agita.

EL GENIO PERFIDIA, sarcásticamente.

¡Oh! mi amoroso dormido
No te despierta el ruïdo
De tu pobre quitasol
Al abatirse en la alfombra,
Sino la falta de sombra
Y la Realidad del sol.

El Heraldo suena la trompeta. Las máscaras que han personificado la Fuente, la Ruina, el Manantial, la Sombra, los Genios y el caballero Mortal Herida, acuden y rodean a Cadoreto. Entre los aplausos de la corte y los vítores del pueblo, Yolanda recibe de Amelot una joya, y llevada por Felipe de Galhac, se detiene ante los actores.

YOLANDA, dirigiéndose a Cadoreto.

Ya nuestro corazón ha agradecido al muy alto y poderoso señor de Trincavel, y a su augusta esposa, estas fiestas en honor de nuestras nupcias. A ti, trovador y juglar, muchos días de ventura y largos años de gloria. Tu noble ama deseó añadir a la rosa natural que te ofrezco, su imagen imperecedera. No tenemos cátedra, ni libro, ni bonete; mas te aclamamos Ciudadela del canto, Río corriente de fúlgido saber, y te decimos Fino Amante de la Dama Cortesía, poniendo en tus manos, con la rosa efímera de una alba, la inmortal rosa de oro.

Cadoreto, hincando una rodilla, recibe los dones. Estruendosa aclamación sacude las torres y los adarves. Felipe de Galhac, en compañía de las damas, arroja a la multitud puñados de monedas. Las músicas estallan; pero el clarín del Heraldo impone silencio. Los ojos se convierten a la torre, donde se agita una nube blanca de tafetán y linos. De su centro sale un serafín deslizándose por la cuerda hasta los pies de Yolanda; la corona de azahares y, encendiendo una an-

torcha, reasciende pausadamente el camino de la nube. Las damas, Trincavel, los gentileshombres, se juntan al pueblo en el asombro que el volatinero despierta, y todas las bocas prorrumpen: ¡Noël, Noël!, el grito de las grandes alegrías.

LAS CALENDAS DE MAYO

CUADRO VI

Es la noche del primer día de Mayo. Se oyen a lo lejos las baraúndas y risotadas de los bureos y parranderas. Los mozos y las mozas han ido a los bosques a recoger flores, y se han envuelto los cabellos en hojas. Bailaron los cándamos al pie de los árboles, echando con ceremonia en los alcorques el agua del rito primaveral, y a las puertas de sus casas pendieron las guirnaldas del renacimiento. En torno del castillo, que austeramente refleja el llamear de las teas de puño enfiladas en sus aros, la multitud incansable tripudia sus carolas al son de las gaitas. Dentro se apiñan entre las damas los gentileshombres y los burgueses notorios. Los caballeros, ágiles, esbeltos, sin sus cotas y sus capacetes, están más en armonía con el aire de la estación nueva. Trincavel trae el capelo de pavón blanco, que usa a menudo el rey Luis; y los señores los morteros aforrados en pieles de la corte de Francia. Sus briales de sedoso cendal, se asemejan a las dalmáticas, y dejan ver los primores del jubón engalanado. Las

mujeres han suprimido ya las luengas mangas de los mantos, que también abiertos muestran las ropas ceñidas, y algunas inauguran los corpiños del Norte. Las doncellas de Amelot se han repartido el pelo en ligeras trenzas: Yolanda lo realza con rimeros de aljófar; las doncellas con herretes de metales preciosos. Amelot y el resto de las damas llevan crespines briscados en plata y oro, y los briales de todas revelan el dejo bizantino del Sur, en la riqueza de sus aceitunís, de sus tafetanes irisados, de sus telas de Damasco.

Los candelabros, sobre dragones de cobre, se mezclan a los trípodes de hierro, y deslumbra la velería en pinchos y en cubillos. Los pajes alzan las antorchas; las bóvedas desaparecen bajo tapices y estandartes, y las ojivas del claustro, fortificado, proyectan la lumbrerada a las torres inferiores, de negras cúspides y abismos de sombra. Desde sus sitiales, las estrellas miran curiosamente lo que sucede más acá de los tréboles, y en las masas pétreas los graciosos lóbulos dan joyeles aéreos a los fantasmas de la luna. Cadoreto no pasea ni la capilla con orejas de asno, ni el cetro de cascabeles de oro; apenas una cinta escarlata le finge en la frente la cresta de gallo: la botarga de diferentes colores le desciende, las botas de cordobán le suben, y en el pecho, a semejanza de venera, luce un astrolabio de fantasía. Va y viene entre los grupos; es el autor

del canto al retorno primaveral, es decir, de la *Reverdie*, compuesto en honor de Iván de Acuña, enviado secreto de Raimundo de Trincavel. Damas y caballeros caminan hacia el claro: tienen rosarios de flores, y Yolanda les sirve de reina; el hidalgo español ocupa su sitio. Suenan las cornamusas; la mosquetería cierra el círculo; los más ágiles saltan sobre los escaños y se hace un profundo silencio.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¡Hispano guerrero!
¿Qué sueño hechicero
Te da esa sonrisa?

IVÁN DE ACUÑA

Contemplo una dama
Fulgente, que inflama
La flor y la brisa.

Moza tan graciosa
No vi en la frontera,
Ni aun la ventera
De mi patria hermosa.

Su cuerpo es un rayo
Del diáfano Mayo
Con gasa de tul;
Sus ojos son fuente
De luz transparente
Vestida de azul.

Su pelo es de oro,
Su acento es un coro
De aéreo jardín;
Descalza camina
Por senda divina
De rosa y jazmín.

Moza tan graciosa
No ví en la frontera,
Ni aun la ventera
De mi patria hermosa.

RODOLFO

Hispano guerrero:
Pedir es tu fuero
De noble español.

IVÁN

Loando a la Dama
Danzad con su llama
Nacida del sol.

Ambos dan la mano a la Reina, y después de su movimiento sepáranse con el saludo de las gallardas. Las damas y los caballeros a su vez giran en sentido inverso, soltándose para marcar libres los compases de la cadencia.

YOLANDA

Que se escuche mi cantar,

LA CORTE, batiendo manos y pies

Èyá,

YOLANDA

Desde las torres al mar,

LA CORTE

Èyá;

YOLANDA

Y que vengan a danzar,

LA CORTE

Èyá,

YOLANDA

Las doncellas y garzones
Con alegres corazones.

LA CORTE

Con la reina dancemos;
Con la reina cantemos;
Que se vayan los celosos,
Los furiosos,
Y quedemos
Los amantes jubilosos.

Las cornamusas estallan. Todos se toman y se

balancean con alternativa de tres pasos rítmicos. Nuevo silencio.

YOLANDA

Traed rosarios de flores,

LA CORTE

Èyá;

YOLANDA

La primavera es de amores,

LA CORTE

Èyá,

YOLANDA

Para todos los cantores,

LA CORTE

Èyá,

YOLANDA

Que saludan a la Dama
Del Sol con su propia llama.

LA CORTE

Con las flores dancemos;
Con las flores cantemos;

Que se vayan los celosos,
Los furiosos,
Y quedemos
Los amantes jubilosos.

Vuelven a oirse las cornamusas. Las damas entregan a sus caballeros rosarios de rosas de los jardines y de amapolas de los campos; el concurso los imita; los galanes, hincándose, agradecen con el paso de Brabante.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Maese Argentie, inflad el ardor de los ministriles; tañed las cornamusas y los pífanos, el tamboril y las arpas, las violas y las gaitas, cual si la primavera inflase vuestros carrillos y animase vuestros dedos. No sólo tiene flores la Dama del Sol, tiene notas: que se enlacen, que se besen, que canten y suspiren; que las zarabandas estremecientes, dilatándose, tripudien, y giren en el cielo los astros como nosotros en la Tierra. Entonces gritaré las palabras sacramentales: "El Goce y la Juventud abren el baile con su prima la Proeza: la Cobardía, derrotada, corre a enterrarse ella misma."

CADORETO, pulsando su laúd en el ángulo que da sobre el pequeño claustro.

Hoy es noche de canto,
Hoy es noche de viola,
Hoy es noche de amor;
Olvidad el quebranto,
La tristeza se inmola:
¡La vida es resplandor!

AMELOT

Es noche de amargura, Cadoreto, amigo mío; de amargura, como siempre: no he podido figurar en tu danza; Yolanda será aquí la reina en todo.

CADORETO

Os equivocáis, señora: está también triste.

AMELOT

Sin embargo, sólo tiene motivos de alegría.

CADORETO

Los motivos a menudo recuerdan a las estrellas que, con su luz, no impiden que la noche sea de sombra.

AMELOT

¿Hay nubes? ¿Estos dulces alientos llegan hasta los astros?

AELIS, que conversa con Austorc entre las columnas.

Vos no los véis, señora, pero ellos os miran.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Un meteoro! ¡Un meteoro!

AELIS

Al frente, sobre la montaña Negra.

CADORETO

Formulad votos, presto, presto.

AELIS

¡Que el rey Luis me proclame soberana!

AUSTORC

Cuál es el vuestro, Amelot, hermosa tía.

AMELOT, sin responder.

¿En dónde habrá caído?

AELIS

Cadoreto, que nada ignoras, dinos, ¿en dónde?

CADORETO

Las exhalaciones son astros que buscan trono: a veces lo hallan y a veces ya se les adelantó en él una luz del cielo; entonces revientan como éste en chispas azules y rojas, antes de hundirse en el abismo.

AUSTORC

¿Y cuál es el nombre de la emperatriz, caballero de la cresta de gallo?

CADORETO

Amelot de Trincavel.

AUSTORC

¡Ah! mi cortesano; di eso a tu amigo Castrucio.

CADORETO

Tú merecerías que lo fuera. ¡Siempre se me ha de recordar mi cresta de gallo, sin ver que puede ganarme el odio!

AUSTORC

No te calumnies. Tu única madre será siempre Venus. Cuéntame cómo amarás, cuando ames, y se lo repetiré a mi dura Aelis, que nada ni nadie ablanda.

CADORETO, acompañándose con el laúd.

Veréis, juntos, capitán,
Confundiéndose en mi amor,
El pico de un alcotán
Y el canto de un ruiseñor.

RODOLFO DE TRINCAVEL, apareciendo.

¡Bravo, bravo! así arrobarás antes de morder... Hoy es noche de canto, como tú dices; pero que el canto no se pierda sobre los techos... ¿Por qué os exponéis, esposa mía, a las traiciones del relente? ¿Olvidáis que en esas lágrimas de la primavera filtra el diablo sus venenos?... ¡Ah! que la fiesta se orne con vuestra persona augusta y vuestra belleza callada.

AMELOT

¡La noche de canto lo es de cortesia, gra-

cias, señor! Mas aquí, en la calma, me encuentro muy bien. No veo, sino oigo. ¡Ah! cuando el tumulto alegre se acrecienta no puedo escuchar ni mi silencio.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Os dejo, entonces, a vuestro silencio poblado de estrellas; mas me llevo a mi gran Cadoreto, su inspiración me es necesaria.

El señor de Carcasona se apoya negligentemente en su bufón, y penetra entre los danzarines que dibujan carolas al son de las cornamusas y las gaitas.

AMELOT

¿Habéis oído su voz felina? Cuando se pone así, extremoso, y al mismo tiempo como irónico en sus arrumacos, ya sé que me oculta lo que trama.

AUSTORC DE GONTAUD

Sé lo que trama, y vos no figuráis. Raimundo tiene ajustados sus mesnaderos; el rey Luis puede despedirse de la Ciudadela; Iván de Acuña ha venido a combinar la acción. Mas nosotros creemos que nuestras

tropas bastan; y como Rodolfo debe entregar lo que a su primo pertenece por ley de herencia, yo me levantaré por ley de bravura. Me acusarán como rebelde: no habiendo prestado homenaje, no seré fementido. Y Rodolfo, ante la lucha entre sus dos sangres, la de su padre en Raimundo, la de su madre en mí, sin decidirse me dejará el comando. ¿Comprendéis?

AMELOT

¿Entonces nos iremos a Ludeve?

AUSTORC DE GONTAUD

Por poco tiempo. La contienda con el rey de Francia es inminente. Rodolfo volverá con mesnadas de vuestras tierras.

Se oye, a lo lejos, la voz de Cadoreto:

Hoy es noche de viola,
Hoy es noche de canto,
Hoy es noche de amor...

AMELOT

¡Vaya unas noticias de noche de amor y de canto!

AUSTORC DE GONTAUD

Así os pruebo mi afecto; pues confío en vuestra discreción. Además, necesito vuestro parecer: desde nuestra luz miramos mejor las cosas; desde vuestra sombra véis mejor los espíritus... Decidme. (Habla en voz baja, casi imperceptible). Aelis, llevad vuestro rosario de flores a Fernando de Loynez: debéis danzar, y no soy celoso.

La doncella se va del claustro, y encuentra a Rodolfo con Cadoreto, a quienes abordan Aglantina y Acuña.

AGLANTINA

Sigue, sigue tu camino: alguien te espera junto al tapiz de Bizancio.

AELIS

Gracias, hermana mía. Mejor es figura que vela bajo un tapiz, que español caído de un repostero.

CADORETO

¡Pobre Iván! ¡Pobre Iván! Para eso has cruzado las nieves pirenaicas; para eso aban-

donaste tus gloriosas tierras; para que una muchacha te llame muñeco de tejidas lanas.

IVÁN DE ACUÑA

El rocío de la noche te ha servido de hipocrás; estás ebrio, buho de la locura, bergante del Langüedoc.

CADORETO

¿A qué no sabes lo que es este laúd?

IVÁN DE ACUÑA

El aborto de una calabaza.

CADORETO

¿Y si fuese una persona? ¿Y si fuese un ser de lumbre? ¿Y si fuese un elfo del aire que vive en la caña seca de un bambú sonoro?... En su cuello el marfil fué de un elefante que condujo a Aníbal. Estos ojos de nácar en su llave misteriosa son de un caracol que pescó Cleopatra con la red de Venus. Esta llave en forma de cruz custodia lo que muere gimiendo y resucita

cantando... Otra cruz se alzará en la tumba de mi instrumento hecha con las luces aladas de las luciérnagas. ¿Lo dudas? ¡Sí, tierra santa le darán como a un cristiano, mi pobre Iván! ¿No tuvo la calabaza un alma?... ¿Pero quién enterrará a tu cráneo, más vacío que mi alforja?

IVÁN DE ACUÑA

No tan vacío: lo llena un látigo.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Mi bello señor: ¿olvidáis que es un loco? ¿No véis la cresta de gallo en la púrpura de su frente?

IVÁN DE ACUÑA

Tenéis razón, mas no veo su cetro.

CADORETO

Y lo buscarás en vano: ha tiempo que se lo llevaron las estrellas. ¿Te parece increíble? La cola del último cometa se confundió con las nubes de los montes. Merlin, que estaba allí, me echó a un turíbulo de

incienso; ardí, y volé confundido con las nieblas y vapores. Mi espiral, subió hasta la testa de lumbre y le espeté mi cetro. ¿Creerás que se ha convertido en árbol?... Los vientos de la marcha lo sacuden; al oirlo cantar se inclinan los planetas, y desde entonces el astro crinito anuncia la salud y la alegría. Si lo dudas, detén a una constelación: todas lo saben y lo cuentan. El velo de Aelis fué un cendal de la cola que le traje de regalo. ¿No es verdad, doncella mía?

IVÁN DE ACUÑA

¿Y también se han ido de paseo el cascabel y el burro?

CADORETO

¡No! Los áureos cascabeles se quedaron en mi alegre espíritu y las orejas del asno se dibujan en tu cabeza propicia... Buenas noches. Buenas noches... ¡Ah! mi bello Castrucio: alabados sean los pies que me ponen en tu camino.

CASTRUCIO

Con placer veo al fin tu cresta de gallo.

CADORETO

No la toques, vas a quemarte: no es de púrpura, es de fuego.

CASTRUCIO

Cosa rara es un bufón a quien incomodan sus atributos. ¿La nube se queja de su lluvia? ¿La serpiente de su frialdad?

CADORETO

La frialdad en la serpiente es el agua de la rana; y así contenta pule su veneno: ¡cuidado, cuidado!... La nube no lanza el rayo sino lloviendo: ¡temed, temed!... A mí, la cresta roja no me fastidia; sin cresta no hay cocorocó; y el grito halla su diadema en esa púrpura... Soy loco, soy loco, y mil juicios absorbí para volverme loco: soy loco con tu razón, con la de Trincavel, con la de Iván; y con la hermosa de estas dulces doncellas. Mi locura es enorme, pero soy

algo, pues que tengo la locura. A ti ¿qué te quedó, desdichado? Si quisieras trastornarte no lo podrías por falta de razón... Reid, reid todos, príncipes, damas, barones. Ese es vuestro distintivo, los animales no ríen; mas temed el reir. Los animales no lloran, pero gimen; los animales no hablan, pero cantan: ¡ah! supremo es el don que no imitan ni hermosean. Reid, reid, y pensad que temblando oiréis clamar a Jehová: "¿Qué hicisteis de vuestra risa?" No ríais de lo hermoso, pero reid de mí; no ríais de lo razonable, pero reid de Cadoreto: yo os trasegué la razón con la universal locura. Reparad en como brillan mis ojos: tienen la exaltación fosforescente de las estrellas. El perfume es la razón de las flores; aspirad en mis cabellos los alientos de un jardín: están bañados en aguas que robaron la razón a las rosas. Oid cómo en mi laúd vibra la locura de los acordes: sentid en toda mi alma la locura de la primavera. ¡Ah! no sabéis que la primavera es demente! ¡Ignoráis que las plumas de las aves del paraiso y los can-

tos del ruiseñor son excentricidades de la princesa delirante! Razonadores ilustres, el sol le ha quitado el juicio... Adoremos sus locuras porque exhalan la armonía... Primavera, primavera, toca el cráneo de Castrucio, y muéstrale la suprema sinrazón: hacer brotar flores en tal peñasco...

CASTRUCIO

Conozco bien la clase de tu demencia y algún día te lo probaré con cariño. Ahora, permite que extrañe la rosa de oro que ayer te regalaron.

CADORETO, cantando.

Pícame abeja del cieno,
Soy la rosa de un laurel,
En mis matices hay miel
Y en mi corola veneno.

CASTRUCIO

Como no temo a los venenos, te vuelvo a preguntar por la rosa.

CADORETO

La rosa se quedó en sus áureos jardines.

Yo soy bufón de la Orden de la Astrología. Mi insignia es este talismán, que se parece a un astrolabio. En su fondo, la enorme tela de araña con cifras, prende al zodíaco como un insecto. ¿No me preguntas por la mano que ahí la puso?

CASTRUCIO

Supongo que fué la de nuestro amigo Gásparis.

CADORETO

Haces bien en decir nuestro amigo: nadie amó más que tú al fabricante de oro quimérico, al manantial de aguas milagrosas.

CASTRUCIO

¿No aprendistes a su lado a temer la muerte?

CADORETO, cantando.

Amenazad, mientras rimo,
Que no me asusta la lid,
Eterna crece la vid
Aunque perezca un racimo.

IVÁN DE ACUÑA

Singular loco ¡vive Dios! ¿Te llamas realmente Cadoreto? ¿Qué clase de bufón eres?

CADORETO

Soy el ritmo, soy la rima,
Soy el canto, soy la luz,
Y contemplando la cima
No siento pesar mi cruz,
Soy el ritmo, soy la rima,
Soy el canto, soy la luz!

YOLANDA, dirigiéndose hacia el grupo con su guirnalda en las manos.

Y yo soy una loca de la primavera que te ofrece su rosario: ya que no puedes bailar hazme una balada.

CADORETO lo toma y señala las rosas.

Casi cual astro radioso
Brotó en el alba una flor
En el huerto esplendoroso
Del príncipe Adamastor,
Que del castillo de Aisner
Llamó a su dama Gilberta
Invitándola al placer
De mirar la rosa abierta.

La dama dijo: " Glorioso
Y amantísimo señor,
Nunca cáliz más airoso
Vistió el alma de una flor;
Dejadla en el tallo ser
Emperatriz de la huerta,
Y gocemos del placer
De mirar la rosa abierta."

En el crepúsculo hermoso
Volvió la dama de amor;
¿Por qué lanza rumoroso
Grito alado de dolor?;
Ve los pétalos caer
Bajo la planta desierta,
Y ya no siente el placer
De mirar la rosa abierta.

Desteje la más bella rosa del rosario y se la da a Yolanda.

Envío

Aspira tu flor, mujer,
No esperes que yazca muerta;
Un alba dura el placer
De mirar la rosa abierta.

Yolanda

Gracias, Cadoreto; sobre todo porque me crees más joven llamándome doncella: la

rosa primaveral ya no puede morir estéril en mi huerto.

CADORETO

Eso lo dice tu razón, pero no mi locura.

RODOLFO DE TRINCAVEL, tomándole el rosario.

Mi aliada la Poesía me entrega esta guirnalda: ¿bailará conmigo la hermosa rebelde?

YOLANDA

Las amo tanto, señor, que quien lleva mis flores es dos veces dueño de mis pasos.

Los cortesanos se van en distintas direcciones. Se oye el sonar de los instrumentos. Cruzan las dos filas, entrantes y salientes, de una burré de Auvernia. Cavayer de Seyre se apoya en Cadoreto.

CAVAYER DE SEYRE

Óyeme un instante: ¿crees tú en los sueños?

CADORETO

Cuando hay que interpretarlos, no; cuando se han cumplido, sí.

CAVAYER DE SEYRE

Es mi caso. Me perseguia a las noches una pastora; y me dije a menudo: he aquí el efecto de los romances. Su imagen no cambiaba nunca. Una vez la vi mirándose en una fuente. " Por lo menos, que sepa tu nombre ", exclamé: sus labios callaron. Entonces la linfa, que no podia abrazarla, gimió : "Dora", estremeciéndose, como para bañar bien su reflejo. Y hoy ¡prodigio de los prodigios!...

CADORETO

Yolanda es el retrato de la pastora.

CAVAYER DE SEYRE

¿Eres brujo?

CADORETO

No soy ciego y eso basta: la contemplas embebecido.

CAVAYER DE SEYRE

¿Qué debo hacer?

CADORETO

Por de pronto contarle el romance.

CAVAYER DE SEYRE

Aun no la he abordado; me aproximo y me turbo.

CADORETO

No te turbes y aproximate.

CAVAYER DE SEYRE

Me hablas de ella cual si fuera muro de asalto. Torre de piedra y muerte no se parece a torre de carne y vida.

CADORETO

Sé, como tú, que para un gentilhombre de tu blasón, sólo estas batallas amenguan el coraje. ¿Eres el mejor amigo de Gontaud?

CAVAYER DE SEYRE

¿La pretende él?

CADORETO

No; responde.

CAVAYER DE SEYRE

Sin duda; soy su mejor amigo.

CADORETO

Pues a luchar; cortéjala y vence.

CAVAYER DE SEYRE

Casada de quince días: ¡cómo vencer a quien ama! Por otra parte hay misterio en lo que dices.

CADORETO

En mis misterios, nadie penetra. Oye y obedece. Precisamente porque se ha casado, entra en las leyes del amor cortés; bríndate como caballero y que sea tu dama. Esta noche misma refiérele tu sueño.

Se separan. Los instrumentos aceleran el ritmo de una farándula provenzal; y entre gritos van y vienen las parejas, conmoviendo el alcázar con sus pasos a la turca.

CADORETO

Reid, corred, volad; los ríos jugosos corren al mar y las hojas secas al pantano...

CASTRUCIO

Amado loco, ¿te vuelves fúnebre?

CADORETO

Torno a verte, mi viejo amigo.

CASTRUCIO

¿Qué te ha dicho Cavayer? ¿Te ha contado que sus ojos se desorbitan por Yolanda? ¿Le recordaste que Galhac es nuestro mejor acero?

CADORETO

No tan bueno como tu lengua, ni tan templado como tu perfidia. ¿Desde cuándo un señor no puede mirar a una bella? Aquí nos divertimos sin temer tus ponzoñas.

Soy el ritmo, soy la rima,
Soy el canto, soy la luz...

CASTRUCIO

No te olvides de añadir: soy confidente de Yolanda.

CADORETO

Como la música, mentecato; como la luna, como la primavera. ¿Podrías tú imitarlas? ¿Ayudarías con tus lumbres y tus notas el dulce coloquio de los amantes?... Venid, príncipes, barones; oid, mirad, y diréis conmigo: no hay nada más fecundo en bilis que un eunuco en celo.

Varios gentileshombres y burgueses aplauden. Amelot avanza traída por Aelis: Cavayer y Gontaud se apresuran a rodearla. Los coros conciertan el paso de Brabante.

AMELOT

¿Con quién danza Rodolfo de Trincavel?

CAVAYER

Con Diana de Castelnaudary.

AMELOT

¿Quién acompaña a Yolanda de Tolosa?

GONTAUD

Germa de Ruadel.

AMELOT

¿Dónde está Cadoreto?

CAVAYER

Muy cerca: donde sus amigos ríen y Castrucio se irrita.

AMELOT

No le dejéis con Castrucio: llamadle.

GONTAUD

Parece haberos oído; helo aquí.

AMELOT

Cadoreto, amigo mío: ¿por qué me has abandonado en la noche de alegría? Escucho a la distancia tu voz sin comprender lo que dice. El insomnio te la templa; es la hora de fiebre en que empiezas a vivir...

CADORETO

Hoy no vivo, estoy loco. ¡Oh, felicidad! La locura trae olvido, y quien vive no entona la deseada canción: siempre se persigue y se ama a la que nunca se encuen-

tra... Por orden de Belcebú, y con júbilo de Castrucio, me vigilan los pajes. ¡Oh, tú, el de la antorcha! si él te prestó sus fuegos, repitele fielmente lo que canto a mi reina:

En las noches del estío,
De encanto, luz y rocío;
En las vigilias que adora
La soledad del sentir,
Podéis misterioso oir
Este diálogo, señora:

— Buenas noches, ruiseñor.
— Buenas noches, Cadoreto.
— Tu cristal tiene un secreto.
— Como la fuente un fulgor.

— No comprendo, ruiseñor.
— Es muy simple, Cadoreto:
Mi acento tiene un fulgor,
Como la fuente un secreto.

— Me confundo, ruiseñor.
— Óyeme bien, Cadoreto:
En un astro está el secreto
Y el astro nos da el fulgor.

— ¿Cómo saber, ruiseñor?
— Fácilmente, Cadoreto:
Sube o baja en el fulgor
Y aprenderás el secreto.

Y de la noche a la aurora
Veo la fuente, señora,
Escucho el vibrante trino:
No hay en el espejo escala,
En la nota no hallo el ala,
Y me pierdo en el camino.

AMELOT

El ruiseñor me ha contado que tú olvidaste la escena, y que él te hizo las preguntas.

YOLANDA, acercándose sola.

Noble compañía, perdón, pues os dejo sin laúd. Cadoreto, soy también un pájaro; no temas el relente, ven: me darás el trino que me falta.

El bufón, y la dama, se dirigen al claustro abierto.

CADORETO

Curiosidad, curiosidad, ¿de qué bellas formas te vistes?

YOLANDA

No te has equivocado. Quiero saber el secreto de la balada de la Rosa.

CADORETO

Tu consorte es un adorador en las nubes... Ni te asombres ni te molestes... Tú sufres de tu estado, oye. No dés a Trincavel la menor esperanza. Haz comprender a Felipe lo vil de su conducta; y acepta a Cavayer de Seyre como Fino Amante. He aquí a tu marido *in partibus*, con la sombra de Castrucio.

FELIPE DE GALHAC

Al fin os encuentro, prófuga misteriosa.

CASTRUCIO

Quizá os haciaïs explicar las estrellas.

CADORETO

Siempre sagaz, mi señor ilustre. Mostraba a la dulce Yolanda, como la Lira en el cielo se dibuja entre el Dragón y el Cisne.

FELIPE DE GALHAC

Mi mujer es el Cisne.

CADORETO

Y éste, tu vasallo, la Lira. Faltaba el Dragón, Castrucio; el paisaje está completo: Felipe, estudianos, conviértete en astrólogo.

FELIPE DE GALHAC

El astrólogo mira la luna, murmurándose: iluminó el firmamento, y ya declina, como el amor que me tuvo una bella.

CADORETO

No es extraño, la pobre no tiene suerte. Cuando se hizo el Universo, la luna ardió en celos contra la Tierra. Pidió al sol sus más vibrantes rayos: quería ser de oro, y ostentar plantas, mieses, flores. Deseaba lagos para reflejar gracias y pompas; cantos de brisas en las hojas de esmeralda; y en las noches, penachos purpúreos de volcanes de fuego. El sol no oyó su plegaria y prefirió nuestros montes: desde entonces la luna en los espacios vistió su hábito de monja.

FELIPE DE GALHAC

¿Qué has querido decir?

CASTRUCIO

Supongo que el brial de Yolanda no refleja la viudez de la luna.

CADORETO

El loco es cuerdo, pues se vuelve buho; el buho renuncia a sus nictálopes ojos; se va a la torre y en la torre le espera el sueño.

YOLANDA

¡Que él te reciba con paz alada!

CADORETO, tañendo el laúd entre los grupos que bailan el juego finál de las teas.

Hoy es noche de canto,
Hoy es noche de viola,
Hoy es noche de amor;
Olvidad el quebranto,
La tristeza se inmola:
¡La vida es resplandor!

NENIAS Y JURAMENTOS

CUADRO VII

Cadoreto, en el jardín de la Muerte, recorre bajo la luna las cruces erigidas entre las sombras de los cipreses. Los senderos se dibujan cubiertos de margaritas y de mentas salvajes; crece el serpol en los hendidos sepulcros; se aspira el perfume de un campo de alhucemas.

CADORETO

¡Ah, los sortilegios de la hora! Las campanillas recuerdan en la noche, el cielo azul, y las margaritas, las nubes blancas. ¡Qué buen tapiz para mi padre!... Las campanillas que nacieron de una gota de rocío sonaban en la vibración de un rayo de sol. ¡Quién fuése el alba que con sus lágrimas produce flores!... Las margaritas, aun a mediodía parecen caer de la luna. Humildes hermanas, vosotras vestis piadosamente la soledad de Gásparis: vuestras tenues silue-

tas son graciosas sombras de los recuerdos de su lumbre. El cementerio no se levanta contra la primavera: el aire fúnebre está lleno de vida... ¿Mas qué miro? Alguien se prosterna en el sepulcro. ¿Será que el espectro de Chabaneau, aun más enloquecido, viene á pedir reposo al verdugo inocente de la barba de plata?

FLAMENC

¿Quién turba la meditación de un cristiano?

CADORETO

Si, como creo, amabas al pobre Cleón, nadie te turba; mi presencia es una armonía.

FLAMENC

Cadoreto, ¿por qué le llamas pobre? Realizó la suprema felicidad: morir cargado de años sin odiar a los hombres. Fué la lámpara, que a veces olvidada, encontrábamos siempre encendida con el óleo de un amor inexhausto. Su espíritu, regocijado por su pureza, voló sin temores a la sombra: ¿no era inmortal y transparente?

CADORETO

¿Cómo sabes quien soy? No te has dado vuelta, y nunca habías oído mi acento.

FLAMENC

Tu sombra, alargada por la luna, se tendió hacia el sepulcro con tal caricia, que adiviné su fuente... Y tu voz, es la voz de tu sombra. Tú si ¡que eres pobre!, alma errante, desolada, inconsolable; alma de ternura, de dolor, de melancolía...

CADORETO

¿Cómo sabes que el bufón es triste?

FLAMENC, incorporándose.

Porque he visto de cerca tus ojos cuando pasas al pie de mi torre, con Amelot de Trincavel.

CADORETO

¡Ah, si yo tuviese tu hermosura!

FLAMENC

Quizá no fueras bufón; mas la hermo-

sura ¿te habria conquistado un feudo? ¿Te habría suprimido el título de juglar para darte el de duque? ¿Serías siendo bello, grato a Amelot, que no ve? Ella sabe tu condición; y las canciones cual las lluvias pulen un clavo sin convertirlo en espada.

CADORETO

Amelot es ciega como los astros: no ve, pero ilumina. Sin embargo, guárdate lo que has dicho... La venero, y eso no significa amarla. Camino triste a su lado porque toda hermosa aumenta nuestra miseria. Si a veces ráfagas de alegría me sacuden como a cascabel susurrante, el contento se va dejando un vacío que llena en onda la amargura.

FLAMENC

Conozco el tal viaje y sus sendas y sus atajos. Pero en mi aislamiento no tengo tus tentaciones; no tengo tus causas de olvido, y, por ende, no tengo tus despertares... Gásparis fué también un cenobita. Absorto en su torre inexpugnable ignoró la pequeñez humana.

CADORETO

Te equivocas. El ansia de huir de la Tierra lo llevó al Cielo, tanto como su curiosidad; y créeme, todo hombre superior es melancólico. Él me dijo un día que allá en lo infinito quizás el sol se miraba en la luna. Si tal cosa resultase cierta, la luz, alegre en un pobre espejo de nuestras aguas, sería triste en el esplendor de un astro... ¿Comprendes?

FLAMENC

Desde los astros a los insectos, todo entró en el amor de Gásparis: mira, entre los dos cipreses le han tejido una tela.

CADORETO

En el abandono de su torre, las arañas también han asaltado las aberturas. Pero algo hay allí del hombre muerto: las telas buscando el sol siguen el rumbo de su espíritu: las saeteras atraen el azul con sus aparejos grises, y ellas flotan como nubes blancas... Aquí, el tejido parece obra de la luna: se riza el encaje en la lumbre; y

la araña monstruosa, agrandándose sobre la cruz, se suspende entre los hilos como una estrella...

FLAMENC

En otra cosa pienso, Cadoreto. El anciano me mostró tu tema de Natividad... Un zodíaco con números, semejante a ese insecto, se tendía entre líneas de astros en trono, en destierro, en peregrinaje. Yo me extraviaba sin comprender, y nuestro maestro, poniendo junto al tuyo mi tema, exclamó: "Los destinos coinciden". ¡El Verdugo! ¡El Bufón! ¿No te parece una curiosa ironía?

CADORETO

¿Por qué? Acabaré entre tus manos: he ahi todo.

FLAMENC

Carne de tu calidad no es pitanza de patíbulo. Un bufón sufre el trampazo cuando mata o roba: no hay en ti la pasta del apañador y del homicida, y no cometerás tampoco las rebeliones que me relacionan con los caballeros. Gásparis, queria

decir, que a pesar de las diferencias de edades y de oficios, nuestras muertes serán semejantes y simultáneas.

CADORETO

Flamenc, su memoria, nos une. ¿Puedes jurarme que me ayudarás a vengarle?

FLAMENC

Sin preguntar la causa, ahí va mi diestra... (Alza solemnemente su tono.) Sobre esta santa cruz, dos veces santa, porque es la cruz del Señor y vela el sueño de un justo, yo, Pedro Flamenc, maestro de altas obras, ante el Cielo, atesto y juro, que no me ocuparé de empresa humana que no tienda a nuestros fines.

CADORETO

Pues, oye. Su torre no ha sido inexpugnable. Lobrati lo mató por orden de Castrucio. Yo le enterré ayudado por un loco, a quien asesinaron luego, temiendo que recobrase el juicio.

FLAMENC

Cadoreto, debes decir la verdad: si tú llamabas a Cleón, padre, él te llamaba hijo.

CADORETO

Mi cetro de loco es un puñal y mi cresta de gallo una espada: el laúd oculta las armas en su armonía. Acepto tu juramento. A mí se me ha confiado otra obra en la Tierra: vigilar el destino de Amelot. Ansío salvarla. Mi afecto es fuerza invencible... Hace un instante, al hablar de ella, tenías razón, porque hablabas del Mundo; ahora yo soy la razón misma, porque hablo de mi renuevo. Hablo de la vestidura eterna de más allá del sepulcro, cuando no haya villanos ni reyes. Amelot, que nunca me vió, me verá entonces con la forma conquistada por mi espíritu. San Pablo, en vida, fué arrebatado al cielo y definió los maravillosos privilegios; así lo recordó el pontífice al bendecir en la campana el símbolo de las resurrecciones.

FLAMENC

¡Felices los que asistieron a la ceremonia!

CADORETO

Oye. Las unciones que se dibujaron en el bronce son figuras. El hombre resucitará con un cuerpo exento de miserias: los vigores no nos salvan de las abyectas enfermedades.

Mas el nuevo ser tendrá la eterna armonía, que es el amor de Cristo. Su naturaleza, fijada en lo inmutable, renacerá cual claridad gloriosa. Sin hambre, sin sed, sin los instintos que tiranizan, sin los apetitos que envenenan, purificándose hasta del recuerdo del lodo, reflejará el brillo de un océano de lumbre. Espiritual, y no animal, recibirá sólo el fulgor del alma; y, libre de su peso, ágil y sutil, obediente al espíritu, podrá trasladarse de una esfera a otra esfera. No se distinguirán menguados y fuertes, feos y bellos, y los que mejor combatieron los brutales instintos y las bajas pasiones, cobrarán un manto más es-

plendoroso. ¡Ah! la esperanza de la divina belleza; el transporte de la gracia interior; el triunfo de lo moral esculpiendo su retrato físico! Si nacimos con el cuerpo que nos dió la Naturaleza, nos ganamos el que merecemos en la resurección de la carne. Quiero que el mío sea digno de la palabra apostólica; Amelot, con su rosa, fortifica mi coraje; y en la campana el don de mi cetro recuerda la excelsitud de mi voto.

FLAMENC

No comprendo esto último.

CADORETO

Es casi un secreto que no debo revelarte.

FLAMENC

Cállalo, entonces. Soy tu aliado; tú eres señor de mi voluntad.

CADORETO

Oremos sobre la tumba de nuestro maestro que fué viviente armonía entre los astros y Dios, entre Dios y los hombres.

Guirnaldas de luciérnagas cruzan enlazándose en la suave atmósfera: la noche, poblada de invisibles efluvios, de misteriosos roces, de inefables influencias, de caricias de vida, enciende en los alados brillos, los rumores del silencio.

CADORETO

La dama Primavera desata sus cabellos de flores y agita su cintura de frutos sobre sus zapatos de rocío. Y porque sienten su belleza comen más los gusanos en los sepulcros...

FLAMENC

Déjales, Cadoreto. ¡Qué importa la mortal vestidura! ¿No lo acabas de decir?... Hasta ellos tienen su fiesta cuando la estación sonríe; y yo, el más mísero de todos, la tuve en Narbona. Respiré los perfumes errantes, cerré los ojos, y el mar entró en mi alma con sus brisas y sus cantos. Un momento de gozo me dejó una eternidad de dolor, y asimismo no puedo maldecir la primavera.

CADORETO

¡Desdichado del hombre que no posee

recuerdos que merezcan lágrimas! ¿Qué hacemos aquí sino evocar?... Adiós, maestro; adiós, padre. Te enterré sin mortaja: las arañas, más felices que yo, tejen piadosos sudarios para tus sueños. La luna, como nuestra ilusión, lo sabe y los hermosea, entre los cipreses... Bello eres, mi nuevo aliado; y el destino te condena a dar la muerte: horroroso soy, y el destino me impele a inspirar la vida. Tú eres la espada de la justicia, yo el laúd del arte: nadie se pregunta si nuestras manos tiemblan en el dolor y en la farsa. Somos acentos rebeldes en el coro; y, según los hombres, tú restableces la armonía y yo la canto. ¡Cómo es de lógico el Mundo! ¿No es así, primavera?

FLAMENC

Ella te responderá que, siendo la vida, halla su más tierno nido entre las alhucemas del cementerio.

CADORETO

Ayúdame a loar sus flores; al fin es como

el bronce de las campanas: anuncia la resurrección y nuestra victoria...

FLAMENC

El hechizo de la noche dice al ciprés y a la piedra, a la cruz y a la luna, que debes llamarme hermano.

CADORETO

Salud, hermano: ¡oración, paz y silencio!

SOR BERTA

CUADRO VIII

El patio del convento de las monjas dominicas. Berta y Yolanda de Tolosa se pasean bajo el claustro. Sobre las columnas de fustes en que se antojan trenzarse cabellos petrificados de mujeres cenicientas, los capiteles de vides alzan las ojivas de tréboles. En el centro del jardín una Virgen de hierro corona una cisterna; y en los muros seis gárgolas vierten el agua de los arcaduces. En los harriates crecen macizos de espliegos; y lianas de rosas silvestres encortinan las columnas y perfuman los aires.

YOLANDA, sacudiendo los festones.

¡Que sean mis manos como los vientos de los Cevenas!

SOR BERTA

Poco necesitan los pétalos para caer: el calor los abre, pero no los sostiene.

YOLANDA

Sin embargo, son flores de claustro.

SOR BERTA

Van del muro al altar: nacen entre rayos de sol y mueren entre llamas de cirios.

YOLANDA

Vida corta y feliz...

SOR BERTA

Mas viene una persona del mundo y siembran el suelo.

YOLANDA

¿Tú no sufres cuando llega la primavera?

SOR BERTA

Vuestra primavera resbala como el otoño, como el invierno, como el estío, sobre nuestra luz, sin penetrarla; y sin hacerse cargo de su paz, ni comprender la alegría de su inocencia. Nuestro jardín se somete a nuestro oratorio: el incienso de las navetas es nuestro único perfume.

YOLANDA

Nadie entiende de perfumes como el diablo. Los hechiceros le piden sus inspiraciones, y el arte mágico se nutre de su sapiencia. ¿ Los olores mismos no son el soplo espiritual de los Genios que dan a los humos sus alas? Cada perfume es un gnomo escapado de las boticas infernales. ¿Por qué buscar en estriges hirsutas, en dragones alados, en lobos barbudos, en monstruosos grifos, las uñas que nos acechan? Las esencias más amables tienen las garras más peligrosas. ¿No te parece que Satán adora lo que es placentero y que más debe interesarle olerme a mí que a una bruja? ¿Por qué, si no, a pesar de nuestros rezos, somos las verdaderamente tentadas? Me dicen, que engendra imágenes terribles en los antros donde las plantas mágicas arden con cerebro de cuervo, sangre de gatos obscuros y licor de amapola negra. ¿No crees mil veces más demoniacas las figuras sonrientes que voluptuosas se escapan del musco, de la algalia, del ám-

bar? Es por la red de los perfumes que Satán tiende su imperio. Los magos cuentan que hay entre ellos leyes de simpatía y antipatía, como las hay entre los planetas y el Zodíaco: que entre la Tierra material y los astros materiales, el humo de lo material odorífero forma una cadena mística. Que así, corresponde al sol una mezcla de azafrán y musco, de canela y ámbar, como se le consagra la sangre del gallo y el cerebro del águila: en cambio, la luna de sangre de ganso y de ojos de toro se liga con el alcanfor y la amapola blanca. Pero en estas consagraciones se necesitan las fórmulas de los conjuros, ¿quién mejor que el diablo las posee? Yo no lo imagino cornudo, fantástico, cojo, horripilante; para mí es un alquimista alado, sirviéndose de los jardines de la Tierra y de las estrellas. ¿Nuestro mismo santo incienso no sirve para la ceremonia de los que le venden el alma en el Círculo maldito? ¿No sospechas, hermana mía, que para poder saltar a tus turíbulos se oculta en los cálices de estas rosas?

SOR BERTA

No te he dicho que el claustro se liberte de las potencias infernarles. Precisamente porque rompemos con el Mundo, Satán se empeña en visitarnos. Y si hay una monja santa, los demonios, más que nunca, se vengan en las restantes de esa suprema derrota. Cuando vivía sor Margarita, la hermana corretora, que divinizaba el canto del armonio, teníamos que luchar con poseídas. Mas dejemos el convento y vengamos a ti.

YOLANDA

Ya lo sabes, Cadoreto puede ayudarnos.

SOR BERTA

¡Cadoreto... Cadoreto! Monseñor Radulphe me habla a menudo de él. El canónigo Colomiez le llama su mejor amigo. En tiempos turbados, las cosas se revuelven, lo antinatural es natural, y lo que no hacen los caballeros queda a cargo de los bufones.

YOLANDA

Conoce a los pocos soldados del senescal y es el único que desafía a Castrucio.

SOR BERTA

Castrucio es más ambicioso que infame. Para mí, Ormes no ha muerto; está oculto en las mazmorras, y ¡quién sabe si nuestro enemigo no quiere llegar por él al rey de Francia!

YOLANDA

Habiendo instigado a nuestro tío en la alianza con Rodolfo, si Carcasona volviese al monarca ¿cuál sería tu situación?

SOR BERTA

Ni me lo pregunto ni me respondo. Lo hecho hecho está. Defendamos y ayudemos a nuestros señores. El triunfo del reino significa la muerte de nuestros condados. ¿Cumplió la Francia las convenciones de los Beziers? ¿No usurpó a Carcasona? ¿Respetará mañana a Tolosa? Imperdonable bisoñada sería creerlo. Si nuestro tío ayuda

a Rodolfo protege a Raimundo, contribuye a devolverle lo que le pertenece, y si combate siempre de ese modo al llegarle el turno de la desposesión, sus aliados estarán más fuertes.

LA TORNERA

Cadoreto pregunta por vuestra merced.

SOR BERTA

Comunica a las monjas que bajo ningún pretexto se asomen al claustro, y hazlo entrar.

YOLANDA

Miro con placer tu hábito, hermana mía: nuesira ardiente roja sangre no ha desertado de sus blancuras.

El bufón se presenta con el rostro cubierto. Adelanta y se inclina en silencio ante las dos señoras.

SOR BERTA

¿Cómo? ¿Has cruzado asi la ciudadela?

CADORETO

Me he puesto la máscara en el torno. Comprendo el favor que me hacéis, y, en

realidad, no penetra en el claustro un hombre, sino una sombra. ¿Queréis que me sofalde?

SOR BERTA

Guarda la máscara. Mas imagino que no me ocultarás tus pensamientos.

CADORETO, descubriéndose.

Madre abadesa: dicen que soy bufón, y la risa es el color de mi noche. ¡Ah, si su sombra pudiese ser menos profunda!... Hasta en el seno del claustro aumenta: el influjo del Evangelio no la clarifica.

SOR BERTA

Vaya, amigo: llamarte ¿no es una prueba de confianza? ¿Crees que los graves hábitos excluyen las inocentes burlas?

YOLANDA

Cadoreto, no ignoras lo que espero de ti. Antes explícame cómo supiste mi situación.

CADORETO

¿El cómo? es superfluo: la verdad es que la sé. Si deseáis conocer el resto, pido que sigáis mis consejos y ejecutéis mis órdenes.

SOR BERTA

Medita bien, hermana...

YOLANDA

No medito, respondo: Cadoreto, eres mi adalid.

CADORETO

Madre abadesa, una revelación: Rodolfo os ama.

SOR BERTA

¡Insensato! ¡Cómo puedes osar!...

CADORETO

No saldrá de mis labios palabra que no sea respetuosa, comentario que no sea reverente: ni soy insensato, ni menos osado; repito la verdad: Trincavel os ama.

YOLANDA

Berta, déjale explicarse.

CADORETO

Mientras nuestro amo, madre abadesa, hablaba a vuestra merced de la alianza con el conde, el espíritu infernal penetraba en su carne. Castrucio, que es invulnerable, porque es su confidente en todo; Castrucio, a quien no puedo nunca delatar, por el temor de morir sin ultimarle; Castrucio, digo, sabía que con Yolanda sois dos retratos de un solo modelo. Gásparis, después de consultar los astros, se opuso al viaje previendo un cataclismo: el cataclismo se acerca. Trincavel se detuvo ante el sacrilegio, y no os confesó su llama; pero renacéis en vuestro trasunto. Oid: para no obedecer a su primo había ofrecido el mando de Carcasona; luego, sin que lo sepa Austorc, se lo pasará a Felipe, y, en cambio, Yolanda le será librada virgen.

SOR BERTA

¡Imposible!... ¡Qué horror!

YOLANDA

¡Posible, hermana mía! ¡Cuán miserables!

SOR BERTA

Mas Castrucio ¿qué gana?

CADORETO

Es lo que debemos preguntarnos; ¿dónde va? No hay pasión de Rodolfo sin su espolada: ¿pero qué busca?

SOR BERTA

¿La muerte de Ormes puede afirmarse?

CADORETO

Por ciertos indicios de los que sé a socapa, empiezo a dudar.

SOR BERTA

Pues cuando todo se precipite, los nobles traicionados se querellen y los burgueses descontentos alcen al pueblo, el senescal volverá a ser jefe. Castrucio se acordará de Francia, y su fe mentida pa-

será por leal previsión. Haz que tus sospechas se conviertan en certidumbre.

CADORETO

¡Qué rayo de claridad! ¿Por qué no me lo dabais desde el principio?

SOR BERTA

Para ver si coincidíamos.

CADORETO

Muy difícil será la averiguación; pero me absorberé en la tarea. ¿Monseñor Radulphe conoce vuestros temores?

SOR BERTA

Ni sabe, ni quiere oir. El anciano, enfermo, nos mira ya desde el sepulcro.

YOLANDA, saliendo de su opresión.

Trapaceros, nefarios, ambiciosos, jíferos, ignoran lo que es ofender a nuestra sangre. Hoy mismo correré a Tolosa y una frente femenil con el acicate de la injuria, aplastará las de hombres ya enlodadas con las mancillas de su bajeza.

CADORETO

Calma, calma, señora mía. Carcasona es inexpugnable; pero sois descendiente de Eva; y otros actos espero de vuestra hermosura. Aceptad a Cavayer como Fino Amante; resistíos a Trincavel; y despreciad a vuestro esposo: he ahí mis órdenes. No olvidéis que, dada vuestra condición, sólo el Amor Cortés os es permitido: he ahí mi consejo... Ahora, me voy; ya en el atrio probablemente me espera la vigilancia de Castrucio. Sus listos pajes avizores dan formas graciosas a sus ojos protervos.

SOR BERTA

Cuando llegue Perpetua, decid algo en voz alta.

CADORETO

Entendido... Hermosa Yolanda, mañana os veré en las orillas del Aude.

La Tornera vuelve, respondiendo al llamamiento de la Abadesa.

CADORETO

Madama de Galhac, preparad el oro de vuestro regalo. Hay seis gárgolas, y deben ser siete. Falta la del domingo, que es menester que trabaje y peque en honra de Dios.

LA TORNERA

Jesús, María y José.

CADORETO

¿Las creéis incapaces de honrar a Dios por sus cuernos fantásticos, sus orejas en chaflán, sus pezuñas hirsutas? ¿Presumís que las habitan los incubos y súcubos que dejáis pasar por el torno? Hermana tornera os equivocáis; cada gárgola es un día con apariencias horripilantes, mas de todas cae transparente el acento de Dios en el hilo de agua... Así la del domingo trabajará sin culpa; y eso me debiste contestar.

LA TORNERA

Jesús, María y José.

CADORETO

¿Cómo? ¿Invocas aún los nombres de la Santa Familia? ¡Ah! me conoces, no puedo engañarte, contemplas en mi faz el dejo del endriago cornudo. En vez de la gárgola te traeré entonces una Mano de Gloria de legítimo ahorcado y te volverás rica. Si no quieres exponerte buscando los tesoros, te regalaré una Camisa de Necesidad, obra invulnerable de mis hermanas las brujas; y para preservarte de los venenos tendrás el estelión de un sapo, y el abedul de la mejor escoba para volar por los aires. ¿Estás contenta?

LA TORNERA

Jesús, María y José.

SOR BERTA

Perpetua, conducid y perdonad al jovial cofrade de Nuestra Señora.

PASTORALES

CUADRO IX

Más allá del Puente Viejo el Aude, dividiéndose, ciñe un islote. El agua por lecho pedregoso se contiene y rebalsa en esclusa, que la precipita sobre esplayado cauce: en el otro brazo forma un socaz que impele aceñas. Allí, ásperos bardarles dividen majadas de carneros escabrosos, que muestran las cruces rojas y azules de sus lomos albardados. En el islote guardan silencio los malacantes, para dejar oir el tañer de rabeles y zampoñas. En un rincón las marañas se intrincan; luego, altos y verdes alisos forman un oquedal umbroso. Yolanda y las doncellas de Amelot, con flores deshojadas en los cabellos, pasean los corpiños carmesíes y los sotanís celestes.

CASTRUCIO, a Yolanda.

Si quisiérais tocar a vuestro hato, tendríais que evitar sus macas.

YOLANDA

El Aude corre a mis pies; fácil me sería

lavarlo. No lo vencería en albura ni el toisón de los corderos pascuales... Creedme, mis manos blanquean.

CASTRUCIO

¿Por qué, discreta pastora, no intentáis eso con los hombres?

YOLANDA

Lo estoy intentando. Pero escuchad un apólogo. Los zagales distinguen a los rebaños, confundidos, por el color de sus cruces. Para mí, las cruces significan que las azules salvarán a sus ovejas, y que las rojas las matarán: son signos que señalan el espacio y la tierra, con su cielo y su sangre. ¿Imagináis el modo de socorrer a todas?

CASTRUCIO

Lo espero de vuestros labios.

YOLANDA

Ahoguemos en ese río al rabadán que las marcó. ¿Comprendéis?

CASTRUCIO

Ignoro la algarabía.

YOLANDA

Entonces me han engañado sobre vuestra sagacidad... Quiero esperar sola el barco de las flores. Decid a Cavayer de Seyre mi retiro.

Castrucio se inclina ante la dama y, sonriéndose, se aleja.

YOLANDA

¡Sonríe, sí!... Cuentan que tu boca es porche de los infiernos: lo cerrarán mis manos. Murmuran que tu corazón incuba fuego de los infiernos: mis manos lo helarán. Añaden que tu espíritu trae las pestes de los infiernos: mis manos van a purificarlo... Es menester que mi marido, que no me conoce, y que no admite las teologías del Amor Cortés, arda en celos: ya con el caldeado entendimiento puesto en mí empieza a maldecir a Rodolfo.

CAVAYER DE SEYRE, adelantando lentamente.

¿Duermo aun en mi torre o me despierto en la isla?

YOLANDA

No estáis en el reino de la temible Circe; no os ha de cubrir el porcipelo; acercaos sin temor; estáis en un soto de la benéfica Urganda, y la hechicera me ha vuelto pastora...

CAVAYER DE SEYRE

Lo mismo ha hecho con vuestra corte; y en coro que suspende a los gentileshombres entre los alisos, tañen las zagalas el rabel de regalado acento.

YOLANDA

Supongo que no ocultarán en el zurrón al villano dueño de sus sentires. Que no se dejarán seducir ni por mantos de púrpura, ni por armas de ataujía, ni por anillos de oro: que se acordarán de sus zamarras y sus gregüescos, de que sus padres rigen los dalles y sus hermanos las abéstolas.

CAVAYER DE SEYRE

¡Ah!, no lo dudéis; responderán al caballero rendido, como la pastora de Marcabrú, al sire de alto linaje: "Ved la apariencia de la pintura: otro espera el maná de la realidad."

YOLANDA

Exactamente mi pensamiento.

CAVAYER DE SEYRE

Ignoro, señora, adonde se encamina vuestra realidad: mas Rodolfo contempla su misterio cual si poseyere su clave.

YOLANDA

No olvidéis que los nombres cortesanos espantan a las rústicas.

CAVAYER DE SEYRE

Mi caso es único. Soy víctima de un sueño: para mí, os llamáis Dora.

YOLANDA

Cadoreto me lo ha contado. Decidme si

la zagala vuelta cortesana se parecía más a la imagen, que la cortesana vuelta zagala.

CAVAYER DE SEYRE

Al veros llegar a las puertas de Carcasona di un grito. La figura del reflejo, adornada por la vida, entraba sobre vuestro corcel en la realidad del Mundo. Mis ojos tocaban en carne y hueso la ficción de luz de la fuente. Mi amor la ha convertido en santa de mis altares, en astro de mi firmamento, en desvelo de mis noches, en sueño de mis días. No comeré a manteles mientras vuestros ojos no me acudan: haré las penitencias que me impongáis; me cruzaré por vos y volveré de las batallas cargado de pureza, de heroísmo, de gloria...

YOLANDA

Reservad vuestra gloria para la empingorotada mano que desciña vuestro acero, y la voz linajuda que recite vuestra divisa... Os erguís en la ribera y vuestra sombra miente en el agua: sólo a ella podría

yo aspirar... Mas seréis mi amante en el Rosario Florido.

Yolanda, seguida de Cavayer, penetra en el islote. Se oyen voces allende el boscaje: "la barca, la barca". Los caballeros se precipitan con las doncellas. Jerónimo sacude su pellico y, abandonando los remos, se seca el sudor de la frente. Sus dos nietas, que traen, como las damas, corpiños rojos y sotanís azules, pero, además, abarcas verdaderas, distribuyen claveles y rosas.

ADAMANTINA

¿A quién habéis elegido como amante?

YOLANDA

A de Seyre.

GISELA

¿Y quién será el Celoso?

YOLANDA

Galhac, naturalmente.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Feliz, pues por lo menos representa en vuestro boscaje.

YOLANDA

Id a representar al lado de Amelot.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Los reproches ¿no son formas de los celos?

YOLANDA

La presunción ¿no es máscara de la tontería?

RODOLFO DE TRINCAVEL

Parecéis una antigua virgen guerrera: ¿cómo se llamaban?

CADORETO

Amazonas.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Eso es; una amazona de escudo diamantino y flechas de rayo. Mas, perdonad, olvidaba que sois casada.

CADORETO

Mi noble señor: lo que traían las ama-

zonas era el hacha bipenna. Yolanda no las imita: os responde dentro de la tradición pastoril. Rústica es ella, enamorada eternamente de su gañán, y vos, caballero, prendado por una hora de su hermosura.

GISELA

Madama Yolanda, he aquí claveles.

ADAMANTINA

Madama Yolanda, he aquí rosas.

AELIS

Tomad el hilo para tejer las flores.

CADORETO

Que Galhac ocupe su sitio fuera del boscaje.

FERNANDO DE LOYNEZ

¿Dónde se coloca el coro?

CADORETO

Guardando las aberturas del oquedal.

GERMA DE RUADEL

Ven, Aglantina, defendamos este hueco.

FERNANDO DE LOYNEZ

Ven, Aelis, defendamos este portillo.

CADORETO

Maese Argentie, que los rabeles callen, y acompañad con violas el Rosario de la rústica.

Bajo una encina, a un paso de la esclusa, entre el rumor cadente del río, se oye el dulce tañer de las cuerdas: Yolanda, en el centro de los alisos, ensarta las flores.

YOLANDA

Mis rosas forman misterios: mis claveles forman decenas. El ruiseñor anuncia su latín de arpegios. ¡Oh, cuán alegre el cielo, y cuán triste la soledad!: muchas son las flores, dos las mariposas, dos los pájaros, una sola la zagala.

CAVAYER DE SEYRE, saliendo de entre los troncos.

Voy a defenderte de los aires. Si el viento deshila tu Rosario, no podrás rezar a tu reina, la Primavera.

YOLANDA

El viento quiere despeinarme. Sabe como mi nodriza que los cabellos sueltos sientan a la salud y al gozo de Dora... Señor, prosigue tu camino.

CAVAYER DE SEYRE

Me envía el juglar de la viola, el que traduce el latín del ruiseñor, el que cuenta que todo trino en los aires acaba en el bosque, en beso.

YOLANDA

La palabra «beso» te obliga a correr respetándome.

CAVAYER DE SEYRE

Al contrario, me sujeta: voy a pedírtelo.

YOLANDA

Es decir, que debes robármelo... Sire, apártate, huye, llega el desamado que me ama. El que tiene de lejos, en su memoria, la destructora de su descanso, y si me contempla, en sus lágrimas, el cruel re-

medio de sus males. Sus ardorosos suspiros no mueven a dulzura mi corazón, pero sus celos salvajes ponen espanto en mi alegría.

CAVAYER DE SEYRE

Tus razones son el anzuelo de mi esperanza y el incentivo de mi deleite.

YOLANDA

Aguarda, entonces. No puedes besarme si el celoso entra en el círculo, y si no luzco como collar, el Rosario de la primavera.

Cadoreto, juez del juego, vigila desde una horcadura. La pastora se ciñe al cuello la guirnalda: las violas siguen sonando: Felipe de Galhac se acerca.

CADORETO

Ya el Rosario reza en la zagala de su contentamiento, y con colores y con perfumes pide que la besen, y ella consiente el beso si se lo roban.

CAVAYER DE SEYRE

Ágil mariposa, detén el alado curso... Un minuto... Un instante...

FELIPE DE GALHAC, al coro.

Dejadme... He oído el grito de mi hermana perseguida.

EL CORO

Atrás, celoso: no es tu hermana. Atrás, rústico, no la perturbes. Somos el rosario animado de la primavera; protegemos a los amantes... Detente, somos claveles. No pases, somos las rosas. Huye, somos ruiseñores.

El zafio lucha por entrar. Manos y cuerpos le cierran las aberturas. El caballero persigue a Yolanda, que, ágil, se defiende y corre espiando también los portillos. Al fin, el celoso, burla la vigilancia de Loynez y le da cantonada: la pastora, bruscamente, ofrece la mejilla y Cavayer la besa.

CADORETO, batiendo palmas.

No hay vencedores ni vencidos. Los golpes fueron simultáneos.

Las violas se funden con tamboriles y zampoñas que baten el paso de una farándula. La cadena vibra, se tuerce, gira, cantando bajo los alisos: Gisela arrebata a Cavayer y Trincavel a Yolanda.

Cadoreto desciende de su árbol y se dirige hacia el Aude.

CASTRUCIO

¿Adónde va el bufón?

CADORETO

A saludar a su viejo Jerónimo.

CASTRUCIO

Las dos rapazas son bellas, y mejor es eso que suspirar por la mujer del amo.

CADORETO

Cuando una gaita chilla, de un navajazo se le desventa el fole; pero a ti, ¿cómo hacerte callar, lengua de víbora?

Cavayer de Seyre y Fernando de Loynez se acercan con Aglantina y Aelis.

AELIS

Estáis juntos: batalla tenemos.

CADORETO

Aconsejaba al poderoso y congestionado señor, que viera a Renaudin.

CASTRUCIO

De donde resulta que los barberos aventajan a los bufones.

CADORETO

Dudoso es que un barbero sea más respetable que un bufón, y que una sangría sobrepase en honorabilidad a una farsa. Renaudin te saca la sangre para libertarte el cráneo; yo para aligerarte el espíritu te saco la risa: así no mueres de ambas congestiones... Pero cierto es que para saber la supremacía tendríamos que decidir si lo mejor está en tu risa nauseabunda o en tu sangre purulenta...

CASTRUCIO

¡Amén!

RODOLFO DE TRINCAVEL, desde la encina.

La caterva te ataca y tú la diviertes. Oye, mi Cadoreto; abandona a los acres y vente al río.

CASTRUCIO, a los gentileshombres.

Mal va el humor del amo. Cuando así acon-

tece, todos, y yo el primero, le exasperamos los nervios: su consuelo es el bufón, menos loco que nosotros.

La compañía se dirige a la ribera. Ya han aparejado las barcas en torno de la de Jerónimo. Al fin de la procesión Yolanda y Felipe de Galhac se detienen.

FELIPE

Os prohibo aceptar ese cortejo.

YOLANDA

No creí en vuestros pretextos de ayer, ni obedezco a vuestras órdenes de hoy. El misterio que ha flotado entre nosotros me grita que nuestro matrimonio fué una infamia.

FELIPE

Algún dia podré hablar: ¡os amo! Juradme...

YOLANDA

¿Juradme? ¿Con qué fundamento? ¿No sois un perjuro?

FELIPE

Mataré a Cavayer de Seyre.

YOLANDA

La lealtad del Amor Cortés sobrepasa con su delicadeza el veneno de toda calumnia. Pero si de la suerte obrareis, entrando en un convento diría que le adoré de otro modo.

FELIPE, violentamente.

Yo había ganado y le disteis el beso.

YOLANDA

Y con placer recibí un beso de hombre después de mis bodas.

FELIPE

Os dejo por no estrangularos.

Marcha hacia los grupos que llegan al río. Yolanda camina también y toca a su doncella Rosmunda.

YOLANDA

Cavayer de Seyre es de tu barca. Dile que si mañana recibe una rosa anónima, la zagala Dora oirá sus rondeles a media noche.

CADORETO, mirando a una de las nietas de Jerónimo que aliga en pihuelas un halcón manero, y dirigiéndose a la otra que vuelve a su pecho una cigarra.

¿Cuándo la cazaste?

MARGARITA

Al recoger las flores: la vi en lo alto de un cerezo. ¿Queréis guindas? De todo tengo...

CADORETO

Dulce zagala, pásame una guinda; gracias. ¡Decir que estos frutos que enfogan el aire con sus rubíes fueron madurados por invisibles soplos!

JERÓNIMO

¿Qué murmura el nigromante?

CADORETO

Nada. Pero siempre la primer cereza enciende el ansia de improvisar versos.

RODOLFO DE TRINCAVEL, a Renata.

¿Cómo, donosa mía? ¿Para acostumbrarte al monstruo te ensayas con halcones?

RENATA

¿Quién es el monstruo? ¡Cadoreto!... ¿Lo oyes, Margarita?

MARGARITA

Cuando ponemos los mimbres de la nasa en nuestro charco, Cadoreto tañe el laúd, y los peces acuden, tal como cuentan que acaecer solia, al seráfico monje de Asís.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¡Hola, hola, las cosas que voy aprendiendo!

RENATA

Cadoreto nos las enseña cantando.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Pues, que sin cantar no se vaya de la isla.

RENATA

Bravo, Cadoreto, ya te oímos.

MARGARITA, batiendo palmas.

Traed el laúd de Cadoreto.

Las parejas rompen sus diversos diálogos y se reunen ante las barcas.

CADORETO

Laúd no falta en mi fardel, querida criatura, mas tú tienes en el pecho al verdadero cantor. La juvenil cigarra se apresta para su estío.

MARGARITA

Sin embargo, calla.

CADORETO

Si tus manos la tocan, creerá que el sol ya quema. ¿No es cierto, hermoso abuelo?

JERÓNIMO

Sí, hija mía, tomándola de las alas apriétala con suavidad.

CADORETO

Por el vientre, rapazuela; obligada de ese modo, la miserable canta: es privilegio de familia.

La niña sigue el consejo, y la cigarra estalla en su nota unicorde. Damas y caballeros aplauden.

RENATA, acercándose con el halcón.

Cadoreto, la sonorosa te está desafiando.

MARGARITA

Respóndele, Cadoreto.

CADORETO, después de breve preludio.

La cigarra al sol le cuenta
Lo que en el Aude es su estío,
Y por eso se alimenta
De rocío.

De rocío es insaciable
La cigarra provenzal,
Porque el fuego brilla amable
En su canto de cristal.

Dulce hermana de diamante,
Dulce hermana de ilusión,
Deja que repita amante
Lo que dices al halcón:

«No me intimida tu garra
Porque es inmortal mi canto,
Cuando muere una cigarra
Otra nace de su llanto.»

JERÓNIMO

Tú eres, como los trovadores, el chantre de la primavera y del estío.

CADORETO

Te equivocas. En el invierno el fuego tiene su estío, y las flores de nuestros ensueños se abren en el fulgor de sus llamas... ¿Por qué olvidar ante el sol glorioso a la humilde chimenea en que arderán los troncos que hoy nos encantan bajo el cielo?

JERÓNIMO

Cuéntanos entonces que eres el ministril de los árboles, que según las estaciones, murmurando con sus hojas o crepitando con sus chamizos, proclaman en las brisas y en los hogares, el nombre de Dios, que adormece nuestras penurias.

CADORETO

Bien contestado, abuelo. Ilustres señores, y vosotras, jóvenes zagalas del Langüedoc, ensalzad al astro del día y adoradle diciendo: (tañe el laúd).

Horas vemos, rey Estío,
En los gloriosos minutos
De tu alegre poderío:

Mientras te vistes de frutos,
Cantando apuras la jarra
Con tu paje, la cigarra.

Otoño, grave Señor,
Mientras con fuegos te doras,
Embelesas, ríes, lloras,
Y al morir, ensoñador,
Resucitas de esas lides
En la sangre de tus vides.

Nivoso, invernal Romero,
¿Cómo no amar tus consejas
Y al dios de luz que reflejas
Entre las chispas del tuero,
Mientras canta el caramillo
De tus llares, en el grillo?

Dama clemente de amor,
Primavera de las rosas,
Salud, con las mariposas
Que desvela el ruiseñor,
Mientras duermen tus divinas
Fatigadas golondrinas.

Tornada

Rey, Señor, Romero, Dama,
Venid, cruzad el rastrillo,
Si aun queréis lo que os inflama;

Pues es mi mente castillo
De cristal, piedra, arrebol,
Con un prisionero: el Sol.

YOLANDA

¡Salve, sol y castellano!

JERÓNIMO

Señoras, el prisionero se escapa de su cárcel para ponerse en el cielo y alumbrar vuestras cabelleras: yo me vuelvo a los campos...

CADORETO

¡Adiós, amable viejo de Francia!

TRINCAVEL

¡A las barcas, ninfas del Aude!

LAS DONCELLAS

¡Adentro los sires!

LOS CABALLEROS

¡Adentro las pastoras!

CADORETO

¡Que el bogar desate el himno!

JERÓNIMO

¡Que las flores de mis nietas os inspiren buenos soñares!

CADORETO

¡Adiós, dulce Margarita! ¡Hasta pronto, Renata alegre!

LAS ZAGALEJAS

Sí, señor Cadoreto; no olvidéis el atajo de nuestra choza.

Las barcas siguen a la de Trincavel y arrancan hacia la Ciudadela: Jerónimo remonta el río. Las cortesanas pastoras arrojándose los rosarios de flores, se envuelven en una única primaveral guirnalda. El viejo, al golpe de los remos, parece un ermitaño de los romances, que lleva en las gracias de sus nietas, al Niño Dios de los montes, el manantial de sus villancicos. Margarita saca la cigarra del pecho, y sonriendo a su amigo la hace cantar; Cadoreto, melancólico, oye alejarse el regocijado son en el aire de la inocencia, cual si se fuese para siempre de su alma y del Mundo...

CANCIÓN DE ALBA

CUADRO X

Las puertas del Aude yerguen en la noche sus muros almenados, y las multiformes barbacanas, las torres redondas, los fastigios piramidales, los pináculos cónicos, dan la sensación de un pétreo monte. Pues la sombra, desmesurando en lo alto las masas, les presta abajo apariencias de espeluncas; y allí las barras punzantes y las cadenas turgentes se confunden al pie de un retablo. La Virgen, prisionera de su propio amor, se ofrece como contraste, con la dulzura de sus ojos, su rimero de flores y su candil de luces. Vive allí Cavayer de Seyre, que, envuelto en un manto, sale con Cadoreto cubierto por una máscara.

CAVAYER DE SEYRE

¿Cómo te explicas la cita?

CADORETO

Fácilmente: hoy está de guardia Felipe en el castillo. ¿Y la canción?

CAVAYER DE SEYRE

Hombre soy de espada y no de laúd: en fin, allá veremos.

CADORETO

Sin embargo, os puedo saludar como a una forma viviente de las canciones. Nos espera dama de alto linaje y le cantaréis rondel de calidad; yo me quedaré en el callejo, vos subiréis a su ventana. Los amantes creen que la alondra es siempre el ruiseñor, como en el cuento de Porto: la Italia se parece a la Provenza. Por eso el amigo que aleja a los importunos, advierte también la hora; y así seremos personajes de una Canción de Alba, de una Albada, como se dice en el Norte. Amad a los trovadores; son inseparables de vuestras vidas y piden a sus ritmos la voz de vuestros sentimientos... Hemos llegado: atención; debo avizorar la torre del centinela.

En un callejo que se corre hasta los baluartes, una vivienda elevada domina a las que parecen pétreas chozas. Sobre el frontis se dibuja una pequeña solana: a la altura de la puerta, el edi-

ficio desborda la línea del muro, dilatándose hacia afuera y fingiendo socarrenes que construyen amparos.

CADORETO

Disimulaos bajo el alero. La luna es exigua; pero con lo que tiene, tiene bastante para ser indiscreta. (Deslizase mirando las cortinas). ¡Eh, el amigo! ¿estáis en la torre de Sansón?

EL VIGÍA

Para servir a Dios y a las gentes de paz. ¿Quién eres, sombra, que no alcanzo a ver?

CADORETO

Aunque bajases no me verías: soy una máscara.

EL VIGÍA

Ha tres horas que sonó el cubrefuego. Las máscaras salen como los fantasmas, para asustar a los niños, y para hacer mal a los hombres. ¿No temes que dé el alerta?

CADORETO

Tu rostro me dice lo contrario, pues te veo amigo. La luna se encarga de dibujar,

bajo tu capacete, tus cabellos. ¿Eres en realidad Sansón en persona y me crees el espectro de Dalila? ¿Tu braveza se conturba? Vuélveme la confianza: guardarás el pelo: tu deidad no me ha rapado, porque soy calvo.

EL VIGÍA

No comprendo, habla en lengua cristiana. Y desde luego, ¿cuál es el santo y seña de la noche?

CADORETO

San Valentín moribundo.

EL VIGÍA

Hubieses empezado por ahí.

CADORETO

Dime, Rambaud, ¿la luna que no columbro, pero que siento en la veleta y en tu casco, trae el contorno de un cuerno?

EL VIGÍA

¿Cómo sabes que soy Rambaud?

CADORETO

En las noches, Rambaud y Sansón forman una sola torre.

EL VIGÍA

¡Bravo!... Sí, la luna parece un cuerno.

CADORETO

Y en su blancura, ¿hay algo de amarillo?

EL VIGÍA

¿No me jurabas que no la veías?

CADORETO

Las máscaras miran sin ver, Rambaud... Oye, sé amable, como este tu compañero de vela: protejamos a la juventud... La luna es el cuerno bilioso de un marido... ¿comprendes?

EL VIGÍA, riendo.

Si hablas de ti, buena suerte. ¡Ah, sin duda, la recién llegada extranjera! ¡Todo lo que se aprende desde un torreón!... El rocío es el llanto del cielo sobre lo que los dormidos ignoran...

CADORETO, volviéndose al alero.

Voy a preludiar: no tenéis tiempo que perder.

CAVAYER DE SEYRE

¿Y el vecindario?

CADORETO

Todo amante feliz, en el instante supremo, se regala con ridículas preguntas... Los jóvenes, si se despiertan se besan; los viejos, si se desvelan se pellizcan: pero viejos y jóvenes coinciden en no asomar los bonetes; el relente espanta el algodón cuando las notas en la calle hablan de aceros en el cinto.

El juglar tañe su laúd. En la solana se dibuja una sombra. El gentilhombre canta.

CAVAYER DE SEYRE

Yo soy como un ensueño blanco de aurora,
En mi alma están las luces de la Ilusión:
¿Sentir quieres las ondas de la emoción
En refulgente fuente reflejadora?

Contémplate en mi pecho, bella pastora,
Los ritmos lo estremecen del corazón;
Yo soy como un ensueño blanco de aurora,
En mi alma están las luces de la Ilusión.

¿Saber quieres el himno de la sonora
Enajenada fuente? Por compasión,
Acércate a mis labios, pérfida Dora,
Y cogerás el germen de su canción...
¡Yo soy como un ensueño blanco de aurora!

YOLANDA

Vuestro rondel, ha subido hasta mi monte y yo no puedo bajar: esta casa es un sepulcro.

CAVAYER DE SEYRE

La fuente misma puede ascender, señora, las alas no se buscan ni se compran, mas cuando se necesitan, nacen.

YOLANDA

A fuerza de mirarme en el cristal de vuestro sueño, me he aburrido de mi rostro: tenéis razón, quisiera saber el secreto del canto.

El trovador ayuda; el caballero salta y desaparece en la solana.

CADORETO, para sí.

Las alas ni se compran ni se buscan, pero imprimen cauce en el hombro ajeno que las engendra.

CAVAYER DE SEYRE, avanzando hacia Yolanda.

Ayer pude hablaros de mi sentimiento cortés, hoy mi voz os llama con los ardores que pusisteis en mi corazón.

YOLANDA

Vuestra voz es armoniosa: no despertaba a los dormidos, los acariciaba inspirándoles dulces sueños.

CAVAYER DE SEYRE

¿Cómo no comprendisteis mi amor desde el primer instante?

YOLANDA

No os vi en mi pena; como a las flores, sin que dejen de ser flores, no se las ve en la noche por exceso de sombra. No os adiviné en mi júbilo; como a las estrellas,

siendo siempre estrellas, no se las ve en el día por exceso de lumbre.

CAVAYER DE SEYRE

Y ahora ¿cuál es mi palma?

YOLANDA

Lo único que se puede dar al caballero cortés; he aquí mi frente.

CAVAYER DE SEYRE, inclinándose, se estremece entre el perfume de los velos, y los roza apenas.

En tu frente beso tu pensamiento; déjame besar tu corazón en tus labios.

YOLANDA, retrocediendo.

Si hemos de caer en la sima tenebrosa, volvamos a la plena luz... No echéis al olvido que soy vuestra dama y que, persiguiendo mi mancilla, podéis manchar vuestro honor.

CAVAYER DE SEYRE

Entonces, ¿por qué concentras los efluvios de la hora? ¿Por qué ocultas entre tus gasas el vértigo del abismo? Tiene la

noche su luna y sus estrellas, su ruiseñor de armonía y sus aguas de misterio; tiene sus bosques, sus penumbras, sus jardines; pero todo duerme, y tú eres el único ser desvelado. No vislumbro tus ojos, pero escucho tu acento; no veo tu cabellera, pero aspiro tu perfume. ¿Por qué el perfume y el acento intangibles hacen creer que la ilusión es palpable? El majestuoso silencio se exhala como quimera, y su hermosura se despierta como fantasma; y tu aroma da realidades al fantasma, y tu voz infunde espíritu a la quimera... Si tus labios besan mis labios, yo mismo seré la noche: el Mundo, para seguir reposando, me pedirá mis estrellas, mis sombras, mis sueños...:

YOLANDA, sonriendo con melancolia.

El perfume no me pertenece: su reseda y su ámbar de Oriente se mezclan a un misterio de alquimia. Tu voz en este instante canta las glorias de un alambique. ¡Pobre amigo! Tu acento es sincero... y, sin embargo, todo es engaño. ¿No se te ocurre pensar que cuando saludamos a Venus como el

astro de la ventura, una mujer desde Venus, lacrimosa, febril, abandonada, grita mirándonos: "¡Ah si pudiese volar a la Tierra, astro del amor eterno!"

CAVAYER DE SEYRE

Si los astros juegan a la ficción en las grandezas del espacio, ¿por qué no creer en la voz, en el perfume, en los ojos, que engañan nuestras pequeñeces? Si el amor se forma de todas esas ilusiones, ¿por qué no creer en la ilusión de la suprema mentira? De ella brotó el Mundo y el Universo, y por ella olvidamos la amargura con el ansia de renacer en la muerte. Para echar a la Tierra la gracia de la mujer, Dios arrancó al hombre parte de su fuerza: nació Eva de Adán, y el hombre alienta incompleto sin lo que le quitaron. Eso le aconteció durmiendo; y un anhelo insaciable, que circula en las generaciones como razón de vivir, busca con brío que es dolor, con inquietud que es transporte, lo vislumbrado en el sueño como realidad consolante. Nosotros tenemos el pensamien-

to, y en el pensamiento el martirio, pues por él nos penetramos de nuestros errores. No equivocarse, dar con el otro ser, sentir que desaparece la sima y que ambas naturalezas se funden, es escapar de lo humano y penetrar en lo divino. Si las cosas pensasen, se concertarían en coro cada vez que se procura una tal comunión: la ley se tiende por todo el Universo. Las cosas no se analizan porque no piensan; mas sufren del misterioso instinto que sin voces las manda. ¿No flota en la esplendidez del sol el hastío de su propia lumbre? ¿No descienden de la fascinante luna destellos de honda melancolía? Melancolía y hastío acompañarán a los astros eternamente, si eternamente bogan, siguiéndose, separados y espiándose.... Las flores, solitarias, aunque tejan enjambres, ¿no padecen en su gracioso imperio? ¿No son sus perfumes los anhelos de su amor estéril? Y si se atavían de colores sonrientes, ¿no es quizá que se corresponden por modo que ignoramos? Cuando las Aves del Paraíso se regocijan en el triunfo de su

instinto, ¿no se visten también con sus plumas más hermosas? Y cuando trina el ruiseñor, ¿no exhala el gozo de amar y la tristeza de morir, el contento de ver su sueño y la amargura de sentirlo efímero?... Los ángeles mismos deben someterse al tiránico mandato, y por eso les nacen alas; las estrellas tiemblan porque se lo pasan buscándolas: sólo los cometas se sienten venturosos entre los astros, y les brotan cabelleras, en vez de las alas y los trinos, las plumas y los perfumes... Amada mía, hálito de mi flor, fruto de mi hálito, hueso de mi hueso, sangre de mi sangre: muertos estábamos, deja que sople el espíritu y que nos anime. Tú eres superior al alba y vences al día: eres la consoladora realidad en las ficciones de la noche. Y eres más inspirante que la augusta noche: el Angel de los Sueños te hiere y me sumerges en la cascada de tu armonía. ¿Qué son las estrellas cuando se abren tus pestañas y brillan tus ojos? ¿Qué son los rumores de las aguas y de las frondas cuando tu voz murmura y acaricia? ¿Qué es el rocío sobre los huertos cuan-

do se humedecen tus labios? Y todo, todo, porque en lo que iba a ser tu semblante de sombra, pensaba mi luz de amor antes de encenderse; porque, cuando estás muda, tu silencio habla de mi destino: porque, cuando hablas, en tu expresión se corporiza mi sentimiento; y te adoro, pues me vuelves la vida al encontrar en mí el misterio de tu existencia... ¡Abrázame, bésame: el firmamento nos bendice, y la solemnidad de su emoción espera el grito de nuestro gozo!

YOLANDA

El Fino Amante es vasallo; no rompas las concepciones; obedece a tu señora, no olvides tu ley de feudalismo.

CAVAYER DE SEYRE

No hablo de un código: hablo de mi vida.

YOLANDA

Yo no puedo hablar de mi vida; porque pienso en mi virtud.

CAVAYER DE SEYRE

Tu virtud ha de renacer por mi lealtad,

acerada como un estoque, resplandeciente como un diamante.

YOLANDA

Retírate, desciende.

CAVAYER DE SEYRE

Tus velos perfumados me cautivan en imperiosa red; échalos al viento si quieres que me vaya.

YOLANDA

¿No piensas que descubrirían mi cabellera?

CAVAYER DE SEYRE

¡Ocúltala, sí, razón tienes! tus labios se bastan para turbarme; tu aliento es sangre en mi corazón. Yolanda, ¿por qué me martirizas?

YOLANDA

¿Cómo contemplas mis labios, si están en la sombra?

CAVAYER DE SEYRE

Tu perfume me cuenta todo; me habla de ti y de tus ojos; sube hasta el ámbito

constelado, vuelve, te penetra y te viste, derramando su alma flúida por tus miembros, con caricias, con destellos, con desmayos, con canciones.

YOLANDA

Tu acento es para mí, lo que es para ti mi perfume.

CAVAYER DE SEYRE, besándole las manos.

Júntense inmateriales, vivientes, alados, y sean delicia, fuego, éxtasis.

YOLANDA, estremeciéndose.

Solamente las manos, nada más que las manos.

CAVAYER DE SEYRE, sonriéndose.

Las manos son los baluartes: la ciudadela es la boca.

YOLANDA, desfalleciente.

Llega, mi adalid, llega: flamean tus divisas, brillan tus aceros, te saluda el sol, tañen las campanas... A la muerte se mezcla el gozo: mi vida halla su ritmo en tu triunfo.

CAVAYER DE SEYRE, abrazándola.

Tú eres mi realidad, porque fuiste mi sueño.

YOLANDA

Mi beso es ardiente y helado; tiene la tristeza de mi inquietud y el calor de mi fiebre.

CAVAYER DE SEYRE

¡Quién habla de temores?. . Tu beso llena de melodia mi alma, y mi corazón de bravura.

YOLANDA

Tu juventud es mi amparo. Tu lealtad mi fuerza. Tu coraje mi esperanza. Tu belleza mi orgullo.

CAVAYER DE SEYRE

El cielo, el mundo, la noche, las estrellas, descienden a mi seno como a la inmensidad de un océano...

CADORETO, paseándose bajo el alero.

El dúo se prolonga. Estos amantes no necesitan ayuda... Mis hombros, tan ágiles

para los otros están sobre los pies más pesados de la Tierra... Dicen que el sol, deslumbrante, forja realidades, y que la luna, desfalleciente, crea fantasmas. Felices los que así se equivocan. El sol enardece, ciega, hace olvidar; luego, miente. Contemplo el astro de la noche. El canto de un ruiseñor desciende amortajado en el silencio de sus rielares. Y su cascada alumbra mi interno abismo, donde larvas misteriosas de lo que quiere ser y no existe, dan a la melancolía con alas, amargura con cadenas. La luna no miente, la luna es verdad... Pero, fuera dolores; y, sobre todo, fuera la envidia, campo fértil de ponzoña humana, cuyos propósitos más inocentes engañan cual los hongos mortíferos... ¡Ah, mi caballero, cómo me has estropeado la canción!... Bien estuviste en las ligaduras, mas olvidaste que el fa sostenido cambia el fin de las frases, y que los trovadores ya no usamos, como en las iglesias, el tono completo... El dúo prosigue y el hombro me duele... Ea, bufón de ojos de lince, ¿qué ves al fin del corredor

de Satanás? ¿Es el espectro del lobo de Gásparis, que creyéndote difunto, quiere batirse con tu espíritu?...

Adelanta rápidamente hacia las fortificaciones.

Nada. Aunque sí, quizá fué una garduña de las que merodean en este cuartel del averío mansueto.

EL VIGÍA, columbrando la sombra del bufón.

¿No te fastidia velar?

CADORETO

Canto en la noche radiosa:
¿Puede importarle a una rosa
No dormir al perfumar?

EL VIGÍA

Quien cree transformarse en flor
Empieza a perder el juicio.

CADORETO

Siempre será un beneficio
Para las notas de amor.

EL VIGÍA, a grandes voces.

¡Hú con gú! ¡Gú con hú!
Es la una...

Dormid tranquilos, ¡hú, gú!
Bajo la luna.

CADORETO

Haces bien en anunciar
Que reina en el cielo el astro:
Anuncia también el rastro
De su brillo en mi cantar.

Comprende que el canto rudo
De mi boca, es vigilante
Acero de voz cortante,
Y trasca de firme escudo.

Comprende que soy la noche
Con su hechizo y su fragancia;
Provenza, Navarra, Francia,
Encerrándose en un broche.

Comprende que soy el cielo,
La enramada, el ruiseñor,
Todo el estío y su anhelo,
En amoroso fulgor.

EL VIGÍA

La guardia hacéis, no estáis harto,
Pues seguid... (desgañitándose)
¡Hú con gú!, la una y cuarto,
¡Gú!, dormid.

CADORETO, dirigiéndose a los amantes.

En gruesa nube se esconde
La luna, bajad ahora,
Por favor no esperéis, conde,
Ni la alondra, ni la aurora.

CAVAYER DE SEYRE, apoyándose en sus hombros.

Me desprendo con dolor.

CADORETO

Y decidme: "te acompaño,
Pues eres, si no me engaño,
Alba, alondra y ruiseñor."

EL VIGÍA

Adiós, buena suerte, ¡hú gú!

CADORETO, grita.

¡Gú! ¡Hú!

EL VIGÍA

¿Qué sucede?

CADORETO

Nada,
Que ignorándolo yo y tú,
Hemos cantado una Albada,
¡Por vida de Belcebú!

CAVAYER DE SEYRE, siguiendo al bufón por la calleja.

¡Cadoreto, Cadoreto mio!

CADORETO

Naturalmente, me adoráis, merezco mil ciquiricatas, y voy a ser el eco sonante del nombre de Dora.

CAVAYER DE SEYRE

Acabo de dejarla, y vivo ya, en atroz sueño: sólo su presencia me despertará... ¡Ah!...

CADORETO

¡Basta! No he visto lo que no debo ver; no creáis que os he vigilado. Mas recelo que echasteis al diablo la usanza de caballería. El Fino Amante sólo puede ser Fino Amante: quien lo olvida se prepara un castigo.

CAVAYER DE SEYRE

Cadoreto, una cosa es el sistema y otra la práctica. Tu mismo rondel, si quieres que seamos justos...

CADORETO

Significaba una ficción, y no conoce dos clases de razones la lealtad del Amor Cortés.

CAVAYER DE SEYRE

Difícil es definir lo indeciso, imposible legislar lo desconocido: nada hay más claro que un relámpago y no sabemos dominarlo con leyes: así desde la nube desprende la lluvia que fecunda o el rayo que mata... El amor es un misterio; y de su misteriosa esencia participan sus cómplices. La luna supera en idealidad a nuestro sentir, y observa lo que con ella acontece. Dos amantes, obedeciendo al espíritu cortés, se separan noblemente: el astro surge. La mujer lo mira, el hombre lo contempla... La luz es intangible, la penumbra fantástica, las siluetas irreales. Se piensa en las almas desaparecidas, en las ilusiones moribundas, en las congojas de los peregrinajes, en las nostalgias de los destierros: hasta Dios se alzó la melancolía humana en oración, en lamento, en nota, y en vez de volver como velo de llanto

cae en cendal de lumbre... El hombre mira la luna, la mujer la contempla... Su hálito visible es el manto natural del recuerdo, y el espíritu en su vaporosa tristeza se idealiza como el horizonte. Y de pronto, su caricia inefable se convierte en ansia de caricia real; la pena de la separación se dilata infinita como su reino; se sucumbe de dolor y se revive en la esperanza; su silencio pone en los labios un grito; su languidez da a los cuerpos un transporte; las almas se mueren si no se tocan, los labios se marchitan si no se juntan, los ojos se apagan si no se penetran; y la lámpara de los sepulcros enciende las llamas de la vida... Prosigue tu camino, no preguntes lo que ha pasado... Un beso funde a los dos amantes, y ahora en su eterno misterio, la luna alumbra el himno de sus palabras cual si compusieran un epitafio, pues parece haberlos unido sólo para arrancarles una sombra... Las leyes que la inteligencia escribe las borra la inconsciente luz, y es el hombre el que está abajo en

la Tierra, y es la luna la que fulge arriba en el Cielo!

CADORETO

Y tú lo has dicho: todo concluye en una sombra. Pero hay algo que sobrevive al hombre: las ideas bienaventuradas superiores a su cuerpo. No podemos mancillar a la mujer mientras la sublimamos: su ideal no es Isolda sometiéndose a las miserias del instinto; nosotros cantamos su apoteosis en la Santa Virgen, que las preside desde lo alto con corona de estrellas, aplastando el Dragón y teniendo precisamente por escabel la luna.

CAVAYER DE SEYRE

Cadoreto, me inclino, no te respondo; pero avizora bien la calleja.

CADORETO

Evitemos la torre Charpentière. Hospeda a Castrucio, y su vigía lo sabe; felizmente, se puede tomar la otra fila de aleros.

El bufón se pega a los muros. El caballero le imita y, dando un grito, se vuelve rápido. Cadoreto tira de la espada y corre; luego, detiene a Cavayer.

CADORETO

Inútil seguir: los pajes de Castrucio son formas del viento; son los genios invisibles, los elfos de mi viejo Gásparis. Por precaución cometí una falta: ¿cómo también imaginar semejante fechoría?

CAVAYER DE SEYRE

El volandero me apañó la capa con rapidez de relámpago.

CADORETO

Es decir, que por rectificar al cielo, el relámpago se lleva a la nube. ¡Divinas imágenes, consuelo de mi existencia, cuán poco ayudáis a los caballeros en desgracia!

CAVAYER DE SEYRE

Pero, ¿para qué puede servir mi manto?

CADORETO

Eso lo sabrá el infierno. ¡Pensar que,

hace un momento, tomé al pequeño bergante por una garduña! Vamos, Cavayer: todos acabaremos en pitanza de patíbulo, y la expiación de tu falta comienza esta misma noche!

EL CETRO

CUADRO XI

Bajando del castillo a las líneas de los adarves, se se da en un enorme glacis en forma de herradura: las barbacanas lo circundan y las almenas lo erizan; las escarpas se hunden hasta el agua de los fosos. Amelot se apoya como en un balcón; Cadoreto se pasea sobre los modillones de una atalaya.

AMELOT

Cadoreto, amigo mio: ¡cómo es de curiosa la sensación de las voces! A fuerza de no ver, escucho como mirando. Las voces tienen resonancias singulares, y mi sombra sensible penetra en las fibras de todos sus ecos. Es un análisis instantáneo hecho por un sentimiento instintivo. Tú puedes en una voz distinguir las grandes ondas de pasión a que obedece y los vivos colores del pensar que retrata: yo puedo decirte los más ínfimos movimientos y las más

imperceptibles mediastintas... Hay veces que al oir a una persona huyo de su acento y me repliego en mi misma, como en cerrada caverna; en cambio, tras los acentos de otras, el corazón se me sale y su tono es mi ritmo. Hay voces que me deslumbran; hay voces que me abisman en doble sombra; hay voces que me arrebatan en soplo de calor; hay voces que me entumecen con nube gélida... Escuchando las voces miro los rostros, pues doy trajes a los acentos. Dicen que no eres bello, y si me hablas te me dibujas como un Rey Mago de mi niñez, que, venido de Colonia, brillaba semejante a su Estrella. Y cuando cantas, la lumbre brota de tu mismo rostro cual si esa estrella del Oriente se reflejase en tu armonía... No es necesario que la pasión las anime para saber lo que encierran las voces. Hay voces inverecundas, aunque se atavien de pudores; hay voces procaces, aunque te describan la inocencia de un niño; hay voces avaras, aunque te relaten las magnificencias de Salomón; hay voces abyectas, aunque te proclamen la excelsi-

tud de Carlomagno; y de traición, aunque te ensalcen la fidelidad de Godofredo; y cobardes, aunque te cuenten la bravura de los paladines. Y, créeme, obsesionan, persiguen, atacan, martirizan; y se convierten en pesadillas de horror, porque les prestas contornos de larvas, de espectros, de duendes, de íncubos. ¡Ah, con qué agonioso deseo se pide a gritos un escobazo de sol que te barra las sombras y te alumbre la caverna!...

CADORETO

Calmaos... ¡Vivid sólo con aquellos que os cuidan y os aman!

AMELOT

Cadoreto, que todo lo sabes, ¿cuáles son, según tu idea, las reglas del Amor Cortés?

CADORETO

Bien hacéis en decir, según tu idea; pues no siendo ni caballero ni hermoso, no entro en liza, y me faltan derechos de sustentante. El amor, señora, es un culto, una

mujer es su ídolo, y el fiel verdadero llega en su ventura, a la Joi, lo que significa al transporte místico de la alegría.

El amor en su Paciencia y en su Respeto pasa por grados, según lo que le acuerden a su Lealtad; y cuando llega a obtener un beso para una frente, recibe su más grande recompensa. Ese beso para el neófito vale lo que un juramento, y es el espaldarazo que lo arma Fino Amante. Desde entonces su vida no le pertenece; su soberana puede regalarlo o venderlo; exigirle pruebas, ordenarle caprichos, y el caballero, sin pensar en él nunca, rebosante del pensamiento de su dama, debe ser vasallo siempre. Y debe socorrerla y ayudarla, mantener su honor, procurar su júbilo, y transformarse en su Angel de la Guarda visible. Pero invisible para los otros, pues la Discreción es ley de fundamento. A la mujer consagrada se la encierra en el arca del Templo de la Cortesía. Tal cortesia implica el silencio sobre su nombre. La delicadeza del sentir está en guerra con la publicidad. No se puede murmurar a oídos extraños

lo que saldrá por labios profanadores. Los *lonsengiers* que espían y que venden, son personajes infames, porque al herir en su altura ese culto rebajan el nombre de Dios, que ha creado el Amor, y lo quiere cual los trovadores, leal y discreto, noble y sincero.

AMELOT

¿Pero cómo hacéis en ese amor ideal, para no estar celosos de los maridos?

CADORETO

Si lo llamáis ideal ¿por qué mezclarlo a materiales desvelos? Las semillas del corazón, como lo canta Aimeric, florecen por los ojos, y dan en el amor su fruto. Ese fruto, agrego yo, madura en el espíritu y nos perfecciona con su fragancia. La ilustre corte de Ermengarda sentenció con claridad, que la afección de los esposos no se asimila a la de los amantes, pues los sentimientos son distintos como diferentes las costumbres. El Amor Cortés acaba en fuerza de eleva-

ción, y su entusiasmo ardoroso contiene el rapto místico. Mas no resulta egoísta y únicamente ilusorio. En su pureza inefable y al parecer supraterrestre, se enfervoriza, se dilata, y engendra las acciones más bellas y los actos más heroicos: no es agua que se mide, no es germen que se pesa, no es tierra que se toca: es luz impalpable; y fecundo como la tierra, como el germen y el agua, es, siendo invisible, más misterioso que la luz misma. De su seno emergen cortesía, nobleza y virtud, de modo que su canto, que idealiza a la mujer en el Mundo, halla su suprema expresión en el cielo, allí donde la Santa Virgen encarna el prodigio de Dios, que con mayor ternura venera el hombre.

AMELOT

Todo eso resulta hermoso ¿mas puede siempre luchar la idea contra el instinto? ¿Y se puede siempre repeler la tentación del orgullo y vivir a solas con su silencio?

CADORETO

A veces hay lucha: el caballero debe penitenciarse, macerarse en sus rezos, y presentarse a su dama sublimado por el puro espíritu. En cuanto al secreto, hasta el rijoso le guarda por temor. La corte de Gascuña estableció que el desprecio seguirá al fementido: y a la mujer que lo acepte, después de su falta, según el mismo dictamen, se le excluirá de toda honesta compañía. El caballero más hábil, y el de menor candencia, deja sin querer, a menudo, que su sentir se le trasluzca. Falta venial a no dudarlo; mas si descubre el amor compartido, reo es de muerte. Que en prenda del juramento, ofrezca su sangre; con la única excepción de que para salvar a la amante puede recurrirse a un espíritu fraterno. Si fuera gentilhombre y me viese en el trance, yo no habría hesitado en poner en la confidencia a Gásparis.

AMELOT

Siempre lo mismo: "si fuese gentilhom-

bre" ¿No te habrá dado el espaldarazo un serafín invisible?... Y a todo evento, ¿por qué no buscas entre las pastoras una que te ame? He oído hablar de las hijas de Jerónimo.

CADORETO

Horrible como soy no podría casarme con una rústica. Adoro al pueblo humilde, del cual salí, y un impulso de mi alma, ya que no puedo hablar de mi sangre, me denomina señor de los castillos donde canto.

AMELOT

Ahora, escucha: ¿Yolanda es muy hermosa?

CADORETO

En la pastoral del Aude lo era, porque Amelot de Trincavel estaba ausente.

AMELOT

Cadoreto, gran adulador, dime: ¿Si tú fueses caballero amarías a Yolanda?

CADORETO

Si yo fuese caballero, andaría encande-

ciendo los ánimos con mi laúd y arrastrándolos con mi espada para correr a Oriente y glorificar el Santo Sepulcro.

AMELOT

¿Qué hiciste, amigo mío, de tu cetro de loco? Mucho me regocija el saber que no lo llevas; era indigno de tu renombre. Mas, respóndeme, ¿dónde lo enterraste?

CADORETO

A los arlotes que me fastidian, replico siempre que se lo espeté a un cometa; voy a contaros la verdad. Era un don de la corona de Francia por intermedio de Ormes. Después de despojarle de sus cascabeles lo ahogué en el lago del Molino. ¡Quizá sirva de apoyo a alguna ninfa vieja; quizá se haya cubierto de hojas para llorar como un sauce joven!

AMELOT

Cadoreto, ¿y los cascabeles?

CADORETO

Los di a la fábrica de la campana... El

vaso de bronce, como sabéis, canta la resurrección, espantando con clara vida la obscuridad de la muerte. Su grito sonoro antes de evaporarse borra los esqueletos de las danzas macabras. Las notas fugitivas como el terror de la niñez y la angustia de la juventud, murmuran que es eterna la esperanza de sus acentos... Mi imagen se confunde a las visiones de los frescos; la Parca avanza, mas no nos dirige en horrible pesadilla: disipando la tiniebla nos envuelve en voz de ternura alada, nos toca con soplo de aliento divino, nos mece en regazo de maternal caricia; pues los dobles que despiertan a los muertos renacen en sus repiques para volar al espacio, y despeñan cascadas de lumbre al herir con vara de prodigio un Gólgota celeste.

Si he de resucitar, quiero resucitar con cuerpo de hermosura, que refleje las ideas de mi alma. "Vivid noblemente y la ley ha de cumplirse": eso prorrumpió el Apóstol en mi congoja; eso me repitió la voz del hombre de los astros. Yo no puedo levantarme por el amor de una mujer inspirante:

¿quién podría descansar sus ojos en las miserias de mi figura? Entonces, corrí al nacimiento de Santa Cecilia con un don en las manos y un voto en los labios. Ya los aprendices echaban al canal del fuego los troncos de los pinos, y derretíase el cobre en las molduras de greda. Maese Vignier sintiéndolo borboritante hizo precipitar el estaño, y nobles y pecheros mezclaron sus presentes. Cuando llegó mi turno vi que cucharas humildes caían con opulentas sortijas, y arrojé el resto de mi cetro. El voto de mi pensar subia como oración: ¡ah, que sobre la cúspide sacra vibren los cascabeles de oro en los labios de bronce! Ellos, que sirvieron para tanta insensata futeza, purificados canten los tres Ángelus: á la tarde, por la muerte de Jesucristo; a los maitines, porque resucitó; al mediodía por su ascensión gloriosa. Y que no exhalen notas sino de puro gozo, de alta nobleza, de divino consuelo; y así proclamen que son mi símbolo, y que mis pasos deben continuar el ritmo de su armonía... Vibren, ¡sí! en los labios de bronce mis

cascabeles de oro; y acuérdeme Dios que por sobre la muerte, más allá de las estrellas, me saluden en el éter como sonantes flores, despidiendo rocios de inmortal frescura... En tanto, aquí en la Tierra, tengo en oro puro, algo que me habla de ese rocío: vuestra acendrada rosa.

AMELOT

Sabía vagamente lo del cetro. Colomiez se lo contó a Aelis; me alegro de haberte dado la flor: ¡que te sea propicia! Prosigue instruyéndome: ¿qué edad tienes?

CADORETO

Es amable costumbre vuestra decir a menudo: Cadoreto, que todo lo sabes, contéstame tal cosa. Ved la ironía: el sapiente, no sabe sus años; explicaros el por qué sería muy triste: quizá no he llegado a los treinta y cinco. Me consuelo murmurándome que resulta mejor no conocer bien lo que se empleó mal; y que los pájaros se sienten jóvenes o viejos sin contar las primaveras y los otoños; que las violas gimen o ríen

sin discernir el número de sus cuerdas, y que esa Montaña Negra, si puede impeler sus torrentes y sujetar sus peñascos, ignora su edad y ha olvidado su nombre.

AMELOT

Ojos vivientes míos: ¿qué véis a esta hora sobre las cúspides?

CADORETO

Las envuelve translúcida niebla. Como un telón la tenuidad aérea baja desde las nubes, y abandona los vaporosos senos: no da la sensación húmeda de lo que se pega, sino la impresión alada de lo que flota; y entre las brumas de lumbre, los ondulantes lomos delinean sus vaguedades de ensueño.

AMELOT

¿Qué hay en las vertientes?

CADORETO

Laderas blancas, laderas grises, caminos que serpentean ascendiendo, con hilos de agua que corren bajando. Hacia los Ceve-

nas, cortinas de bosques; y mientras en la Montaña Negra los serrijones fulgen en la claridad, los otros montes se obscurecen: así, jugando con los reflejos de las nubes, el sol se divierte en borrar los nombres de la Tierra.

AMELOT

¿Qué hay en las dehesas del llano?

CADORETO

Cintura de riciales verdes, olas de un mar que acaricia el límite clivoso que exhala destellos de piedra pómez.

AMELOT

¿Qué hay después de los cultivos?

CADORETO

Las abatidas de los ribazos; las torres de atalaya; los alijares y la ciudadela... Mas al fin de los adarves, se advierte algo insólito: una hermosa platica con su cortejo. ¡Plin, plan!; el embebecido recibe certera resplandina en forma de bofetada y la indómita medusa huye bramando de coraje.

AMELOT

¿Quiénes son ellos?

CADORETO

Por el otro lado, Rodolfo de Trincavel, camina hacia nosotros, y quizá lo sepa. Voy a bajarme.

AMELOT

No tienes por qué: quédate en la barbacana.

RODOLFO DE TRINCAVEL, desde la brisura del glacis.

¡Oh, mi rey Cadoreto! Decididamente he de volverme celoso.

AMELOT

Acercaos, señor: vuestro amable humor me reconforta.... Resolved mis dudas: ¿en qué mejilla os dió Yolanda su extraño beso?

RODOLFO DE TRINCAVEL

Lenguaz vilordo, bellaco vil. (De un sopetón hace oscilar a Cadoreto, que profiere un grito, desmoronándose por la escarpa.)

AMELOT

¡Malsín! ¡Miserable! (Clavando las uñas en los merlones del almenaje y queriendo ver en las profundidades del foso). ¡Asesino!

RODOLFO DE TRINCAVEL

¡Cómo le amáis, esposa mía!

AMELOT

No me estremece su muerte, sino tu crimen. No había pronunciado tu nombre ni el de la mujer. Dijome que venías en otra dirección: te acusé, y te vendiste. ¡Infamia, vildad!; ¡suelo obscuro, ciego como mi miseria, ábrete y trágame!...

RODOLFO DE TRINCAVEL, avizorando el abismo.

Calmaos, Amelot, calmaos... El bergante nada en el foso. Es más hábil que un perro de aguas: helo ya en los criques. Su inocencia no importa, pues el baño le sentará, y Castrucio diría que lo merece.

AMELOT

¡Que una misma maldición confunda vuestros pensamientos y vuestras obras!

NOCHE DE FIEBRE

CUADRO XII

Torre de la Vade. El bastón de Jacob cuelga en una agrija; la vara adivinatoria se tiende en la encubertada barbacana; en los morteros hay hierbas y en los alambiques líquidos; los astrolabios refulgen. Cadoreto ha conservado las cosas, cual en los últimos días de Gásparis; mas la carquesa, sin fuego, se abre como lamentando su espíritu. En las saeteras de los Pirineos las telas de arañas forman flotantes nubes.

COLOMIEZ, que cierra su breviario, dirigiéndose a Pibrac.

En fin, ¿entró en razón?

PIBRAC

Se ha adormecido, lo que es diferente, y lo que era difícil a causa de la fiebre. ¿Cómo apagar una chimenea sino se empieza por la llama?

COLOMIEZ

¡Que no cante y se excitará menos!

PIBRAC

Precisamente porque está excitado, canta.

COLOMIEZ

Para sustentar la tesis pide ayuda a San Bernardo, a los cistercienses, a los dominicos y a todos los manteístas del Mundo; si te parece nos dirigiremos a Roma convocando un Concilio. Lo que significa que estoy harto de vosotros... y, ¡silencio! Renaudin dice, que la herida del hombro no le produce la fiebre; que en las antuviadas de los torneos en que hay conmoción sin herida, se ve eso; haced, pues, que no aumente su nerviosidad con sus trovas.

A la distancia suena confusa la voz de Cadoreto: Colomiez, paseándose, se detiene sorprendido en un ángulo.

PIBRAC

En el tal rincón, por un efecto de la galería, las voces repercuten cual si saliesen

de la puerta. Gásparis divertíase en confiar sigilosamente a Galaut, que los genios de las piedras le traían los mensajes de Cadoreto. ¡Pobre astrólogo!

COLOMIEZ

Te escucho con interés. Admirable momento para ocuparse de fruslerías y dejar al herido. Vé y dile a Juan Doumege que si no logra acallarle, os echaré a todos, y pasaré con él la noche.

Maese Pibrac se ausenta; el canónigo vuelve a pasearse; se oye cantar a Cadoreto.

CADORETO

Abrumado de dolor
Me encamino hacia la muerte;
Si me ayudas, dulce flor,
Mi vida tendrá otra suerte.

Y si tu apoyo me alcanza,
Ya sin penas y sin daños,
Te haré, mi flor de esperanza,
Canciones todos los años.

Entonces podré morir
Cual muere vetusta encina,
Bendiciendo mi existir
En tu nombre, flor divina.

TORNADA

Lumenrosa sin igual,
Ti que eres rosa de luz,
Dad al árbol de mi cruz
Santa sombra celestial.

COLOMIEZ

Lo de siempre: la dama y la cruz, de modo que las tornadas no están en relación con los poemas. ¡Curiosa costumbre! Harto sé, que del amor de Dios nacieron el Cielo y la Tierra, lo visible y lo invisible; harto sé, que nuestra ansia de belleza consiste, en vislumbrar en las cosas, el dechado que Dios al amarnos nos puso en la mente; harto sé, que si los trovadores se encomiendan a su dama, todos los hombres tenemos a la Santa Virgen. Pero las leyes de la poesía van rematando en leyes del amor; los términos se confunden, y el inspirado, ya no canta sino en la primavera a semejanza de los ruiseñores; y como voy a añadir, que el objeto de las trovas es siempre la mujer, y por ende la mujer casada, acabaré preguntándome si todo esto no es ilí-

cito... Mi pobre Colomiez, contempla los bosques, oye los himnos, pasa, y no prediques, que resultará tu voz acento de pajarraco. Tal como avanza el siglo, acéptalo o escúrrete: por otra parte, si se ensombra la ortodoxia en el cristal límpido de su doctrina, no se desgarra en los cantizales del Mundo. Pues es notorio que estos caballeros y estos trovadores realzan con sus sentires romances y linajes. La teoría, macada en su esencia, resulta sublime en su acción, estallando en destellos de heroísmo, virtud y hermosura. El poder femenil trasformará la historia. Isabela de la Marche en Inglaterra, Blanca de Castilla en Francia, la condesa de Champagne y Juana de Flandes en sus reinos, lo están mostrando. Y la mujer resplandece cual incentivo de la ciencia y la poesía: ¿no se nutren de su fuego sabios y trovadores? Y, ¿no es, en suma, su voluntad para todos los hombres, semejante al Tiempo que no se ve, pero que produce las horas?... Mal hacen, a no dudarlo, los prosélitos del Amor Cortés, en elevar en sus transportes el nom-

bre de la Dama hasta el trono de la Virgen. Pero el pensamiento sacrilego se redime por la pureza de las intenciones. En tanto, Nuestra Señora, desde que se canta su concepción Inmaculada, impera, si es posible, con más altos resplandores. ¡Ah! que el Concilio de Oxford sea derrotado por la Iglesia de Lyón; que la Universidad con su fuerza, y Asís con su gracia, impongan el dogma; y mayor gloria refulgirá en nuestros altares. Mientras las mentes discuten, ya el nuevo himno sacro suena en todos los corazones... ¿Puedo darme a tales pensamientos en medio de estos alambiques? Para el pueblo era Gásparis un diabólico brujo; para Monseñor Radulphe un honesto sapiente; para Cadoreto un amado padre.

En realidad, llevaba en la cabeza el tormento de las memorias caldeas, griegas, egipcias; leía en varias lenguas, lo que equivale a aumentar el número de los ríos, perdiendo de vista el océano: era fuerte en Geomancia como en Teología, en Hermes como en Aristóteles, en las posiciones de

los astros como en las líneas de las manos; pero felizmente había vivido casi un siglo peregrinando por la Tierra, de modo que sobre ruinas, el dolor le había dado su palidez de sombra. Por eso, arrojando mucha de la sabiduría, que a fuer de jactanciosa abate, levantó, humilde, la frente alijada; y quizá Nuestra Señora, recibiéndolo con los juguetes rotos de su orgullo, le sonrió como a un niño.

PIBRAC, volviendo del interior.

Ya lo véis, guarda silencio; pero pide agua continuamente; la sed le devora. Vos, también borbotabais algo.

COLOMIEZ

Pensaba en Gásparis. ¡Curioso peregrino! Cadoreto me confesó una noche que tratándose de Cleón él era como el muérdago de la encina; que la frescura de sus flores redoblaba con las savias de aquel tronco. Es cierto: nada supera el regalo del comercio de un hombre superior. ¿Qué no me debéis vosotros?; ¡mas no todos poseen la gratitud de nuestro enfermo!

PIBRAC

Si Cadoreto ha sufrido un porrazo, veo que su reverencia tiene las emociones acres.

COLOMIEZ

Muerde sin miedo, buen amigo; soy de almendra: cáscara amarga, dulce fruto.

PIBRAC

¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

COLOMIEZ

Hablan en la puerta... Supongo que no vendrán Trincavel y Castrucio.

PIBRAC

Adelante; felices y buenas noches.

AMELOT, entrando con Aelis.

Sabemos por Renaudin que la herida de Cadoreto no es grave; mas no quería acostarme sin sus últimas noticias.

COLOMIEZ

Augusta señora, lo que le fatiga es la fiebre; no puede dormir tranquilo.

PIBRAC

Parece que nos oyera: ¿no le sentís la voz?

COLOMIEZ

Ve, amigo, nuevamente: hazlo callar. Mañana le contaremos la visita de la baronesa.

CADORETO, a lo lejos.

Cuando se hospedan en el castillo
Todas las damas del Soberano
Honor, y exhalan su noble brillo,
La Gentileza de blanca mano,
La dulce Dicha, la armipotente
Leallad, más pura que un verso de oro;
Es Lumenrosa, cantan en coro,
El limpio espejo de nuestra fuente:
Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

COLOMIEZ

La fiebre lo exalta, y Lumenrosa debe ser su dama; ya la ha evocado varias veces.

AMELOT

¿Quién conoce a Lumenrosa?

COLOMIEZ

Nadie. Es la *senhal;* el Amor Cortés crea nombres para evitar indiscreciones.

CADORETO

Cuando la busca la Cortesía...

AELIS

No escucho bien; algunas palabras se pierden.

AMELOT

Yo veo con mis oídos; las cosas que oyes inciertas me resultan claras.

COLOMIEZ

Ya que no quiere callar, en este ángulo hay un eco: aprovechadlo.

CADORETO

Cuando la busca la Cortesía
Fluye del porte de su nobleza
La afable Gracia con alegría;
Cuando se duelen Pena y Tristeza

Piden consuelos a su mirada,
Y la ceguera de Lumenrosa
Es un milagro que hace alborada
En la tiniebla más espantosa... (El canónigo abre su breviario, alejándose.)

AELIS

¿Habéis escuchado?

AMELOT

Silencio, vuelve el estribillo.

CADORETO

Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

Cuando los troncos del cano invierno
Miran las llamas de su hermosura,
Sienten transportes de soplo tierno,
Bullen sus savias en onda pura,
Cual si cruzase la primavera
Sobre los hielos, sobre las nieves,
Cual si los fríos fuesen más breves
Y ya en el cielo la luz rïera:
Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

AELIS

Sus compañeros discuten; le impiden seguir.

AMELOT

Él no obedece. ¡Canta, canta, pobre amigo!

CADORETO, exaltándose.

Cuando la escuchan los ruiseñores,
Vencidos callan; cuando las eras
La ven, se dicen: " tejen las flores
De las colinas, de las praderas,
Vivo rosario si ora en la cumbre,
Süave alfombra si se reclina,
Su nombre es rosa, su nombre es lumbre,
Y es su alma rosa de luz divina"...
Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

Cuando comprenden los trovadores,
Y los guerreros, y los juglares,
Que nada advierten, los resplandores
De ojos que arroban tantos cantares;
Piensan: " el Mundo le está invisible,
Para que absortos, no la rocemos
Si la miramos cuando la vemos,
Y es más hermosa por intangible"...
Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

Damas gentiles...

AELIS

Viene la tornada.

AMELOT

¡Cállate!

CADORETO, muy fatigado.

Damas gentiles, perdón os pido,
Mi canto acaba ; no por olvido
De vuestros triunfos, una tan sola
Se alzó en mis cuerdas, vibró en mi viola...
Lealtad le debo, pues mi alma ha sido :
Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

AMELOT

Dejemos esta torre, Aelis; dejemos sus baladas; dejemos su amargura. Conduce mi doble sombra a mi lecho de insomnio.

AELIS

¡Ah! corran vuestras lágrimas; las veo temblar y no me sorprenden: toda armonía verdadera acaba en llanto. Venturosas lágrimas de ojos que no miran; de ojos que mantienen virginales las apariencias del ensueño... En vuestro dolor conservad esa gracia: el canto os sugiere las hermosuras, sin que la visión real las someta a

sus agonías... Amad a Cadoreto si le amáis: en él amáis lo intangible, pero también lo eterno...

AMELOT

¡El espíritu!... Vamos, llévame. Gruta inviolable es el sentir: el llanto que no está en los ojos se congela en sus muros. ¡Silencio, silencio!...

CASTRUCIO Y ORMES

CUADRO XIII

La torre cónica de Charpentière se erige con dos buheras redondas y una saetera central: cerrada como un arnés atacado, se antoja inexpugnable hasta para la luz: es panteón de muertos que no necesitan aire, rigente como un guerrero que ensaya la estatua de su sepulcro. En su interior Castrucio se agita; se pone de pie, y la violencia de sus sentimientos se le sale al rostro; va y viene cual un péndulo que se marca a sí mismo una hora trágica.

CASTRUCIO

La ciega Amelot, perdida en mi cerebro, podría leer entre sus relámpagos... El instante ha llegado. Guindé a los hombres como birlochas, los entretuve en los aires, pero sobre la tierra los acontecimientos no me responden. El océano, que forja las tempestades, no puede desobedecer al astro de las mareas. Luchemos por sobrepujarlo.

Debo conquistar un destino sin abandonarme al destino; y si necesito que los muertos abonen el campo de mis flores, nazcan mis flores regadas con sangre. Detenerse es la única cobardía indigna del ambicioso. ¡Qué el hombre que se cree lo más débil del Mundo sea mi fuerza! ¡Pobre senescal! Trasminas bajo mi torre como gusano de la entraña; pero no lo eres de mi podredumbre, pues mi ambición no se ha vuelto cadáver. Después de tanta miseria sembrarás el espanto: vives para darme vida; en tu álgida sombra se nutre mi fuego purpúreo; eres la hornaza candentede mis oros triunfales... (Golpea en una adarga: Lobrati aparece). Atranca las puertas y no abras ni al diablo. Espera aquí mis órdenes.

LOBRATI

Y si os visita Rodolfo de Trincavel.

CASTRUCIO

Lo hará con Galhac: detenlos en la guardia. Al barón, retrechero de oficio, no le falta sutileza y sabrá callarse.

LOBRATI

Id en calma, cual si quedaseis vos mismo.

Castrucio, levantando los tapices, entra a un alguarín: toca una trampa que se abre sobre una espiral de mazonería. Llega a una prisión, corre un rastrillo, y por peldaños sin zanca, desciende a una mazmorra. La tuferada húmeda de la gradería, desaparece en la penumbra del subterráneo, que recibe el aire de las poternas.

GUILLERMO DE ORMES

Venís a anunciarme mi última noche: en este limbo no se conoce el día.

CASTRUCIO

Se le conoce desde el momento que me véis. La mina es profunda, pero seca; vivís lejos de todo, pero nada os falta; ¿de que os quejáis?; nunca un rehén recibió mejor tratamiento: vuestra prisión es de paciencia y no de martirio. Además, no sois mi enemigo y os considero mi aliado.

ORMES

Serpiente faramallera, truhán nefario,

¿quiéres burlarte de mis desgracias? Con el último soplo de lo que fué mi acento, te grito: ¡traidor!

CASTRUCIO

Venerable senescal, si insultarme os apacigua, seguid. Mas os veo como triste lambrija, trasojado, pálido, y me inspiráis compasión...

ORMES

Basta de roncerías; torna a tus zahurdas, jifero de los infiernos.

CASTRUCIO

¿Anheláis, entonces, residir eternamente en este amable sitio? Quién mejor que vos puede saber que la razón de estado es hermana de las mazmorras; ¿a cuántos, desde la altura se las disteis por aposento? ¿Y ahora desde el subterráneo os rebeláis en el turno cambiante? Sed más fuerte en eso y en todo. No traicionan los hombres superiores; y si vos no sois un hombre inferior, preguntaos por qué noble razón traicionó Castrucio. Estáis en mi poder, ol-

vido que puedo ordenar, y pregunto si me queréis oir...

ORMES

Habla.

CASTRUCIO

Para un nativo toda cumbre es áspera; para un extranjero casi inaccesible. Voy a tratar de ascender: mi cumbre se llama el rey de Francia. Necesito vuestra ayuda; conocéis el proverbio: "Ánima sola ni canta ni llora". Si no habláis contra mí, si no referís la forma de mi traición, cuyas apariencias me condenan, os volveré la libertad. Luego seréis mi hombre. Buscando penetrar con altura en la corte de Luis, debo ayudarle contra los grandes vasallos. El rey ha creído en vuestra muerte, y no se ocupa de Carcasona — aunque más de una vez haya pensado en reconquistarla — no solamente por el temor de la ciudadela si que también por los peligros del trono. Sus dificultades con los condes de Bretaña, de la Marche, de Boloña, continúan, se agrandan y se ensombrecen. El rey de

Navarra ha casado, sin su consentimiento, a su hija única con el mayorazgo de Borgoña, lo que significa la guerra. En tales condiciones, no puede ni intentar el cerco; confiad en mí: os traicioné con pensamientos ocultos, os salvé de la muerte por lo mismo, y por lo mismo os hablo, pues el momento llega. Yo os entregaré la plaza; el baluarte inexpugnable del Langüedoc caerá en vuestras manos. El rey así poseerá por mi esfuerzo una llave de la Provenza: senescal, cojamos nuestra fortuna. Tengo para después un plan infalible y grandioso si el soberano no insiste en la locura del Sepulcro: la cruzada coronará el edificio, pero antes, en la unidad, hagámosle desde los alizaces.

ORMES

No comprendo mi papel desde esta sepultura.

CASTRUCIO

Oir mi voz a su hora. Hay en lo alto un hombre de coraje con mil abyectas pasio-

nes: no tiene carácter, yo soy su voluntad; bebe, yo soy su vino; juega, yo soy su juego; es sensual, yo soy su lujuria; yo soy su cuerpo, yo soy su alma, y siendo su vasallo, soy su rey... El amor de una religiosa lo ha echado en brazos de una seglar: las dos son hermanas y la aventura se complica. Pero si no es la segunda será la primera; si no son los briales serán los monjiles; lo juro por mi sangre de veneciano, que enfiebra como el agua de mis lagunas. Ante todo debo libertarme de un bufón, maldito tuáutem de adversas combinaciones, con demasiado espíritu para seguir en este Mundo. Y en seguida vigilar una loca, que es ciega, con bastantes ojos para verme, incomodándome. Sobre el cadáver del truchimán romperemos el casamiento de la demente, pues la abadesa puede ser desligada de sus votos, como Trincavel de sus compromisos. En tanto, ese tumulto de pasiones y de escándalos siembra la anarquía, y un gran estallido completará el desorden. El barón Raimundo se encontrará con un infierno en que la burguesía y el

villanaje clamarán por el rey Luis; y en que los caballeros, por la división de sus odios y diezmados en las reyertas, ni podrán oponérsele, ni lograrán ayudarle. Quizá también el conde de Tolosa intervenga en nombre de sus sobrinas, lo que haría más fácil vuestra proclamación con el apoyo de vuestros secuaces ayer desterrados, hoy ocultos en la Montaña Negra. ¿Comprendéis? ¿Estáis pronto? Responded. Si yo no os busco en persona, vendrá Lobrati.

ORMES

Redime tus traiciones, triunfa por el rey y por la Francia; mas oye: ¿el bufón a quien te refieres, es Cadoreto?

CASTRUCIO

¡Oh, no! Vuestro amigo ha tiempo que levantó el vuelo: el pintoresco trashumante, cigarra y golondrina, anda cantando en lejanos castillos.

ORMES

¡Que la suerte te acompañe y que vea el sol de la libertad!

CASTRUCIO

Ya lo veréis, si no echáis al olvido vuestra palabra.

ORMES

Los hombres no mienten ante el retrato de su tumba.

CASTRUCIO

Yo convertiré en amable el modelo del retrato.

El ministro remonta espirales y trampas: el sayón, agitado, lo espera en la torre.

LOBRATI

Trincavel vino: desea hablaros. Yo creía que no subiríais nunca.

CASTRUCIO

Si está solo ¡qué importa!; no hay indiscretos.

LOBRATI

Habia comprendido que ocultabais vuestra bajada.

CASTRUCIO

Y es cierto: no tanto por el prisionero como por el saco. Tú aprecias el refrán: "Burro con oro lo puede todo"; mas el oro del hombre inteligente debe vivir en el misterio; sólo tú, mi compatricio, gozarás de mi triunfo y de mi fortuna.

LOBRATI

Benditas sean las uvas de Canaán; y más benditas si se vienen a Chío, que está más cerca; y más benditas si en España, que está lindante, las vuelven de malvasía para estos labios pecadores.

CASTRUCIO

Racimo de lamedal, se acabaron las porrerías: lengua muda y mano elocuente. Si de aquí a un instante pregunto: ¿Lobrati, amenazan las nubes?; tú responderás: he aquí la lluvia; echando al cuello de Felipe, en compañía de Flamenc, un nudo como de trasca. De seguida le desarmaremos.

LOBRATI

Y después.

CASTRUCIO

Allá se verá; por ahora dile a Céfiro que no cumpla la comisión que le ordene.

LOBRATI, retirándose, desde la puerta.

El barón Trincavel.

CASTRUCIO

Que los dias sean dobles y las noches triples, si sus horas han de aumentar las venturas y amables sueños de mi señor.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Que los dias y las noches, y el sol y la luna, se apaguen y desparezcan, bellaco trapacero, faramallón odioso, desecho de la ribaldería, hasta que tu Yolanda se precipite en mis brazos.

CASTRUCIO

Si la dama no se abate, es porque el ca-

ballero olvida el grito de guerra de sus listeles.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Mi voz puede someter a hombres guarecidos en acérrimo torreón; pero no a mujeres, protegidas por su propia debilidad.

CASTRUCIO

Yolanda es más que un hombre porque se abroquela en su orgullo, es más que un torreón porque se escuda en el conde de Tolosa. De ahí le viene su altivez; de ahí le nace la audacia; por ahí le estalla la insolencia. Si hoy os mira en menos, es porque aparecéis como un pobre trefe ante su tio: y mañana os brindará su menosprecio. Decidla que con la furia de la pasión, desafiáis el condado, sus señoríos, sus ciudadelas y sus mesnadas, y sentiréis a la estrige suspirar como una paloma. No esperemos en Galhac que se entregaría al diablo por traicionarnos, y que no nos traiciona porque no puede: su mujer le odia y le desdeña. En tanto, Cavayer, que las gasta de laúd y

mandoble, y sabe lo que son violencias seguidas de arrumacos, conoce su solana y quizá su aposento.

TRINCAVEL

¡Vive Dios!

CASTRUCIO

No lo dudéis: ese barragán incendia cuanto toca. Mas no todo está perdido: hay tiempo de que el amor se confine en sus lenderas corteses. Oid aun. El felón, olvidado, ruge contra su mujer, y celoso, la ama: así Yolanda, virgen de un marido a quien abomina, de un audaz que le place, y de un cortejante que desprecia, se burlará de los tres si yo no intervengo. ¿Habéis dado al fementido la orden de venir?

TRINCAVEL

No puede tardar.

CASTRUCIO

Se acabaron las dilaciones y aquí quedará en prisión.

TRINCAVEL

No comprendo.

CASTRUCIO

Quedará en prisión, y Yolanda buscará hablaros.

TRINCAVEL.

Comprendo menos.

CASTRUCIO

Buscará hablaros para dormir en el castillo.

TRINCAVEL

¡Comprendo, sí!; te has vuelto loco.

CASTRUCIO

Yo también comprendo: sois un débil.

LOBRATI, desde la puerta.

El capitán Felipe de Galhac.

CASTRUCIO

Adelante: pero para visitarme en mi torre

en calidad de amigo, decid sin retrechería, cómo entendéis vuestra palabra.

FELIPE DE GALHAC

Mis promesas están de pie: ni las rechazo ni las olvido. Mas las ajenas voluntades escapan a mis acciones. Yolanda carece, en realidad, de esposo; y su Fino Amante se le presenta en forma insólita. ¿En su estado, se encerrará en los límites de la costumbre? Y aun sometiéndose, recordad que el Amor Cortés infunde a los ánimos maravillosos vigores. Pureza, pujanza, resplandor, todo lo posee como el diamante. Por la interposición de ese sentimiento, en caso tan singular, mi esposa no será mía ni de nadie: la efigie del amador, tenue si queréis como una algara, es maciza como una almena.

TRINCAVEL

No puedo dudar de mis caballeros sin dudar de mí mismo; y empiezo a no creerme.

GALHAC

Creed, noble señor, creed; habéis contado con todo menos con lo más necesario.

CASTRUCIO

Que lo más necesario venga. He aquí para escribir: estrenaréis una hoja de este papel, la mejor carta bombiciana que ha producido Játiba. Llamad a Yolanda.

GALHAC

Inútil artificio: no responderá por orgullo, y rechazará nuestro tribunal por indigno.

CASTRUCIO

Si tanto la teméis, buscad excusas: yo, aunque indigno, sabré conducir el asunto. Vos, mi hermoso barón, si pensáis como vuestro vasallo, ocultaos y oid desde los tapices. (Felipe traza unas líneas.)

TRINCAVEL

No tengo porque excusarme, mas debo dar la razón de mis actos.

CASTRUCIO

Ni razones, ni excusas. La dama confesará sus amores, y ordenaremos a la culpable... ¡Eh, Lobrati, mandad a Céfiro!... ¿Sonreis? El nombre no es ridículo, señores: mi paje es bello, es rápido, es lene, es gárrulo; entra sin hacer ruido, se va sin producir tumulto, y deja la sensación de una caricia... (Aparece el doncel listo y joyante). Veamos, noble capitán, ¿qué habéis puesto? "Yolanda, seguid al niño que os lleva el billete: os espero para una resolución gravísima". ¡Muy bien! Dulce Céfiro, corre diligente, vuela gracioso, y tráenos en tus alas a la más bella mariposa del Mundo...

LOBRATI, rozando al paje que escapa.

Mi señor, Flamenc espera órdenes.

CASTRUCIO, acercándose a la puerta.

Entrad, maestro honorable de altas obras: vuestras largas vacaciones me tienen pensativo.

FLAMENC

Felizmente, poderoso señor, el callo se va de mis manos.

CASTRUCIO

¿Un juglar puede alegrarse de que su viola sea nido de sabandijas? ¿Un caballero felicitarse del moho de su flamberga? ¡Qué tiempo, señores!; ¡que tiempo tan raro es nuestro tiempo! A propósito, Lobrati, ¿el sol se mostró al irse, o las nubes amenazan?

LOBRATI

He aquí la lluvia.

GALHAC, ahogado por una cuerda y tentando el estoque.

¡Maldición!

CASTRUCIO

¡Bendición, amigo mío, bendición! Afloja la mano o el nudo te estrangulará... Así, discretamente, entregad el acero. Os lo volveré cuando os vuelva el juicio. Ahora, dos guardias en este aposento y vosotros entrad

en ese muro; la vivienda, aunque estrecha, es cómoda. La compañía de Flamenc debe aconsejaros obedecer en todo; pero no temáis nada, si respondéis a nuestros altos fines. (El capitán desaparece). Hermoso señor, tornaos al castillo. El Céfiro se quedó en la torre por el placer de orear nuestras frentes; y con los perfumes de vuestro jardín se lo enviaremos esta noche a la dama. ¿No sentís que en las tinieblas, el aguijón de la curiosidad la impelerá presurosa? Vuestras nobles gracias harán el resto... Antes de que partamos voy a visitar a mi nuevo húesped. En cuanto al otro, se encuentra segurísimo: engañemos aún a el de Acuña, y sin echar mano del sobrino no entregaréis la plaza a Raimundo. La verdadera fuente del poder está en la audacia: sólo para los audaces fabricó Dios la esperanza. La política no reside en las nubes, sino en la tierra; entre los vapores se esterilizan los sentimientos, entre las realidades obran los instintos. Y si el rey se presenta en Carcasona, resucitaremos a Ormes amenazándole como rehén, y Luis para salvarlo os confiará la senescalía. Creedme, es más

útil, desde luego, y más honorable en seguida, ser representante de un soberano ilustre que vasallo de un pariente obscuro. No temo sino por vuestra persona; pero velaré, con la ayuda de mi patrón San Marcos.

TRINCAVEL

¡Ah, los negocios! ¡Quién pudiera evitármelos por una noche! ¿He de oir siempre esos nombres que turban mis alegrías? Las fiebres del amor me devoran con sus angustias y sus delicias; pienso que Yolanda me vengará de Berta; y tú me hablas del rey y de los condes... ¡Basta, basta! Te espero, vuelve pronto.

Castrucio penetra en el alguarín del muro: Felipe ocupa el rebanco en que de ordinario se apoyan las guardias.

LOBRATI

El capitán está tranquilo.

CASTRUCIO

Perdonad la burla, noble señor; mañana seréis libre. Oidme aún: obedeced en la

noche órdenes que quizá recibáis; sino, la presencia de Flamenc es un anticipo de sus obras.

GALHAC

Lenguaz protervo; tú me has maleado. Por ti entré en la indigna trama: el remordimiento me impide quejarme. Mas aunque tenga que lazrar como un villano, te maldigo con lo que me resta de caballero. ¿La piel de qué sierpe satánica viste tu alma atramentosa?

CASTRUCIO

¡Pobre, pobre amigo! ¿No dicen que nadie juega mejor que tú a los escaques en estos feudos y reinos? Ante un tablero viviente de títeres de carne y hueso, evoca la alacridad del éxito de tus combinaciones si deseas comprender la mía. Tú eres una torre, y hay caballos y hay alfiles; condes, pecheros, nobles, reyes, van y vienen, retroceden, adelantan, comen y son devorados. ¿Ignoras que los antiguos hacian representar tragedias de la vida de los hombres, manejados por los

dioses y el destino? Imagina la embriaguez de substituirse al destino y a los dioses, y de convertir la ficción en realidad: es profunda, superior, sacratísima. Y no creas que solamente la inteligencia la exalta, anhelando dominar por su poderío: de lo más misterioso del ser nace inconsciente el ansia de destruir, y si un añasco que resulta, colma de alegría el espíritu, el sufrimiento que produce nos trae la voluptuosidad suprema. Vuestra caballería da formas a la locura y yo admiro la razón que huye de la quimera de vuestro ideal insensato; sólo estaré por su fuego cuando lo necesite en mis hornazas. Y si abrumado, dejo mi vida en el engranaje, no me quejaré lastimoso: seré, cual el jugador, que bendice el placer que le llevó la fortuna.

GALHAC

Y asi acabarás, porque hay justicia. Nos enseñan que la Santa Virgen aplastó a la serpiente: teme a las doncellas, malandrín faramallero.

CASTRUCIO

Vine como amigo, me obligas a olvidarlo... Si las doncellas de Tolosa amenazan tan temibles, fácil es buscarles un amador, y adiós angustias: sin virginidad quedarán menos fuertes que un alacrán sin veneno.

GALHAC

Mis brazos pueden estrangularte.

CASTRUCIO

Retrépale, mi Flamenc, y vuélvele al cuello la tralla, como simulacro de la futura fiesta. Tú, Lobrati, ven a organizar la vigilancia.

Ambos salen riéndose. El verdugo queda frente al caballero.

FLAMENC

Felizmente no avanzasteis: desarmado os hubiese muerto como a una raposa. Hablad sin temores: ¿qué pasa?

GALHAC

¿Cómo; traicionándome, queréis ya con-

ducirme al patíbulo? ¡Qué escuela de trapaceros!

FLAMENC

No soy discípulo del ribaldo: soy discípulo de una de sus víctimas. Mis manos pueden impasibles ahorcar un criminal, pero temblarían sobre vuestro cuello de gentilhombre.

GALHAC

He perdido mis cualidades. Encenagado por la ambición injurié vilmente a una mujer, y Dios me hiere con armas impalpables: la amo, la adoro y los celos me martirizan.

FLAMENC

¿Lo que reveláis sobre Yolanda perjudicará a la baronesa Amelot? Responded, os conjuro: ¿cómo dejar la torre para prevenir a Cadoreto?

GALHAC

¿Era del bufón que te llamabas discípulo?

FLAMENC

Me refería a Gásparis, pero con el trovador fraternizamos.

GALHAC

Dile al malsín, que si nadie le aventaja en lengüear, yo más fuerte en cólera, he de dejarle muerto. El vil aborto protegió al amante de mi dama, y ha sido quizá mi espía.

FLAMENC

Cadoreto es, lo que es: un caballero andante, a quien Dios dió su espíritu y los hombres su cuerpo: un poeta de bondad a quien dió Dios un laúd de canto y los hombres un cetro de loco... Si os ha acusado, fué por ayudar a Yolanda. Amándola como decís: ¿por qué os enojáis?; y si él sólo puede salvarla ¿la dejaréis perecer?

GALHAC

Voy a pensarlo. Razón tienes. Te contaré las felonías.

Flamenc

Hablad presto; hay que antainarse; la noche desciende... Se acerca la hora de los pajes y los lobos.

CÉFIRO

CUADRO XIV

En la calleja obscura que va de la vivienda de Galhac al castillo, Cadoreto, guareciéndose bajo los socarrenes, conduce a Amelot de Trincavel: sigilosamente los sigue Pibrac, con los ojos avizores y un puñal en la diestra.

AMELOT, rozando el alfolí del molino de Avar.

Yolanda se aproxima.

CADORETO

No es la hora.

AMELOT

Está a un paso, te digo.

CADORETO, deteniéndose.

Nada se columbra.

AMELOT

¡El reseda, el ámbar, el bálsamo oriental!

Yo escucho lo que nadie oye: yo aspiro lo que nadie siente.

Aparecen cinco bultos: dos soldados, una mujer con un niño y un paje con una antorcha.

MEUNIER

¡Alto ahí!

CADORETO

¡Gente de bien!

MEUNIER

¡Dad calle!

CADORETO

Me robáis la palabra: ¡teneos!; paso a la baronesa.

YOLANDA

¿Cómo? ¿Amelot es esta sombra?

AMELOT

Que vos seáis una sombra para mí, comprendo. ¿Mas la noble Yolanda no ve a la ciega? Yo os conocí desde lejos por el perfume. ¿Qué hacéis en la noche?

YOLANDA

Bella Amelot, al encontraros, lo mismo me pregunto.

AMELOT

Las horas me resultan eternas; y mis ojos, que son los de Cadoreto, prefieren su cuadrante al aire libre. El silencio me cautiva, y como mi torre me sofoca, quizá porque me he criado frente a los mares, salgo a respirar por los merlones de los más altos glacis. Los nocturnos vigías conocen ya al pájaro nictálope o que parece serlo; y si vos me acompañáis iremos hasta las ruinas del anfiteatro.

YOLANDA

No está mi ánimo para evocar espectros antiguos. No hablo desde esta mañana con Felipe; la hora a que me envía un mensaje me inquieta; y lo sabéis, mi sangre no es sangre que se coagula, es sangre que hierve.

AMELOT

La mia, brava, también, es mi fuerza de inválida. Y en su nombre os digo que me podéis acompañar. Vengo del castillo y no hay novedades. Yo os conduciré luego, si Rodolfo os reclama.

YOLANDA, resueltamente.

Soy vuestra, hermosa Amelot.

CÉFIRO

El capitán al confiarme el billete, agregó, que le era necesaria vuestra presencia.

YOLANDA

¿Sin perder un instante?

CÉFIRO

Inmediata.

YOLANDA

Tu opinión me decide al paseo.

CÉFIRO

Las órdenes que debo cumplir yo mismo, tienen que obedecerse.

AMELOT

¿Aun contra la voluntad de la mujer de Trincavel?

CÉFIRO

Aun contra vuestra voluntad, señora: un paje es ya un soldado.

CADORETO

¡Hola! ¡Hola! ¿Os llaman Céfiro, o sois vuestro hermano Eolo? Dificil resulta distinguir en la noche, lo que no se ve ni en pleno día.

CÉFIRO

Tenéis razón, no se me ve, ni tampoco veo las instrucciones que me dan, las ejecuto.

CADORETO

Señoras y señores, torres que nos escucháis, estrellas que nos alumbráis, no lo dudéis: este céfiro es viento de borrasca. Mas vuélvete a tu antro, a no ser que ligero y festivo quieras sernos útil y delicioso.

CÉFIRO

Soldados, haced calle... Madama Yolanda, seguidnos...

YOLANDA, arrancándose el cinturón.

A mis brazos, dulce criatura. (Le envuelve violentamente el cuello, mientras Cadoreto hiere a uno de los alguaciles.)

CADORETO

Pibrac, acudid a madama Amelot, ponedla fuera... Ríndete, barrachel, o seguirás al camarada.

MEUNIER, desenvainando.

Malsín de la tierra, juglar de los cielos, bufón de los diablos ¿de qué fragua salió tu estoque?... A la rodilla no deseo matarte... El ángulo te protege; cuidado con la cantonada... Giro sin que me envuelvas; la mía es flamberga, la tuya es tizona, las hojas se valen... Me deslizo por tu hierro; maese Oth, te lo haría levantar así... Paff, final zabullida...

Cadoreto se flanquea rápido, y lo recibe en la daga.

CADORETO

La luz era pésima, mas tu voz de gascón me ha servido... Señores míos: si las heridas no son graves, volved a las respectivas zahurdas. El efebo de la antorcha acompañará al paje del cíngulo; y oye, tú, mi alado doncel... Felipe no espera a Yolanda; Trincavel la aguarda en el castillo; y como Castrucio me adora, le dirás de mi parte esta canción:

Buscó el Céfiro volante
Dulce esencia vaporosa,
Sobre el tallo verdegueante
De una rosa,
Y al besar la flor radiante
Se le volvió mariposa.

Clamó el Céfiro volante:
" En el ala primorosa,
Hallaré el perfume errante
De la rosa ";
Y a su vez en flor fragante
Se tornó la mariposa.

Vuelve Céfiro volante
Sin perfume hasta tu fosa,

Hay un genio susurrante
Que a la rosa,
Siempre salva cual amante,
Pues es flor y mariposa.

CÉFIRO

Por ti quizá voy a la muerte; mas tu canción será tu última burla.

CADORETO

Si no sirvieses a los tunantes, me llamarías tu compañero.

CÉFIRO, corriendo con el otro niño.

Guárdate tu amistad para los brujos.

CADORETO

La serpiente hechiza a los pájaros... Pibrac, vé al convento con madama Yolanda; yo dejaré a la baronesa en la torre del Mayor. Si el vigía de San Martín os grita el alto, recordad el pase: "Pozo abierto."

AMELOT

Noble señora, pedid refugio en el claustro. Pibrac os dará explicaciones.

YOLANDA

Gracias, mi bella.

AMELOT

Adiós, hermosa.

CADORETO, tomando la mano de su ama.

Por aquí, por aquí.

AMELOT, siguiéndole.

¡Cuán horrible es un combate sin ver! En el choque de las espadas tiene el acero amigo un chasqueo singular: se le reconoce y salta el corazón... En nuestra sombría caverna se cruzan las dos hojas con los zig-zags de un relámpago: los centellazos ofuscan cual si no fueseis ciega; os convertís en la tormenta que los vierte; los ecos se multiplican, rebotan, ensordecen; y una eternidad pasa en un minuto... ¡Cuán horrible es un combate sin ver!

CADORETO

¿Y creéis que nosotros vemos, señora?

Dos hombres se buscan, meten mano, se persiguen, se estoquean, quieren matarse; la vida, el mundo, el orbe, todo se reduce a sus espadas. Alzáis los ojos excandecentes, trinando con el coraje, y os sorprende el indiferentismo sereno de las estrellas... Para no haceros preguntas os ponéis a cantar... He ahí la torre de la Charpentière: responded al grito.

EL CENTINELA

¿Quién va?

AMELOT

¡Pozo abierto!

EL CENTINELA

Seguid.

CADORETO

Un poco más y llegamos. Adelante.

EL VIGÍA, **desgañitándose en una barbacana.**

¡Hú con gú!; son las dos,
Dormid bien, vela Dios.

EL ANILLO

CUADRO XV

El huerto del verdugo en las ruinas de un antiguo oratorio. Crecen los jaramagos en las agrijas de la piedra; al pie del cerco los algortos forman casi un bardal; y dos olivos elevan sus copas. Entre sierpes verdeantes de legumbres, los melones de agua esparcen sus fragancias. Aun reina la sombra, pero el alba camina, dejando caer en el antelucano un frescor friolento. Flamenc, que empuña un mandoble, sale de la habitación y observa con curiosidad a lo alto del muro.

FLAMENC

No me he engañado; alguien me visita, y no para escamujar mis olivos...

Un hombre, sirviéndose de las ramas, se arroja a la tierra.

CADORETO

¡Flamenc, Flamenc, silencio!

FLAMENC

¿Cómo? ¿Eres tú? ¿Te has hecho mal?

CADORETO

Los males se han quedado en otras partes; he aquí el resumen: dos brutos heridos; Yolanda en su refugio; Amelot en su lecho. Después la consecuencia: reveo a Pibrac, me voy a mi torre y escapo a lo de Flamenc... Ahora, no perdamos un minuto. Detén al tío Pegnoit que abastece la Catedral; yo le cuidé cuando la peste y me afecciona. Pasa por aquí con su chirrión, es menester que me oculte entre sus adrales y las verduras. Maese Delvair me asilará en el campanario. ¡Qué noche!, Flamenc, ¡qué noche! Me partí por la poterna, que no conocen los actuales mesnaderos.

FLAMENC

Cuéntame todo.

CADORETO

Una vez en la Vade oí pasos quedos y

voces ahogadas. Como diera el ¡quién vive! me contestaron que estaba preso. Por el efecto de los retumbos que conoces, las voces me llegaban claras: comprendí que preparaban una hoguera. ¡Ah! cómo huir; aunque no guardasen la salida subterránea, era menester pasarles por los ojos. Entonces me puse a cantar:

Llamadme faramallero
Malditos, soy un lucero
Sobre la torre de Amor:
El bufón no es prisionero
Porque es alado cantor.

La vil caterva me responde entre risotadas: "cantor, cantor". Yo prosigo:

El bufón tiene una espada
Bien templada
Sobre el yunque de la rima;
Valiente trepa a la cima,
Y el laúd lanza el fulgor
Del acero:
El bufón no es prisionero
Porque es alado cantor.

Los diabólicos sayones replican siempre con el refrán y amontonan leñas y trapos.

¿Estará en la banda, Lobrati, que conoce la mina desde la muerte del maestro? Pienso en todo, pero canto sin cejar:

El bufón celebra el viaje
Hacia la luz del abismo;
Vibra el alma en el cordaje
De su rabel de heroísmo;
Y acá en la torre de Amor
La Muerte dice al lucero:
El bufón no es prisionero
Porque es alado cantor.

Entonces crepita el fogonazo griego; y se inflaman las ramazones; y estopas ardientes caen por mis buheras; todo lo que añasqué en mis correrías de juglar se enciende; me siento perdido entre dos avances, y envuelto en un brial de anascote y tocándome con un barbute, penetro entre las llamas. La truhanería me zahiere desde las saeteras, mas se oye un estruendo; estallan las retortas de Gásparis; y los mandrias gritando: ¡el brujo! ¡el brujo! huyen despavoridos. Creen, sin duda, que el astrólogo cultivaba hígados de camaleón para atraer el rayo, como los Hechiceros Tronadores. La

desbandada me da un respiro; el ardor chamusca ya la nervura de los códices; arrojo a la hoguera con el barbute y el brial el esqueleto de estudio que Cleón ocultaba tras la colaña; y desciendo por las mazmorras. Tuve que nadar hacia la torre de Peyre, donde vive Loynez, el caballero de Aelis: éste sabe ya que pasaré por muerto, y escapando por su puerta, heme aquí vivo. Sólo pude salvar mi amuleto, es decir, la sortija de la condesa Roger.

FLAMENC

¡De la condesa Roger!

CADORETO

¿Por qué no?... Estando ya muy enferma, la augusta señora me hizo llamar a su lecho. Mi madre me condujo y ella exclamó: "Sé que eres una joven cigarra. No quiero morirme sin oirte". Acudí varias mañanas a cantarle mis canciones; y poco antes de cerrar los ojos para siempre, me regaló una sortija.

FLAMENC

¿Y al dártela no te dijo nada?

CADORETO

Me dijo con solemnidad: "Conserva este recuerdo eternamente: no lo uses, guárdalo, y que sirva de talismán a tu casa."

Desde entonces, ¡cuán pesada fué la cadena de las horas para el trovador malhadado!

FLAMENC

Muéstrame el anillo.

CADORETO, sonriendo al observarle absorto.

Me haces pensar en un judío de Tolosa. Aunque me moría de hambre no se lo quise vender, y aquel truhán palidecía como los diamantes a la vista de los rubíes. Tú también has palidecido. Te lo ofrecería, puesto que te deslumbra; pero siendo de una agonizante es para mí una reliquia.

FLAMENC

Te equivocas: he palidecido evocando ingratas tareas. Pedrerías de ese fulgor vi

en dos gentileshombres del conde Roger, muy cerca de mis manos por cierto... Dime, amigo, ¿cómo era tu madre?

CADORETO

Vaya una pregunta, Flamenc. Tú la conociste como yo; era para mí, buena, puesto que era mi madre; y el respeto borró sus culpas de mi memoria.

FLAMENC

Cuando tú llegaste a Carcasona, ¿de dónde venías?

CADORETO

Del aduar, donde me criaba con los otros gitanos. Entre aquellas gentes, expulsadas a causa de sus robos y homicidios, mi madre se salvó por su ánimo generoso; había evitado más de una vez desmanes, los condes no lo ignoraban y ella se quedó en los alijares... ¡Cuánto mejor nos hubiese sido acabar entonces!... ¿Pero, por qué miento? Hoy, a pesar de la amargura, la muerte se me presenta con otra cara... Su podredumbre es resurrección; y resu-

citar hermosamente el único gran fin de la existencia... ¡Podredumbre, siendo descarnadura, tú encarnas la esperanza de los contrahechos y la justicia de los desvalidos! ¡Ah, Flamenc! contemplo tu rostro asombrado, y puesto que me escuchas sin comprender, óyeme: la más esplendorosa doncella y el más opulento señor, rematan en la hoyanca como el bufón y el verdugo. Si el sueño de una noche, aun diseñándote un ángel de luz entre nubes de oro, te llena los ojos de lagañas, ¡qué mucho que el sueño de siglos entre las sombras de la muerte, te inunde el cuerpo de gusanos!... Mas después, en lugar de la mortaja que se arroja, se luce la vestidura que se conquista... Oigo las ruedas del chirrión; detén, amigo, al otro amigo; y dile lo que de él se espera... (Flamenc sale del jardín.) Amelot, Amelot, señora de mis pensamientos, tú, más que el áspero brial, me preservaste de las llamas. No todo se ha perdido, y a mi vez he de salvarte abriéndole los ojos a Trincavel, restituyéndole a tus brazos, y volviéndote la ventura. Una cosa me angustia: no saber la exacta verdad sobre el buen

Ormes... He aquí la luz del nuevo día; la noche tambaleante se refugia en los abismos; las trompetas anuncian el relevo de las guardias y la muerte de las sombras... ¿Qué acérrimos azares me están ya esperando en la torre cerca del cielo? La ley humana es bajar, quizá porque la divina es subir. ¡Felices los pájaros! Iluminadas por el sol o ensombrecidas por sus tormentas, las nubes son siempre iguales; mas ellos son diferentes. Si la noche crea al buho, el alba crea a la alondra. (El espacio vibra rasgándose como con el cierre de un trémulo abanico.) Hermana, me oístes, ¡bravo!; por sobre los olivos, y los torreones, y las almenas, húndete en la inmensidad... (Canta.)

Alondra de los trigales
Y las albas provenzales:
Tu ruidoso
Grito alado, es voz del día,
Relámpago de alegría
Misterioso.

Anhela tu son divino
La claridad por camino
De sus vuelos;

Y es ruta a tu flecha ardiente
Todo el aire transparente
De los cielos.

¡Alondra de mi alma, sube,
Un manto pide al querube
Virginal;
Y con júbilo sonoro
Presta azul reflejo al oro
Del trigal!

FLAMENC, visiblemente acongojado.

¿Cómo? ¿te dejé hablando de la muerte y ahora cantas?

CADORETO

A la espera del alba inmarcesible, no hay rumores en el sueño secular del sepulcro; mas en el pasajero de una noche se canta, y yo canto: es mi manera de lavarme con rocío...

FLAMENC

Eternal cigarra, el tío Pegniot tiene todo arreglado.

CADORETO

Piensa en la cara del canónigo Colomiez

cuando se alcen las lechugas; en el asombro de maese Delvair cuando se desmoronen las judías; en el grito del pertiguero Juan, cuando se estremezcan las remolachas... Cantemos para evitar los olores de la túnica de hortalizas:

¡Alondra de mi alma, sube,
Un manto pide al querube
Virginal;
Y con júbilo sonoro
Presta azul reflejo al oro
Del trigal!

FLAMENC, mirando a Cadoreto, que se aleja.

Es mi hijo, ¡silencio! ¡Silencio, sí!; no aumentemos el torcedor de su amargura. Mi temible nombre hiela hasta la risa de los bufones... ¿Más, cómo la sangre no borboritó en mis venas? ¿Dónde se ocultó la ley del presentimiento? Cuando Gásparis me hablaba de la similitud de los horóscopos, ¡cómo no respondía el latir de mi corazón! ¿Será verdad que los astros dormidos saben más que nuestros ojos despabilados? ¿Si las bestias se reco-

nocen por el instinto, es posible que a los hombres la inteligencia les haga menos sagaz el sentimiento?... ¡Tumulto de memorias de las pedrerías; chispear de flechas calenturientas; rayos llenos de sangre; rayos llenos de lágrimas; cómo me habéis martirizado entre los diamantes y los rubíes!... Yo no dudaba de la muerte de la criatura. Mas si la condesa pudo recibir el anillo como don de Virginia, y más tarde regalarlo, no es menos cierto que las fechas coinciden y que mi mente se extravía. ¡Silencio; debo guardar el silencio! ¡Ah! cuesta perder a un hijo cuando es débil retoño: ¿, cómo renunciarlo cuando es fuerte báculo?... ¡Pobre Cadoreto!; he ahí el golpe final de tu destino; serás mísera víctima del verdugo: para otros cuellos el hacha de mis manos, para el tuyo basta un grito de mis entrañas. ¡Que nadie lo lance! Silencio!... Armonioso trovador, malandante gárgola, feo y bello, villano y noble: tu rostro refleja la fealdad de mis mentiras y la expresión de mi culpa, y en tu alma se encienden la excelsitud de mi amor y la pu-

reza de mi arrepentimiento... ¿Murió o no murió el niño? ¿Adónde tender la mirada? ¿La frescura de qué río de compasión podria calmar la candencia de mi fiebre?... Ya estará Cadoreto en la cúspide de San Nazario: el humilde bufón es para mí el ser más grande; la cima de la Catedral suspende su verdadero nido: ¡ah! si la Virgen de las bondades le dijese allí mi nombre, y él desde la gloria de esa altura bajase hasta el fondo de mi miseria... ¡Silencio, silencio!...

Se desploma cual no queriéndose oir; pidiendo al olvido, paz, en una desolación de muerte.

EL SUEÑO DE CADORETO

CUADRO XVI

La Catedral amortaja en su noche, vidrieras, ojivas, columnas, altares, nichos, estatuas, sepulcros. La más serena de las calmas se tiende por la nave, como un vasto sueño. Desde el órgano, que se antoja un monte con su bosque dormido, derrámase el silencio, produciendo la sombra. Sombra fantasmagórica hecha de luces y de colores muertos, sombra que asila un alma anhelante de resurrección, sombra que va a disolver su cuerpo flúido en triunfal transparencia. Silencio hecho de las plegarias desvanecidas y de los himnos evaporados, silencio que redujo al dolor, que envolvió a la amargura y que alimenta en su seno la voz infatigable de la esperanza. Todo reposa, esperando la aurora, para afrontar las confesiones, las miserias, las congojas, las inquietudes de un nuevo día. Al pie del monte, como un ermitaño en su caverna, lejos de su vida real, duerme el bufón en el mundo de las ficciones. Duerme y ve que la única lámpara que arde junto al santuario del Sacramento, echa destellos sobre una caja mortuoria. Después el cuadro se le transfigura.

CADORETO, soñando.

Las fajas del sol se tiñen en las imágenes de las vidrieras. Las campanillas tañen y un árbol gigantesco de invisible cristal vibra con raíces y ramas armoniosas... Adelantan los ciriales palidecientes en el desborde de la plena claridad... Las capas y casullas se animan rojas, tocando las dalmáticas y sobrepellices blancas. Hermoso brilla el fuego. Hermosa brilla la nieve. Tienen el mismo ardor porque derraman la misma gloria. ¡Ah, las coronas del martirio sobre las sacrosantas canas!... El palio llega y deslumbra. Llueven torrentes de rosas: las cortan manos de luz en fantástico jardín etéreo. Las reciben criaturas con guirnaldas de azahares, seres inmaculados de una primavera de albores. ¡Silencio!: la Hostia resplandece; y bajo los airones blancos del dosel, entre las manos níveas del pontífice, es la luna mística en el sol de la Custodia. Caed, ¡oh fieles, ante los astros! Allí están el reflejo de la melancolía y el hálito de la esperanza: el sepulcro de Dios se vuelve

cuna de la vida: la tristeza pálida evapórase en júbilo ardoroso... ¡Prostérnate, multitud! ¡Jesús pasa, Jesús vence, Jesús impera! ¡Cantad, hijos del Amor; cantad hermanos de la Amargura; cantad al través de vuestros llantos! ¡Ah, que tiemblen las lágrimas sobre las armónicas flores, ya vendrán los rayos que secan las gotas produciendo los iris! Cantad, criaturas. El himno repercute en las trompetas de oro, y los turíbulos mecen el incienso en los vasos de plata... La espiral del perfume se funde con los acordes y una paloma vuela. No trae al Arca de salvación el ramo de oliva, sino en su pico la plenitud del Espíritu: es la imagen del Paracleto... Cascadas de rosas, centelleantes iris, divinos cantos, humanas oraciones, volutas de incienso, realidad presente, ensueño infinito, todo se ofrece a sus alas... Vuela, asciende, alma mía, sé el corazón de su sangre, vive de su blancura, y perdida de amor, desmáyate en la nube de sus nimbos, con la ebriedad del sol y el vértigo del aroma...

SAN PEDRO, desde la columna en que está soliviantado, como Elias en el Tabor.

Retorna a la Tierra, Cadoreto: saluda las llaves de mi Empíreo, mas no olvides mi espada de Getsemaní. Tu existencia militante debe hallar en la contienda las savias de su pujanza; y en la mente la brújula de sus combates. Con hierro de acción corta rosas en el jardín del ensueño; perfuma tu hierro en los pétalos y lidia como hombre, recordando que Cristo enseñó a los saduceos que resucitarás como ángel.

SAN JUAN, desde la vidriera de los Evangelistas.

Yo expliqué al Mundo la Encarnación del Verbo; y añadí, de cómo los que le reconocen, son Hijos de Dios, libres de la voluntad y del querer humanos, por el triunfo de la Gracia. Mas hice tronar también la voz del Apocalipsis: Cadoreto, singla hasta mi roca, y entre las formidables visiones pide a las garras de mi águila la posesión de un relámpago.

SAN MARCOS

Después de estampar las parábolas de

la voz divina nos encontramos aquí silenciosos: permanecemos mudos por el temor de disminuir sus ecos. ¡Que las crines de mi león te sean semejantes a la piedra de Bethel! Duérmete y sube por la escala de oro, mira la rasgadura de los cielos y marcha como Jacob: pero no olvides la palabra de Abraham y no quieras poseer como propio ese mundo que visitas como peregrino.

SAN LUCAS

Mi Toro te prestará su fuerza.

SAN MATEO

Mi Ángel te prestará su dulzura.

CADORETO

Voces milagrosas, insólitas voces, voces estupendas, aun habito el valle de lágrimas, y no ha sonado mi hora de resurrección: quiero defender con mi espada la Catedral que construyo con mi canto.

MARTA, desde los vidrios del ábside.

Ven, Cadoreto, ayúdame a servir al Maestro.

MARÍA MAGDALENA

Ven, Cadoreto, y échate como yo a sus plantas para oirle.

CADORETO

Marta, Marta, ya le quité el calzado y le ungí la frente y dispuse la herradura de los triclinios; déjame ascender a la torre, donde en el bronce sueña la parte de María.

DAVID, dominando las esculturas del coro.

Refiéreme lo que es tu laúd, y cómo se entona en el pesebre, entre las oraciones de los humildes, un villancico al Lucero de mi casa; y yo te enseñaré los secretos de la voz que hace palidecer a los profetas, que da frescuras a las fuentes, que armoniza los susurros de los cedros, que arroja una ciudad al mar como una guija a un charco, que destruye los valles sin que se encuentren los montes, que espanta y conforta a las naciones, a las tribus y a todos los moradores de la Tierra.

UN CORO DE MONJES

Cadoreto, estoquea al lobo que apetece mis entrañas... Cadoreto, sofáldame la capucha que ciega mis ojos... Cadoreto, toma la cruz de púrpura y marchemos a la cruzada... Cadoreto, defiéndeme del monstruo que sacude su crin de pedrerías para devorarme entre chispazos... ¡Cadoreto!... ¡Cadoreto!... ¡Cadoreto!...

UN CABALLERO, desde su tumba.

Cuéntame bufón: ¿qué acaece en la Provenza? ¿Monfort ha vuelto de sus expediciones? ¿Responden los españoles a los países del Mediodía? ¿Reyertan decididamente el rey de Francia y el duque de Borgoña? ¿Qué se trama en el Langüedoc? ¿Tenéis viento helado de las cimas o el siroco os envuelve en sus tibiezas? ¡Ah!, caliéntame las plantas: el sueño, que nos impide sentir los tumultos, no nos evita la algidez entumeciente.

Cadoreto oye la baraúnda despampanante de gritos que lo interrogan, y despepitándose alza el

acento, cuando invisible monte despeña un torrente de claridad que inunda la nave arrebatando barcas en su curso de prodigio.

Los Viajeros

Diles que se detengan, bufón compasivo; canta como Orfeo, trovador armonioso; petrifica con tu laúd los navíos del espanto. Tenemos anclas, tenemos cadenas, y al echarlas al agua borboritante, se funden como de plomo... Cadoreto, Cadoreto, no hay voces que respondan a nuestras voces, ni manos que se ocupen de nuestras manos... El fúnebre capitán ríe sarcástico; su timón es la llave de los abismos... El torrente veloz se va a los mares sin riberas, y de allí no se vuelve nunca, nunca... ¿Por qué en los países que cruzamos no hay orillas con árboles ni con hombres? Sólo el rebalaje exhala rumores en sus movimientos; y su luz le sirve para medir la profundidad yerma de las sombras... ¡Oh! que arriben las barcas al puerto de los profetas y saluden a las costas de los santos.. El río, corre, corre, corre, adiós Cadoreto...

SAN JUAN

Inútiles clamores; la avalancha seguirá su curso: vivientes fuera del Espíritu y suprimidos en la culpa, resucitaron en un dolor eterno. A veces otros viajeros cruzan por esta nave. En el manantial que los arrastra encuentran las savias de su gozo, y en su gozo se expande la esperanza; y con el recuerdo del Cordero cantan lo de Moisés en mi cántico: "Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso: justas y verdaderas son tus sendas, Rey de los siglos."

LOS ÁNGELES, desde la pila bautismal.

Cadoreto, di a la hermana corretora que aun muerta sea como fué viva; que no olvide que tocaba el órgano entre las tinieblas. Por sus armonías olvidábamos las amarguras de los hombres; y nos volvíamos de luz, pues era nuestro espíritu en pleno mundo, rayo de la Jerusalén beatífica.

CADORETO

Sombras confusas que no llegáis a ilu-

minaros... Voces que no sonáis del todo retumbantes... Dejad tronos y escabeles, hornacinas y escapos, vidrieras y sepulcros; enardeceos, volad, subid a la espelunca del monte dormido. ¡Oh! Rey de los Salmos; ¡oh! lírico profeta, tañe tus arpas, y engloba a los vientos de Dios en los tubos del milagro sonoro. Entonces las estatuas y las imágenes, en la transparencia de los cristales y en la oquedad de los nichos, vibrarán con tanta lumbre y vigor tanto, que en los pámpanos de los capiteles vendimiarán las uvas de la Canaán prometida.

SAN JUAN

No has menester las arpas; no has menester el órgano; no has menester los coros. La belleza de la Catedral ilumina tu mente, y la Catedral se confunde con el alma cuando el cuerpo del hombre es templo del Dios vivo.

CADORETO, deslumbrado ante un desfile.

He aquí la procesión de la Cena, de la misteriosa Cena. Tocas de espuma, túni-

cas albas, alharemes de lino... Son las vestiduras de los Ancianos y de los Mártires, que las lavaron con sus propias tribulaciones; las ropas de aquellos que no tendrán ni hambre, ni sed, porque lloraron en fuentes, que si recogen las lágrimas en sus brillos las secan para la eternidad en los ojos... Y esparcen las blancuras, vírgenes que vienen entre las Marías de los áureos oriflamas... En el centro, la más joven, presenta sobre los tules el ígneo corazón de una rosa. Los clerizontes balancean los incensarios entre ardientes blandones de las doncellas; y aforrados en añales copos, los niños adoran al eucarístico Cordero... El séquito se mueve; roza el ataúd propincuo al altar, y en el altar una palmera dorada ostenta cirios en vez de dátiles. ¡Extraña visión de Oriente!... Los árboles que amó Jesús, en inmortal apoteosis oredecen sus savias, y el mélico susurro de sus brisas de Nazaret se vuelve mutismo de gloria ante el Dios inmolado... La criatura, entre las vírgenes, recibe un rayo solar: el corazón de la rosa de fuego, que

concentra el fulgor del astro, es llama de perfume. De los carbones rojos ascienden nubes blancas... ¿Qué sutiles voces armoniza la comulgante en coro de alas, de tules y de pétalos?

El Incienso

Soy como el humo del Pan divino. ¡Aleluya! Pulquérrimo soy como la mente de la doncella. ¡Aleluya! Me desvanezco inmaculado como su plegaria. ¡Aleluya!

El Velo

Soy ligero como la nube del incienso. ¡Aleluya! Blanco soy como la cándida puericia de la doncella. ¡Aleluya! No me desvanezco y floto en torno de su frente. ¡Aleluya!

El Rayo de Sol

Ígneo soy como el fervor de su espíritu. ¡Aleluya! Vibro con los transportes de su fe. ¡Aleluya! Arrebolo su corazón en la rosa. ¡Aleluya!

La Rosa

Hija de los vergeles de Dios, moriré con-

tenta sobre el almo pecho de quien es su templo vivo. ¡Aleluya! ¡Aleluya!

LA DONCELLA

Ya me siento digna de llegar al ataúd de la hermana seráfica... Velo de tules, espiral de incienso, rayo de sol, rosa de llama, venid con vuestros matices y vuestros perfumes hasta su faz de lirios, hasta sus manos de alabastro.

CADORETO

La virgen ora; la virgen toca a la muerta; la virgen se desvanece con su séquito como nube humana de la mente divina. ¡Oh, milagro de los milagros!: la flor cadavérica se yergue y caen sobre su belleza los rocíos de la Gracia.

SOR MARGARITA, incorporándose en el ataúd.

¿En dónde están los celajes del Tabor que me transfiguran? ¿En dónde, la que era templo de Dios; la que me ha tocado en nombre del Cordero; la emperatriz de absoluta pureza, que manaba la suprema efica-

cia de la Eucaristia?... Se evaporó la procesión resucitándome en el Mundo, y volviendo visible mi espíritu ausente... ¡Oh, vida pecadora! te agitas de nuevo entre los sepulcros, entre las columnas, bajo las vidrieras, bajo las estatuas. Dedos míos, estremeced como antes el teclado: que la entonadera dé a las trompas los vientos y las brisas... Óigase el himno de las nupcias del Príncipe Cristo con la Ciudad de los cielos; refulja la Jerusalén mística en la Catedral terrena; y los cilicios que rompen las carnes vibren con acentos de ramas jubilosas. Tened, manos mías, el fervor de Cananea, la pureza de Marta, el amor de Magdalena; y abrid las cataratas del canto sobre los silencios del éxtasis...

El espectro de la monja halla inspiración en las Vivientes Piedras, y se sacuden retumbantes las trompetas de oro. Vidrios, estatuas, tapices, ojivas, sepulcros, sienten el huracán de sonoras lenguas, y la lluvia de los acordes y el estallido de los ecos. Translúcidas escalas unen el Cielo con la Tierra; las manos armoniosas son las alas vibrantes de un éter de cristal; y blancas como las hostias, resplandecen como la luna. La adoración de las Dominaciones, la reverencia de las Potestades,

los laudes de los Arcángeles, los transportes de los Serafines, repercuten en el Hosanna. La Catedral se transparenta en sus aparejos, se espiritualiza en sus brillazones: las estatuas de los fustes y de los coros, de las hornacinas y los altares, contemplan a las imágenes de los vidrios, donde fáculas desprendidas de los astros, incendian ropas y rostros. Los arpegios inflaman a los matices, los matices se transfiguran en arpegios; la ráfaga de armonía se expande en la luz que la prolonga exhalándose como alma de las notas muertas. Y el resplandor intenso en que la savia musical circula como su fuego escapado de las infinitas fuentes, derrama el arrobo en sus cantos y enajena con sus colores. Brilla en el verdor de los jaspes el recuerdo de la fe humana; el zafiro alegoriza la belleza del corazón de los simples; el crisólito arde como fragua de la cordura en el nimbo de la gracia septiforme; la calcedonia de llama y sombra descubre la virtud oculta de los fieles en las tinieblas; la esmeralda despide las claridades de la compasión; la sardónica impone la púrpura del martirio; el topacio proclama en su áureo gris la inmutable solidez contemplativa; el berilo, que evoca el sol bajo del agua, figura el seráfico reposo de la paz suprema; el jacinto de azul extraño habla del espíritu de mística discreción; la crisoprasa vierte el anhelo de la caridad absoluta que el mal no vence; los cabrilleos

de oro, las centellas ferales, los destellos violetas, alaban en las amatistas los humildes corazones sacrificándose a Cristo; y la lumbrada esplendente de las piedras preciosas no ha menester sol ni luna, no da simples reflejos de la Jerusalén, es la Jerusalén del Apocalipsis, la Jerusalén serafica, rutilante cual el himno de Marbode corporizado, que en la Catedral no pide puerta a los siglos porque no tendrá noche en los tiempos.

LAS ESTATUAS

La mano de Dios la desciende, compuesta para su Esposo, como una novia engalanada.

SAN JUAN

En su centro nace el árbol de la vida que echa en cada mes su fruto sanando a las gentes.

LAS ESTATUAS

Bienaventurados los que moran, Señor, en tu Casa. Te alabarán por los siglos de los siglos.

LOS SANTOS, en los cristales.

¡Bendito sea el nombre del Señor! Su gloria llena los Cielos y la Tierra!

San Juan

Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero y se tienden bajo el árbol de la vida. A su sombra alienta Dios entre los hombres, y no hay maldición, ni muerte, ni llanto, ni alarido, porque las cosas de antes son pasadas.

Las Estatuas

¡Hosanna! en la Iglesia militante.

Los Santos

¡Hosanna! en la Iglesia triunfante.

El canto victorioso del órgano se transforma en brisa de oración. Y las manos, que blancas como las hostias resplandecen como la luna, convierten misericordiosas las vibrantes alas del éter de cristal, a los dolores del hombre. Las notas ansían ser dulces bálsamos, mas levantan quejumbrosos ecos. Expándese el rumor de invisibles espíritus que buscan en los acordes para perfumarse, el plantel de la esperanza. La Catedral palidece y sus últimas piedras preciosas se apagan en divinos murmurios volantes en las moribundas chispas. Retumba un lamento prolongado: falanges de esqueletos se mueven en la circum-

circa del Libro de los Siete Sellos, final despojo de la visión evaporada. Estallan golpes disciplinantes; crujen cilicios; revientan imprecaciones; los ayes se acrecen en el gorigori lúgubre; y las tinieblas se erizan con el viento de los clamores.

LOS MUERTOS

¡Oh, Dios! tened piedad de nosotros. ¡Oh, Cristo! compadeceos de nosotros. ¡Oh, Dios! apiadaos de nosotros. ¡Oh, Cristo! oidnos. ¡Oh, Cristo! escuchadnos.

SAN JUAN

No rompisteis la red del mal en su amplitud; pero la expiación os salvará de la segunda muerte.

LOS SANTOS

¡Esperanza, arrepentimiento, penitencia!

LOS ÁNGELES DE LA PILA

¡Miserere, Señor! ¡Miserere!... ¡Misericordia, Padre! ¡Misericordia!... Que el Mundo con sus plegarias los redima de sus culpas; que la Comunión de los Santos les abrevie sus congojas... Arrancad, Señor, luz de la ceniza

de sus corazones; no les eternicéis en el suplicio y rápida corra la arena del Tiempo en sus vasos de amargura... Libradles de los signos de la Bestia; brillen los muros de jaspe y alumbren las torres de cristal...

El órgano difunde entre los lamentos la plegaria de los ángeles; y un rocío de frescura suaviza la borrasca calenturienta. Las notas encienden sobre el altar un nimbo de apoteosis y la imagen del Cordero, cual si la luna le formara el corazón, despide gloriosos rayos por las blancuras pascuales.

UNA VOZ

¡Yo soy la Vida, la Verdad, el Camino!

LOS MUERTOS, prosternándose.

Abominamos al oirte los falaces resplandores que alejándose de tu cumbre son cenizas sobre sombras... Tú eres, sacrosanto Cordero, el Alfa y el Omega, el principio y el fin; la puerta de la Jerusalén, el alma de la Catedral y el espíritu del Mundo.

CADORETO

¿Por qué lloráis, ángeles de piedra?

LOS ÁNGELES

Las notas de sor Margarita nos transfiguran y pensamos en nuestro reino; el amor nos consuela sin curarnos de la nostalgia; vivimos lejos del Empíreo para ayudar a los hombres.

Las angélicas lágrimas caen en las aguas de la alberca, donde muere el último canto, como bendición armoniosa.

MAESE DELVAIR, penetrando en la entonadera.

Cadoreto, ¡gran vilordo!; ¿te dejarás entumecer por el sueño? ¿No te despertó la campana de maitines?... La Catedral se abre.

CADORETO, levantándose azorado.

¡La Catedral! ¡El sol! ¡La Jerusalén!

MAESE DELVAIR

No es la Jerusalén: aun estás dormido. Prorrumpe si quieres, que la aurora no ilumina la Catedral, sino que nace en sus colores para derramarse por ciudades y campos.

CADORETO

Di por todo el orbe, di...

MAESE DELVAIR

Que llegan dos cofrades mañaderos: Doumege y Broul. Mas mira, también gente de calidad; he ahí a madama Amelot y a su doncella.

AELIS, colocando en la Pila la diestra de su señora.

Tomad el agua.

AMELOT, persignándose.

Y sea en su intención, hasta la señal de la cruz. Vendremos, temprano siempre, a rogar por su alma, ya que encontraron sus huesos purificación en la hoguera y reposo en el crimen.

CADORETO, no pudiendo contenerse.

¡Señora, señora mía!

ROGELIA, mirando a los balaústres.

¡Dios de mis mayores!

AMELOT, restregándose los ojos, conmovida, acezosa, sin saber si es verdad o alucinación y espantada ante la idea de un espectro.

¡Esa voz, esa voz!

MAESE DELVAIR

Silencio, no te descubras: no te pierdas.

CADORETO, inclinándose más.

¡Señora mía!

AMELOT, dando un grito.

¡Veo, veo!

CADORETO, retrepándose violento.

¡Decir que tal milagro es mi muerte!

AMELOT

¡Veo, veo!... ¡El agua! ¡El agua bendita!

CADORETO, ocultándose del todo.

¡Las lágrimas de los ángeles! ¡Las lágrimas de los ángeles!

EL FILTRO

CUADRO XVII

En la torre del Mayor. De las huchas abiertas escapan briales de todos los colores. Sobre las ménsulas lucen vasos y joyas; en los almadraques mantelos y cinturas; jirones de hiedra, salvajes jaramagos, rimeros de serpol, cubren los escabeles; el retrete de entrapada purpúrea está lleno de flores, y el lecho de cedro obscuro sonríe con sus rosas y sus margaritas a los escudos heráldicos y a los tapices saumuranos. Amelot, después de contemplar el cielo, los baluartes y los horizontes, ha querido ver todo eso en su aposento, ávida de seguir mirando los atavíos de los campos y la galanía de los jardines, la gracia de sus cosas familiares y la pompa de sus vestiduras de fiesta.

CASTRUCIO

Por lo que vuestra señoría me dice, pienso, que en vez de adquirir los ojos ha perdido la razón.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Se asegura que es un milagro del agua bendita. Aun un placer que debo al bergante de Cadoreto, a quien tanto protegí: Amelot iba a rezar por su alma.

CASTRUCIO

¿La habéis saludado ya?

TRINCAVEL

La primera de mis contradicciones es el temor que las mujeres me inspiran. Me burlé de mi esposa porque no me miraba; hoy, la temo.

CASTRUCIO

¡Que sea precisamente lo contrario! Llegó el gran momento: la baronesa no ve, se encuentra loca; fácil nos será probar que siempre lo fué, y el Sumo Pontífice en casos tales disuelve los matrimonios. Además, sor Berta no ha hecho sus últimos votos; el priorato le vino por su linaje; y libre del compromiso aceptará la boda... Abandona-

remos a su insoportable hermana, y volveréis a vuestra pasión verdadera.

TRINCAVEL

Tú discutes, peroras, conciertas; y olvidas que el menor guijarro real rompe esos foles y nos deja sin música. Desde que la abadesa encandeció mi sangre, todo me resulta al revés y me estrello en todo.

CASTRUCIO

El león de Rodolfo de Trincavel, que guinda un yunque entre dos halcones, debe de leer en buenos caracteres góticos esta divisa: "Todo es posible". No existe arma que no podáis forjar en semejante yunque; ni vínculo que no podáis romper; ni corazón que no podáis herir... Oigo voces.

TRINCAVEL

Se acerca Amelot... Ven; tornaremos luego.

CASTRUCIO, al médico Renaudin.

¿Has preparado el jarabe? ¿Lo crees infalible?

RENAUDIN

Como la luna sobre el mar, pero para lo contrario. La calma descenderá a su espíritu: si entonces ve, fuera de la exaltación, no lo dudéis, está curada; sino ejerce influencia, no lo dudéis tampoco, está realmente loca.

TRINCAVEL

Llega; Castrucio, vámonos.

CASTRUCIO

Os sigo. (En voz baja al médico). ¿Pusisteis la gota?

RENAUDIN

Nada temáis; pero no olvidéis el precio.

AELIS, entrando.

Rodolfo de Trincavel se aleja como un malhechor.

AMELOT

Me teme; y, ¡oh miseria!, su rostro después de tantos años no me inspira curiosidad... ¿Cómo, cómo librarme de la visión absurda?

AGLANTINA

Vuestra agitación os martiriza. Debéis de acallar los pensamientos para poder dormir. Semejante riolada en un solo día va a extenuaros. Cerraremos las lumbreras, reposad, señora.

AELIS

Porque os amamos os lo pedimos.

AMELOT

Decidme que no es cierto; que maese Pibrac, exagerando al esculpir su gárgola, adulteró al hombre. Y de todas maneras le veré hoy mismo.

AGLANTINA

El pueblo cree que entre las materias maravillosas de Gásparis quedó reducido a esqueleto. Con sólo advertir que la torre lo oculta, expondréis su vida.

AELIS

Y él no querrá encontraros. ¡Pobre gárgola doliente! Oyó vuestra exclamación retrepándose. La ansiedad del milagro le fué

menos poderosa que el movimiento de su instinto.

AMELOT

Aun siento el golpe de la borrasca; su voz, hablándome en la tiniebla; la impresión de un frío álgido como si un muerto me tocase; y un espasmo de agonía de todo el cuerpo y de toda el alma evaporándose en la repentina visión de los ojos... La masa de sombra nerviosa se había agitado como para producir aquella claridad, que luego, llenando el vacío y mezclándose a la emoción, me penetraba calenturienta. Pasó el viento, arrancó los sones, se fué al espacio, y vibra siempre el cristal sacudido... ¿Es posible que todo sea bello menos la verdadera hermosura? ¿De qué me sirven los ojos, si con su luz de ahora, no se posan en lo que fué su consuelo de antes? No, ¡mentira!; maldigo la mentira para que se desvanezca...

AELIS

Las campanas no tienen la elegancia de las ánforas y entre las obras de la Tierra

dan una nota del Cielo: a los ruiseñores no los embelleció el Señor y son sus cantos más diamantinos: recordad la trova favorita de Cadoreto, la que repite con melancólica altivez y fiero orgullo.

AMELOT

El peñón es monstruoso,
El peñón es horrible;
Es nido inaccesible
Del águila y el oso.

El peregrino viejo,
Sediento y moribundo,
Es extraño reflejo
De hogueras de otro mundo.

¿Quién calma al peregrino
Oyendo su oración?...
El hilo cristalino,
La fuente del peñón.

Cierro los ojos y oigo su dulce acento. Las armonías de luz de mi sombra se me transforman en las tinieblas de mi luz presente. Todo es *júbilo* físico y todo moral amargura. Tengo alta fiebre y profunda heladez. He vuelto a recrearme en el Mundo para

morir en calma, sin llorar al dejarlo... Torres que escaló el guerrero de mis amores, rudos arneses, penachos airosos, espumantes alfanas, bélicas trompetas: para resucitar en mi atramentosa gruta elegisteis un día de sol; arde en mi tumulto la sangre de mis abuelos, y el conquistador huye de mi vista como de su conciencia. ¡Adiós, entusiasmo!... Sutiles alharemes, irisados briales, sedas y jametes, cíngulos y joyas, atavíos de mi juventud, gracias del aire primaveral, que disteis fuerza a las espadas hirientes y acento a las violas suspirantes; ya me lanzo tras el mantenedor sin reproche, como la brisa sobre el carmen que la perfuma; y vuestros iris se funden en la nieve de mi sudario, porque si hay bellezas en vuestras galas no hay ilusión en mis ojos... Rosas, ¡pobres rosas!, rosas que cubrís mis paramentos después de cubrir las ruzafas de la realidad y los parques de mi fantasía; humildes flores de los campos, que por celebrar mi gozo sonreís a los adustos tapices, delicadas hijas pródigas que me pedís perdón por haber lucido durante

mi ceguera; mariposas gláciles, que giráis en mi torno cual encontrando vuestra antigua lámpara: vosotras destelláis, perfumáis, voláis, y el rocío que os ofrezco no es gloria del alba, es llanto de dolor que no hallará en la melancolía el consuelo de la amargura... Cruces de los Calvarios, enhiestas, enormes, que reflejabais en vuestra soledad augusta la aurora del sepulcro, victorioso por vacío: os acabo de saludar con una esperanza, que es fulgor, por el contraste de los corazones de ceniza y de las almas de tiniebla... Sol de los montes, de los cielos, de las armonías de matices, de las transparencias de las aguas, te busqué en los adarves por ver la lumbre en su fuente, y caí de rodillas; y ahora pienso que no eres mi astro, que mi horóscopo lo dijo, que debo esperar la sombra y amortajarme en la luna para morir en la noche...

AELIS

Señora, mi señora, por favor, silencio. He aquí otra faz amable, he aquí otra voz amiga.

AMELOT, cerrando los ojos.

La de Gisela... Alegre Gisela, ven a mis brazos.

GISELA, precipitándose.

Que simpaticéis con vuestra esclava; que miréis en mi rostro la ternura de mi corazón...

AELIS, observándola.

Corazón... Ternura... Dejad eso... ¡Cómo eres de hermosa! ¡Cómo eres de hermosa!

AGLANTINA

Princesa mía, ¿no teméis encelarme?

AMELOT

Acércate... Así, las dos rivales juntas. Tu pelo de azabache aprisiona en sus redes una noche perfumada: el rútilo de Aglantina se burla de las panojas, es más viviente que el oro. ¡Pensar que no distinguí entre vosotras el alba, de la tarde, ni aun teniendo el mediodía en mi dulce Aelis!... Todo resplandece por el Mundo, menos lo que fué mi belleza... Estáis en la verdad;

no le veré, no debo verle. ¡Brille su acento sin torpe encarnadura! ¡Envuélvame la sombra y nazcan del peñón las transparencias del canto! Gisela, Aelis, Aglantina, amad a Germa, a Dorade, a Loynez; amad y apresuraos, el tiempo se esfuma. Yo amé también y me amaron: no es la mujer inmortal primavera: la primavera es la inmortal, y nos deshoja, para que otras ramas pimpollezcan con el fulgor que nos quita...

GISELA

No comprendo: ¿qué sucede? Mi corazón, latiendo, me impulsaba con alas de júbilo.

AMELOT

Tu corazón debe mirarme como espada caída en la reyerta: sólo su sangre dice que tuvo un dueño.

El paje de Castrucio, ligero y sonriente, se presenta sin hacer ruido.

CÉFIRO

Señora baronesa, me llaman Céfiro, y hoy soy céfiro de alegría. Vengo como heraldo;

os traigo los votos de amor y de obediencia de los que exultan con el prodigio de esta mañana. Monseñor de Trincavel, que me sigue, os congratulará entre sus gentileshombres. A la bella Amelot: ¡salud y gloria!

AMELOT

Desgraciada criatura, si es la primera vez que te veo no es la primera vez que te oigo. Dile a tu amo, que completa su hipocresía vil, al anunciarse con tu acento inocente.

CASTRUCIO, capitaneando a los caballeros.

Vuestra última palabra me duele, señora. ¿No podré asociarme al regocijo de la corte?

AMELOT

Enmascarado, acércate: la maldad tiene horror de sí misma y se disfraza: tu careta ríe como una flor en la horca...

CASTRUCIO

Señores: la baronesa, como siempre, me ha conocido por la voz. Está más ciega que

nunca. Me ve realmente en su exaltación, con una carátula sobre el rostro.

AMELOT

¡Villano, maldito seas!

CASTRUCIO

Respondedme con serenidad: ¿el temor de los fantasmas cuando se llora a los muertos, no perturba a los ánimos más robustos? ¿Me comprendéis? Prosigo. En caso de distinguir a los vivientes, ¿no habríais reparado ya en vuestro noble esposo?

AMELOT

Me embargó la ira. (Dirigiéndose a los caballeros). ¡Que avance en su niebla lo que debió ser sueño de luz de mi sombra! (A Rodolfo de Trincavel). Esa es la boca que me ha mentido; esos los ojos que ferozmente miraban los míos apagados; esos los pies tan ágiles en las sendas adúlteras... Mírame, perjuro, sin temblar. ¡Doncellas: el palacio que dejé lleno de cantos felices, es blanqueada tumba de alientos pútridos!

RODOLFO DE TRINCAVEL

¿Por qué proferir tales horrores?

CASTRUCIO

No creáis que inventa. Así vislumbra al más garrido de los caballeros con su imaginación de loca.

AMELOT

¡Que tu alma en la muerte se amarre a tu cuerpo; que se asfixie en tu hedentina; que se envenene en tu vaho, y sucumba en tu carroña para resucitar en los infiernos!

CASTRUCIO

¿Os quedaréis aún, monseñor? ¿No sentís que la afogara la demencia? Renaudin, dadle su pócima y cantará himnos de amores... Entonces tañeremos el bronce de San Cadoreto, nuevo santo del calendario.

AMELOT

Los repiques serán dobles fúnebres, sobre todo lo que agoniza en Carcasona. ¡Y bas-

ta! Salid de mi cámara, incendiarios de torres, ladrones de mujeres, asesinos de calleja, maleantes de la niñez, abortos de la lujuria. Corred a vuestros antros en reata pestilente; tú, Rodolfo de Trincavel, el primero, sigue a tu rabadán, sigue a tu amo, sigue a tu rey, sigue a Castrucio.

TRINCAVEL

Señora mía, bella reina, no desechéis el consejo: aceptad el calmante... ¿Si realmente véis, por qué entornáis los ojos?

AMELOT

Los cierro, para oir mejor.

LOS GENTILESHOMBRES, en voz baja.

¡Pobre loca! ¡Pobre loca!

AMELOT, con violencia.

¿Qué decís, bellacos?

CASTRUCIO

Convenceos, señores, en su oído está la luz.

AGLANTINA

Mi princesa, tomad el elixir.

AELIS

Después hablaréis tranquila hasta confundirlos.

RENAUDIN, ofreciéndole el brebaje.

Este licor de médico, es caridad de apóstol.

AMELOT

Ea, pasádmelo. Voy a beber a vuestra salud, gentes honestas; a vuestra noble salud, ilustres flores del jardín de la Caballería. Quiero que mis ojos encuentren la razón que a mí me falta y que a vosotros os sobra, la razón con que sondáis el cristalino fondo de vuestra conciencia. Bebo a la luz de las tardes y de las albas, bebo a las margaritas de los campos y a las rosas de los parques (se lleva la copa a los labios): bebo a la luna y al sol, al júbilo de mirar lo que amo, al dolor de ver lo que detesto... Copa que matas las angustias, nervino néctar, nepente

de la serenidad, busca en los fosos, la tiniebla que cubrió mis pupilas... Cae y dile al suelo, que la sombra en mi espíritu fué fecunda como en su entraña. (Arroja el vaso por la saetera). ¿Qué no flotó radiante entre sus obscuros alharemes? ¿Qué no se vestía de gala entre los armoniosos acentos del trovador de mi noche? La majestad de los montes llenos de ilusión, el trigo verde lleno de ilusión, la mariposa dorada llena de ilusión... (Restregándose violentamente los ojos). ¿Ilusión por qué huyes? ¿Por qué pierdes tus alas? ¡Ah! perdóname, oigo tu voz. Sí, señores; sí, honestas gentes; sí, mis doncellas: el peñón es monstruoso, el peñón es horrible, es nido... nido debo cantar; ¿pero qué importa?: ved el hilo, el hilo transparente... El peregrino viene... La hoguera es extraña...

GISELA

¡Señora, señora!

AELIS

Despejad, marchaos: espacio, aire.

AGLANTINA

Nosotros la calmaremos: partid.

RENAUDIN, a Trincavel.

Monseñor, es la crisis; después reinará la calma; retirémonos.

TRINCAVEL

¡Cuánto, cuánto azote! ¡Que los astros cambien sus posiciones, antes que la misma luz del sol no se vuelva fúnebre!

AMELOT

Corre, apresúrate, lambrija del sol fúnebre. ¿No sabéis? Ese gusano que escapó del cadáver de Cadoreto persigue el cuerpo de Yolanda. ¡Pobre Yolanda!; ¿de qué le servirá su hermosura?

CASTRUCIO

Dejemos esta torre de penas.

AMELOT

Huid de Lumenrosa...

Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

Se van; se van los caballeros y se llevan mis ojos. Garridos donceles, mis ojos son de inteligencia, no seáis ingratos, dadme las gracias. ¿No conocéis a Lumenrosa?

Así la armaron con esplendor
Las mismas manos del rey Amor.

AELIS

¿Qué pasa, gran Dios, qué pasa?

GISELA

¿Estáis segura de que veía?

AELIS

Como yo te veo, como tú ves este desastre. ¡Ah! mejor era ciega que demente.

AMELOT

¿Lloras, mi dulce Aelis, lloras?... Llora sobre el órgano de la Catedral: en sus notas divinas vive un bufón de luz... Al árbol le basta sentir el perfume de su flor

para convertirla con placer en fruto: el bufón imita al árbol y no siente sino dolores. Llora sobre las notas divinas del órgano de la Catedral... El mismo azahar de la luna, la flor de melancolía, aroma tan deliciosamente, que la rama se llena de sol; y sol hay en la naranja de oro del azahar de la luna. Y Cadoreto, que no tuvo el bálsamo del fecundo consuelo, fué como la flor de melancolía: llora, mi dulce Aelis, llora sobre el órgano de la Catedral... Llora sobre estas margaritas... Las lágrimas les darán más luz... Llora sobre estas mariposas, y así con las alas pesadas dejarán de volar... Besa la sombra de esas alas, si lo puedes, en el tapiz... La sombra, el perfume, el vuelo, todo eso es verdad: la mujer, la mariposa, la flor, todo eso es mentira. Cree en los silfos, en las ninfas, en las hadas; son como la sombra, el perfume y el vuelo. No creas en Gisela, no creas en Aglantina, no creas en mí, somos como la mujer, la flor y la mariposa... No escuches tu voz alegre, tu misma voz te miente: los labios son los espectros de los amores en herida san-

grienta de verdadero dolor. No creas en el árbol que miras: cree en el viento, que no vemos y que lo deshoja; y no creas en las hojas de la rama despojada; sólo el otoño es verdad. (Dejándose caer en el lecho de las rosas y las margaritas). Las flores me engañan con sus matices, y mi cansancio es real. (Cerrando los ojos y adormeciéndose.) Lloremos, mis doncellas, sobre Fernando, sobre Ruadel, sobre todos los amantes: no existieron y merecen dolor; lloremos como las nubes, que lloran sin sufrir: las lágrimas son mentira, pero la ilusión de la amargura es verdad...

AELIS, arreglándole la toca.

Verdad es también, Nuestro Señor, que compasivo baja a sus ojos en el sueño.

CONJURACIÓN

CUADRO XVIII

Torre de Baltasar. En las panoplias de maese Oth tambalean las lumbres de las antorchas. Las curvas ojivales, sin adornos, dibújanse como ágiles nervios de la pesante bóveda que cae sobre piedras amarillentas incrustadas en escalfados muros. En un ángulo de la tarbea lucha San Jorge con el dragón, clavándole una lanza, tan fundida a las fauces, que parece su lengua. La imagen de atezado roble, con capacete que sólo deja ver sus ojos de vidrio, aumenta con un gorjal hirsuto la ásperedumbre de su barba monstruosa. Un grupo de gentileshombres juega a los dados, a los naipes, a los escaques, a la andarraya: de pronto sobreviene Austorc de Gontaud, el rostro acedo, el paso sigiloso, contando con la vista a sus amigos.

AUSTORC DE GONTAUD

Señores, ¿estáis todos? Maese Oth os ha reunido para una partida de armas, sea. Mas debéis de imaginar que mientras os

divertís, no me interesa saber quién traspinta más hábilmente, ni cuál albaneguero tiene mejor dado.

CAVAYER DE SEYRE

Te esperábamos, Austorc: habla.

FERNANDO DE LOYNEZ

Nuestras espadas te escucharán con más avidez que nuestros oídos.

AUSTORC DE GONTAUD

No sé si en otros países alientan aún las leyes de la caballería; pero sé que en Carcasona han muerto. Los sueños heroicos de la idea huyen ante los apetitos reales; los juramentos pierden su valor; la felonía no es crimen; atacar a los vencidos resulta virtud de estado; servir a las mujeres significa deshonrarlas; proteger a los débiles, oprimirlos; y respiramos una atmósfera escisial de infames monipodios. Mi esfuerzo se ha quebrado en las pasiones satánicas de mi tío. Quitándome, sin que yo lo supiese, la senescalía, por circunstancias que ahora no ignoráis, precipitó al pobre Fe-

lipe en un vil añasco. Iván de Acuña, que se dejó también alucinar por las andrómi-nas de Castrucio, acaba de partir indomable y furioso. Él contará a Raimundo que yo soy el rebelde, pues por lealtad a Rodolfo no he querido delatarlo. Esto se lo dije a mi tío, que me responde resolviendo su boda. El Santo Padre lo ayudará si prueba que la locura de Amelot data de antiguos días. Y casado con sor Berta intimidará a Raimundo, pues se aliará mayormente al conde de Tolosa. Y hay más, señores. El jarabe que bebió la baronesa contenía un veneno. El autor del filtro era Gásparis; Castrucio se lo robó y de ahí el asesinato del astrólogo. Y no es esto todo. Cadoreto no ha muerto, Cadoreto vive. El padre Colo-miez, por intermedio de Flamenc, después de oir a nuestro amigo nos comunica la revela-ción de la tropelía. ¿Debemos o no vengar a los débiles y defender a las mujeres?

PEDRO DE LA DORADE

Tal cosa no se discute: sepamos las sendas.

MAESE OTH

Ilustres caballeros, permitidme un momento. Yo os perfeccioné en el arte de las armas, pero vosotros me enseñasteis su espíritu. La limpieza, que da esplendor, más que en combatir el moho, está en reflejar lo justo. Un remordimiento me devora: sin querer, asistí al sacrificio de Gásparis, y tuve la flaqueza de no delatar el crimen. Hoy ansiando ser útil a Cadoreto me pongo a vuestras órdenes.

AUSTORC DE GONTAUD

Se te necesitará de aquí a un instante... Ni Berta ni Yolanda, señores, quieren permanecer en Carcasona. Repito lo que se me confía: dejarán a media noche el porche: el bufón las conducirá, nosotros las tomaremos. Cavayer, Loynez y Dorade las protegerán hasta Tolosa. Para salir por la puerta del Aude, Cadoreto pactará con dos guardias de su aparcería: es casi seguro que haremos todo sin baraúnda. En cuanto a ti, Germa, acompañarás al canónigo Colo-

miez a Roma. La abadesa no renuncia a sus monjiles, y añadirá un mensaje sobre Amelot y Gásparis. Oid, por fin. Creen, sor Berta y Cadoreto, que el senescal Ormes, nos espera en las mazmorras de Castrucio. Su muerte, tal como se contaba, es fábula, y el malandrín del malcaso debe guardarle, anquiseco y trasijado, en camino de no dejar a los gusanos más herencia que sus huesos. Los que aquí quedamos, en compañía de los cofrades de la Cisterna, moveremos a los burgueses: se impone que Rodolfo lo saque de su prisión y vuelva Carcasona al rey de Francia. Se impone alzar el pensamiento a lo alto: refieren los peregrinos que un avance mogólico hará aún más precaria la situación de la Tierra Santa. Por sobre todas las cosas evoquemos la veneranda tumba: sólo el soberano Luis puede ayudar al Sumo Pontífice. Declarémonos sus vasallos por amor de Cristo; ábranse en nuestros huertos las azucenas de Clovis; y vibren los aceros con el ansia de cortar laureles en el jar-

dín cuyo nombre es armonía de los divinos olivares.

LOS CABALLEROS

¡Getsemaní!, ¡Getsemaní!

AUSTORC DE GONTAUD

Para tan nobles fines empecemos por proteger a la inocencia. Partámonos sin tumulto. Vestid el farseto y la cota; disimulaos en los anjeos; y a la hora en el porche. Saludad al patrón, y en marcha.

Los caballeros presentan las espadas a la hirsuta imagen de San Jorge.

FERNANDO DE LOYNEZ

Cavayer, es inútil preguntarte de quién llevarás los colores.

CAVAYER DE SEYRE

No te ocupes de los míos: me basta saber cuáles son los tuyos. Aelis tendría igual certidumbre. Tú, Dorade, no olvidarás los de Gisela; como Ruadel los de Aglantina. Seréis los caballeros de las tres

cristianas Gracias... Austorc, levanta tú, los de la desventurada Venus.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Pobre hermosa tia! ¡Los ánimos más esforzados desfallecen ante su angustia!

FERNANDO DE LOYNEZ

¿Y nadie puede tomar los colores de sor Berta?

PEDRO DE LA DORADE

Pertenecen a su Invisible Prometido.

AUSTORC DE GONTAUD

Separémonos pronunciando ese nombre, del tres veces santo caballero Jesús.

CAVAYER DE SEYRE

¡Ah! caigan de nuestros escarpes los frágiles acicates de vil tumbaga!

GERMA DE RUADEL

¡Sí! ¡Luzcamos en su esplendor las firmes espuelas de oro!

ASONADA

CUADRO XIX

Confusamente se diseña en la noche la mole de San Nazario. Los muros del convento que dan al anfiteatro, son legiones de sombras que no acaban de despeñarse en ese gran vacío de tinieblas. Las torres de Cahuzac, de Miprade, del Molino, se emburujan como macizos espectros, y en los glacis y en las barbetas, en las barbacanas y en los adarves, reina un silencio que asciende de los fosos a los pináculos, fundiéndose al que las torres atalayeras de Canizou y Cremade recogen a su vez de los campos dormidos.

CASTRUCIO, en una casamata sobre la poterna de San Nazario.

¿Está puesto el rastrillo?

FERRUGIER

Nada temáis.

CASTRUCIO

¿Se han cambiado ya las guardias de las puertas del Aude?

CASTELNAUDARY

Cantacusac, en persona, las relevó.

CASTRUCIO

Y los ángaros ¿se encenderán a tiempo?

FERRUGIER

Como nuestras antorchas: todo será una hoguera.

CASTRUCIO

Y tú, Lobrati, ¿has embolismado con maña a Flamenc? ¿Sabe Colomiez por él lo que yo quería que supiese?

LOBRATI

Exactamente, señor; y más que nunca creo que el verdugo maleante os traiciona en compañía del canónigo bigardo. ¿Os acordáis de la mañana en que visitamos a los cofrades en su huerto? Debimos quemar entonces la tal ringlera de emborronapapeles, rompepiedras y enturbiavidrios. Y, a propósito, no déis crédito a lo que a socapa se murmura sobre el bufón. El tu-

nante se tostó entre los maleficios del brujo, y yo mismo vi su osamenta.

CASTRUCIO

¡Dios de los simples, perdonad la nesciencia de mis escuderos! A otra cosa. Si les ha llegado mi insinuación intentarán la aventura; y si no me equivoco, la gran asonada concluirá en un torpe rifirrafe... Vigilad bien el porche. Pidamos a las sombras y al silencio lo que nos falta de suerte.

CÉFIRO, subiendo rápido a la casamata.

Se acercan dos caballeros envueltos en mantos.

CASTRUCIO

¿Traen capacetes?

CÉFIRO

Y les crujen las cotas.

CASTRUCIO

¿Dirección?

CÉFIRO

Camino de la Cisterna.

CASTRUCIO

¡Loynez y Ruadel! ¡Ah! no sólo vendrán Seyre y Gontaud. ¡Alabado sea mi bosque de picas!

CASTELNAUDARY

Me vuelvo al anfiteatro.

CASTRUCIO

Explicadles aún, que deben dejarlos ganar hasta los alambores; correrse entonces al convento para que nadie se refugie, y embutirlos en un callejón de muerte.

FERRUGIER

¿Sigo al capitán?

CASTRUCIO

Naturalmente, vigila a los tenderos.

LOBRATI

¿Y nosotros?

CASTRUCIO

¡Silencio, mi buen mastín, silencio! ¡Que ni el hálito de tus cándidas fauces haga ruido en tus inocentes labios!... En el corazón libre de miedo reina cobarde inquietud, y es la angustia de no saber: mi sangre hervorosa halla frio en su cauce, y es la angustia de ignorar... ¿Aplastaré a los traidores? ¿Gustaré el divino goce de fundirlos como de cera en el fuego de mis manos? ¿Arrancándoles las pieles vestiré con despojos de realidad los sueños de mi ambición?

Una sombra se mueve al ras de los muros de San Nazario. En el porche del convento otras se agitan. El reloj de la Catedral suena un solo tañido retumbante. El puñetazo de bronce sacude las tinieblas y hiende la noche: se cree que va a responder el lamento del espacio que lo sufre; pero el silencio augusto cae como impalpable manto, y los seres auscultan una voz del destino en la hora nueva.

CADORETO avanza, disimulándose en un sayal de fraile.

Venid, señoras, todos están.

YOLANDA

Hermana, a mi lado.

SOR BERTA

¡Que la santa Virgen nos ayude!

CAVAYER DE SEYRE

Penetrad en el círculo de nuestros aceros: iréis como en una torre que camina.

El golpe de gente armada se dirige sigilosamente a los baluartes de la puerta del Aude. Un silbido violento en el anfiteatro estremece la peldañería: en vuelo de pájaros nocturnos saltan espectros de un volcán en erupción de sombras; y los adarves derraman otras legiones como si rodasen sus piedras; y en los glacis se incendian ángaros y en las vertientes llameantes antorchas.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Por San Jorge! Hacia el callejón; la puerta es nuestra.

CAVAYER DE SEYRE

¡Muro de picas!

AUSTORC DE GONTAUD

Cadoreto, retrocede con las damas.

CADORETO

¡Maldición! ¡Nos han copado!

AUSTORC DE GONTAUD, a la soldadesca.

Teneos: abrid calle.

Los mesnaderos responden avanzando. El combate se traba. Las torres reflejan las lumbreras, pero el callejón profundo permanece en la sombra. Las lanzas irrumpen por todas partes; los aceros se multiplican; el exiguo palenque impide los movimientos. En los adarves los ángaros se transforman en enormes hogueras: los caballeros luchan contra el cerco que no pueden romper, sin pronunciar una palabra, sin proferir un grito: la noche, en lo alto, se tiende hasta la inmensidad dormida, como si le guardase el sueño un encantador impávido de leyendas.

CAVAYER DE SEYRE, batiéndose desesperadamente.

¡Quién fuera rayo, malandrines!

AUSTORC DE GONTAUD, hiriendo a dos soldados.

Por aquí la brecha.

El claro desaparece; y el bufón, con golpes hendientes de hacha evita que se cierre sobre el capitán: Germa de Ruadel, desde el otro flanco, llama a los caballeros.

PEDRO DE LA DORADE, siguiéndole.

Inútil esfuerzo: nos arremeteremos mutuamente.

CADORETO

Acudid a las mujeres y pasádmelas.

Dice, y de un salto se encarama por los rebancos rompiendo los cristales de las hornacinas.

FERRUGIER, desde el grupo de las antorchas.

¡Un fraile, un fraile! ¡Ved otra sombra! ¡Disparad las ballestas!

Los dardos silbadores se clavan en los muros torales. Las antorchas los alumbran; y sor Berta, izada, se desploma herida.

AUSTORC DE GONTAUD

Escalad el ajarafe; caed sobre los tederos; y nos protegerá la tiniebla.

YOLANDA

¡Rendíos! ¡Todo es inútil! ¡Cómo abrir la maraña de picas!

CADORETO

Sube, sube, arroja tu sayal, espectro del otro mundo. Difunde el horror que paraliza a la canalla. Sacuda Carcasona su confiado dormir y vea entre el asesinato de sus mujeres, la muerte de la ley de la caballería... ¡Santa Cecilia, canta, canta! Ábrase estrepitosamente la monstruosa flor del crimen en la noche infernal. Sube, sube. ¡Santa Cecilia, canta, canta! ¡Ah! que mis votos en el bronce retumben en clamores bélicos, en ayes de espanto, en gritos de maldición... ¡Santa Cecilia, canta, canta!...

Por botareles y arbotantes llega a la torre, libre del sayal y la capucha, tómase de la cuerda, balanceándose como ave lúgubre entre las gárgolas fantásticas; y acusado por el destellar de los flameros, lanza en el lago tranquilo de los aires el son del bronce como guija de tormenta.

LOS SOLDADOS, retrocediendo.

¡El alma de Cadoreto! ¡El espectro entre las llamas! ¡Torna, torna a tus mansiones!

CASTRUCIO, con voz tonante, mientras los conjurados rompen las filas desconcertadas.

Imbéciles mandrias, está vivo en la mansión que yo le diera. Jamás murió. Arrojadle vuestros dardos; trepad a la torre, y traédmele prisionero.

Nuevos combatientes se tiran del ajarafe y cercan la retirada; Castrucio desciende al divisar los clerizontes, que acuden con el obispo.

MONSEÑOR RADULPHE

En el nombre de todos los santos, acallad vuestras reyertas.

CASTRUCIO

Rendíos, y se os respetará; Capitán de Castelnaudary: recibid sus armas.

MONSEÑOR RADULPHE

¿Qué significa este toque de arrebato? ¿Por qué impedir el sueño de las gentes de paz? ¿Es posible que vuestro Pastor agonizante salga de su lecho para calmar furores de asonadía? Volved, volved a vuestros hogares; y descienda el Ángel del

Perdón, sobre desórdenes que merecen castigos. ¡Mas, qué veo, sor Berta desangrándose y madama Yolanda costernada!

YOLANDA

Reverendísimo señor, el son os ha traído para que absolváis a vuestra hija.

La campana deja de tañer. El barrachel y sus alguaciles, suben a la torre. Castelnaudary avanza hacia los caballeros.

AUSTORC DE GONTAUD

Disponed de mi persona; pero ¿dónde está Castrucio? Quiero repetir a ese jaque de gorrinera, que ofreció no tocar a los conjurados.

CASTELNAUDARY

Soy yo quien os toma, noble señor.

AUSTORC DE GONTAUD

Estáis al servicio de los criminales; pero ereis en verdad caballero.

CASTELNAUDARY

Estoy aquí por orden del barón de Trincavel; y no admito resplandinas de un rebelde.

MONSEÑOR RADULPHE, dominando el tumulto.

Silencio, hijos míos; silencio. Sor Berta de la Cruz ha pasado a mejor vida... ¡Espíritu de lumbre que trasciendes las estrellas, reconcilia a tus matadores con la divina misericordia! Caballeros, soldados, convecinos: las fuerzas abandonan mi corazón paternal, ¿y no teméis herirme? Vuestras voces de cólera me clavan aceros de angustia; ¿y no os importa torturar mi agonía con manchas de sangre? Oid el último consejo de vuestro Pastor: pensad en el rey de Francia, y corred al Santo Sepulcro: que los ojos de mis fieles hallen en sus piedras el principio de la escala del cielo.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Que vuestra Grandeza nos bendiga!

MONSEÑOR RADULPHE

¡Ah! quien me hiciere la gracia de bendeciros aún entre las armonías del órgano y las nubes del incienso... Sea, pues, en la noche borrascosa de errores, deseándoos para siempre un sol fraternal y límpido. (Todos se prosternan con silencio profundo). En el nombre del Padre... (La voz expira y el prelado se desmaya en brazos de sus acólitos.)

LA MUERTE DE FLAMENC

CUADRO XX

Los torreones de la puerta Narbonense donde están los prisioneros. Formidables masas grises, sin más luz que la luz de sus saeteras, cercan las protuberancias angulares de revellines y alambores. En el centro un fastigio piramidal dominando cúspides cónicas sirve de nudo a los murallones, mientras un túnel gótico, horadándolos, remata en la puerta, coronada por una Virgen entre candiles. En el adarve circular almenado, la herradura propincua al puente levadizo, resuena sobre los fosos de agua, con el trajín de los mesnaderos.

CASTRUCIO

Lo que os dije, es la verdad: dejadme hacer, noble señor. El bufón recibirá merecido castigo. Que vuestra cólera no se abata, subid a la torre de los caballeros: Castelnaudary y el barrachel conducirán a Felipe... Os dejo, voy a sentenciar al más ducho zascandil que hayan nutrido las alhóndigas de Carcasona.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Ve en paz. Mi cólera no necesita de acicate. Sólo la idea de que son rebeldes esos hijos de mi fortuna, me afogara hasta mostrármelos en una visión de sangre.

Castrucio se dirige a la torre de Cadoreto. En un ángulo de la tarbea, Flamenc, expirante, gime sobre su zarzo: el bufón se agita como un león embravecido.

CADORETO, deteniéndose ante Castrucio.

Los ecos en esta torre se confunden como las rosas y las cicutas de un herpil inconsciente. Creí en los pasos de Colomiez y me encuentro con los tuyos.

CASTRUCIO

Se acabaron, mi buen bufón, las fiestas que te permitían insultarme. Tus palabras ni me tocan ni me llegan: oye una sola mía, breve como un zigzag, restallante como un látigo. Flamenc, víctima de tus añagazas, agoniza envenenado: traicionó por seguirte, luego te debe la muerte. No borbotes, y escúchame hasta el fin.

FLAMENC, divagando.

Traedme el horóscopo. ¿Por qué no viene Gásparis?

CADORETO, a Castrucio.

Hablas entre los espectros de tus víctimas.

CASTRUCIO

Di, de la razón de estado.

CADORETO

La habrá, cuando Ormes, si vive, te dé una regencia: hoy eres el rabadán de un hato de asesinos.

CASTRUCIO

¿Olvidas que estoy entre mis guardias? ¿Quieres, al momento, abrazarte con el sepulcral en el sepulcro? ¿No sabes que ya el diablo se ha encargado de mullir tu lecho en las tinieblas?

CADORETO

Ni te temí, ni te temo. Habla: ¿por qué has venido?

CASTRUCIO

Para decirte que eres el heredero del verdugo, y que conquistaste su oficio con tus intrigas.

CADORETO

No habiendo fatalidad de nacimiento, hay libertad de elección, y puedes imaginar mi respuesta.

CASTRUCIO, dirigiéndose a los guardias.

Gran preboste, venid. Esta misma noche, cumpliréis las órdenes de Rodolfo de Trincavel. El bufón, a quien por engaño llamáis Cadoreto, es el único hijo de Flamenc, maestro de altas obras.

CADORETO

¡Embudista trapacero, mientes!

CASTRUCIO

Respeta la agonía de tu padre: tu acento de rebelión lo infama. Como no volverá en su acuerdo, y la justicia es la justicia, te explicaré a la ligera la historia de tu anillo.

Un gentilhombre, condenado por fementido en las épocas de Roger, regaló la joya a tu abuelo para agradecerle un servicio póstumo. Flamenc, más tarde, tuvo en Narbona una triste aventura con una dama de la condesa. Ella ignoraba el nombre de su amante, pero recibió la sortija con el encargo de pasársela a su hijo. Así, el conde, que sabía la historia del padre de Flamenc con su vasallo rebelde, descubrió la culpa del nuevo verdugo. Tu madre, después de parirte, murió al conocer su doble vergüenza; y a ti te entregaron a la gitana. Ahora comprenderás porque a tu nodriza se la respetó en la expulsión de sus compañeros; y porque Ormes y el obispo, conociendo la tragedia, te consideraban un tanto. Flamenc nunca se dió cuenta de que Roger estaba en su secreto; y la condesa misma, entregándote la joya, debió de pedirte que la ocultases... Gran preboste saludad al hijo del verdugo, que es, a partir de hoy, el maestro de altas obras. No te enfurruñes, Cadoreto: te estrenarás con hermosísima pieza. No

caerá en tus brazos Amelot; pero te ofreceremos a Yolanda.

El trovador, echándose sobre Castrucio, lo toma del cuello intentando estrangularle; mas los guardias lo oprimen hasta vencerle, y las tralletas le desgarran los puños.

CASTRUCIO, reponiéndose.

Aplaudidle, señores: le inspira el ardiente deseo de ejercitarse. Y a fe que no carece de condiciones: es un maniferro con agilidades de ala. Adiós, amigo: no puedes negar tu estirpe; pero también cuán mal gusto. ¿Por qué dirigirte a un cuervo de mi catadura, cuando te espera el blanco cisne de Yolanda?... Gran preboste, brindadle sus insignias. Los flamantes cascabeles los guardarás, mi alegre bufón: es menos fácil tirar a un cometa una hopalanda roja que un cetro obscuro. Seguidme, señores.

CADORETO

Ríe, ríe, miserable malsín; aun no has triunfado. Las señas que te empurpuran el cuello piden a gritos una daga... Custodiad a un muerto que se ríe.

EL CANÓNIGO COLOMIEZ

Cálmate, mi pobre hijo, cálmate.

CADORETO

¿Cómo; estabais ahí?

COLOMIEZ

Perdido en el muro de carnes y de aceros.

CADORETO

Sois un anciano de Carcasona: ¿creéis que ha dicho verdad?

COLOMIEZ

Si, Cadoreto.

CADORETO

¡Flamenc palideció al mirar el anillo! Y ella; ¿cómo se llamaba mi madre?

COLOMIEZ

Cuando vine a esta diócesis tú estabas ya en poder de la gitana. Monseñor Radulphe podría esclarecerte; mas Su Grandeza, des-

pués del somatén, no ha dejado el lecho y no volverá a levantarse.

FLAMENC

Brisas de los mares, estrellas de Narbona, música de los ministriles, ardientes palabras: ¿por qué huis hacia la amargura? Bebe, Virginia, bebe del manantial y del rio: huye de las olas, no pongas allí tus labios, mi sombra acibaró las aguas...

COLOMIEZ, inclinándose.

Reclínate en mi seno: busca la voz de la divina misericordia.

FLAMENC

La horca cubre el firmamento: decidle que yo no la levanté. Virginia pende del árbol trágico: decidle que yo no le eché el dogal. Habladle de mi inocencia. Los cabellos le caen desordenados, los ojos se le escapan de las órbitas, me grita: "Verdugo" y me maldice... Padre, Padre, Tú que todo lo puedes, líbrame de su visión...

COLOMIEZ

Hermano, la hora del tránsito se acerca. Nadie te persigue. ¡Ah! que no te perturben las imaginaciones de tu delirio. Cadoreto, secará tu sudor: siente sus manos cariñosas; yo voy a absolverte: oye mi acento de ternura.

FLAMENC

El bufón danza delante de la horca; el bufón canta; el bufón ríe; ella le saluda antes de morir: canta, canta, rey del cetro de cascabeles; danza, danza, señor de los pies festivos; ríe, ríe, viento de la risa sin riberas... Bello es danzar, reir, y cantar en un patibulo. Virginia de Cladel te aclama y te envía la rosa de oro desde sus labios pálidos... Bondadosísimo Castrucio, Gásparis era un protervo, y su barba de plata un sudario de la virtud. Danza, danza, bufón; el astrólogo te imita y ríe ante las estrellas. Canta, canta, bufón; las estrellas también se ríen, y las nubes danzan, y los meteoros cantan; las torres de Carcasona tambaleándose de risa

hunden sus ferradas manos en sus pétreos vientres; ríen las flores, cantan los ríos, danzan los árboles; y todo danza, y todo canta, y todo ríe, porque el bufón regocija el expirar de la mártir del verdugo... La Muerte se aleja borrascosa; adiós desdentada. El arenero se ha roto en la crispación de su mano; derrama por los ojos los rubíes ardientes del anillo que le evaporan el llanto, y en los míos las lágrimas congeladas se vuelven diamantes... Y los diamantes danzan y los rubíes cantan: la Parca, furibunda, hace crujir sus huesos, pues ya no inspira pavores; y violenta arroja al viento, la hoz que frenética, ríe entre sus manos. El orbe entero ríe, y su risa cae como lluvia: el firmamento se deshace en risa y el rostro de la agonizante se disuelve riendo a carcajadas... Morid, amor mío, alabando mi nombre; ya véis lo que desde el patíbulo, concierta mi bufón más poderoso que la Muerte: ¡ah! qué importa, que yo sea lo más miserable de la vida!...

El delirante rueda sobre el lecho, agitándose en el abismo de su calentura. Cadoreto, en un rincón, se tapa los oídos huyendo de las visiones. Flamenc se estremece con movimientos espasmódicos; el canónigo habla piadosamente ante sus ojos azorados, y en la boca, que crispan el estertor y el veneno, el espíritu se debate sin poderse partir de la carne martirizada.

CADORETO

Los labios de mi padre, que no me escucha, me enseñan el nombre de una madre que no conocí. ¡Ah, los horóscopos de Gásparis! Tú, que vives entre los astros, ¿no podrás reunirnos en sus mansiones: nunca, nunca?

COLOMIEZ

Prostérnate, Cadoreto. Flamenc se muere. ¡Que tu plegaria se levante menos dolorida que férvida: el pecador ha menester más misericordia que cariño!

EL MANTO DE CAVAYER

CUADRO XXI

En la torre oriental de la puerta Narbonense. Austorc de Gontaud está en medio de los conjurados. Reina entre ellos profundo desaliento; pero todos sienten gozo y esperanza, cuando ven que Trincavel se presenta sin Castrucio.

RODOLFO DE TRINCAVEL

No hay uno aquí que no me deba un favor, y tú, ingrato, tu fortuna.

AUSTORC DE GONTAUD

Mal empezáis, hermoso tío: os debo, ciertamente, favores, mas mi fortuna la debo al apoyo que os prestó mi espada.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Cesen las argucias. Sois rebeldes; mañana abandonaréis la ciudadela; estáis desterrados. Viviré sin vosotros; y sin vues-

tra ayuda me sentiré más fuerte, puesto que con la traición alejaré la desconfianza.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Veinte palabras, que representan veinte errores!

GERMA DE RUADEL

Fuimos siempre fieles: vos, señor, nos habéis abandonado.

AUSTORC DE GONTAUD

¿Recordáis el momento de nuestra llegada? A esa misma hora saldremos de Carcasona. Contemplaremos la pujanza de su castillo como a la caída de aquella tarde. Vos marchabais delante de mí; el viento venía a saludarnos desde las flámulas, y al agitar vuestro airón, agitaba nuestro estandarte. Todos amábamos vuestra nobleza y vuestro heroísmo; vuestros hechos eran nuestra gloria; en la gloria hallábamos fuerza, y en la fuerza orgullo. No el orgullo de la infatuación estéril, sino el

orgullo de los épicos sueños que nos transformaban en hogar de la Caballería, en fundadores de nuevas Órdenes, en paladines del Santo Sepulcro... Los torreones más altos de Carcasona, destacándose sobre los baluartes, se iban de la tierra al cielo. Eran macizas nubes que se entretenían en manchar el azul y en dividir los vientos, enriqueciéndoles los silbos con las voces de sus piedras, al recoger la salvaje armonía de las montañas. La poderosa visión penetraba en nuestros ánimos; nuestros cuerpos se crecían cual los alambores; el fogoso ritmo de la sangre los animaba imitando a las nubes purpurescentes. En la cúspide de la Catedral, sobre el trípode de un esquilón, columbrábamos alucinados a San Jorge, con cota de luz, con escudo de diamante, con espada de relámpago. El capitán de la fe, el paladín caballeresco, dominando los desiertos líbicos, venciendo los dragones de Silena, y señalándonos desde la altura, los mares, nos abría el camino de la esperanza... Porque las cien torres de Carcasona, los adarves y los revellines, los pi-

náculos y las cimas, cobraban en el crepúsculo, fastigio por fastigio, línea por línea, cimiento por cimiento, intensidades esculturales, a que prestaban resplandor las mentes calenturientas. Con ceñuda altivez, con pensativa concentración, el refugio gigantesco del último viso del día, oponiendo sus violentos perfiles, al avance de la noche, se alzaba como el séquito pétreo del Gólgota. Bajo la maciza Jerusalén abría su glorioso vacío la tumba de Arimatea, y nuestras marciales lenguas publicaban idealmente el místico hosanna. La transfigurada visión se hacía tan cierta, que las manos esgrimieron las armas con las crispaciones heroicas de la fe; y ardía en el corazón la sangre dispuesta al sacrificio cual reflejando el altar rojo del horizonte. Vimos en las escalas del asalto las escalas de la ascención de Jacob; las torres bamboleantes de la arremetida sacudieron las torres rigentes de la defensa; desplomáronse los murallones conmoviendo los collados; y entre los torbellinos de las llamas nos prosternamos en el Sepulcro. El llanto de

nuestros ojos lavó el polvo de los caminos, la sangre de los combates, las manchas de las culpas... Vos ya entrabais por las puertas del Aude y por las torres del castillo, como si fuesen las puertas de Jaffa y las torres de David. ¿Cuál de vuestros guerreros no advirtió sobre vuestro casco el ala pura de la divina paloma?... Pero os recibió aquí un hombre, a quien según hoy se dice, debiais la ayuda final de la guerra. En vez de pagarle y apartarle, caísteis en sus satánicas redes. Evocad y maldecid los crímenes que nos desvelan, volved a vuestros amigos, y renunciando a Castrucio, refuljan los mandobles como las conciencias de los caballeros, y con el Rey de Francia corramos a la cruzada. Vos podéis realizar lo que fué la visión de nuestro sueño al subir a Carcasona.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¿Creéis que Luis piensa en tales conquistas cuando se le rebelan los grandes vasallos? ¿Puedo yo ocuparme de su suerte cuando me traicionan los pequeños?

GERMA DE RUADEL

Castrucio, al negociar la entrega de esta plaza, ¿lo hizo matando a Ormes? ¿Ormes consintió en la rendición, suicidándose luego? ¿O en realidad fué secuestrado y vive? En este último caso, tenéis marcada la senda.

RODOLFO DE TRINCAVEL

El senescal pagó con su vida su acto imprudente. No sé qué otra traición concertáis: vine como juez y resulto acusado. ¡Basta!

CAVAYER DE SEYRE

Anhelamos librar a Sión de su cautiverio; y que tú seas nuestro adalid en el vergel de los lises de Francia.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¡Ah! tu voz, mi fiel vasallo. Sólo me faltaba su dulzura. ¡Cuán a tiempo acaricia los infernales oídos que no escucharon tus himnos de miel y tus salmos de penitencia! Te saludo fino sustentante del Amor

Cortés; mas yo he sentido los acentos de Venus. Tú eres un santo y yo un rebelde: los hálitos de la pasión engendran en mi sangre llamas. Por ver los ojos de mi beldad, desafiaría los ojos de las fieras en los desiertos de Hercinia; no me arredrarían las herronadas de los monstruos del Atlante por besar las manos de mi capricho; con tal de arrancarle un suspiro de la boca oiría con placer sobre mi cabeza el trueno del rayo.

AUSTORC DE GONTAUD

¡Mi hermoso tío, silencio!

RODOLFO DE TRINCAVEL

Perseval fué un simple y Galaat un tonto; Tristán un bravo caballero, que supo amar hasta la muerte; Lanceloto, gran señor, cuando desdeñó a las Morganas y persiguió a Genievra. ¿Creéis que el demonio me inspira? No estáis equivocados: su voz subyugante no predica penitencias y me deja mi deleite. Conserva restos de su antiguo imperio desde que puede comuni-

car sus pasiones. No se mostrará duro, imagino, con quien como yo, le obedece. Y en todo caso, sus calderas durante los interminables inviernos, no deben ser tan malas en los helados abismos del sepulcro.

CAVAYER DE SEYRE

¡Contumaz! ¡Blasfemo!

PEDRO DE LA DORADE

¡Penitenciate! Purificate!

AUSTORC DE GONTAUD

¡Desgraciado!

FERNANDO DE LOYNEZ

¡Réprobo!

RODOLFO DE TRINCAVEL

Matasteis a la fuente de mi pasión; pero no habéis muerto mi pasión. Pálida daba mi Berta la idea de la divinidad; y la muerte que le hermoseaba el rostro magnificaba el esplendor de su cuerpo.

GERMA DE RUADEL

¡Ánimas del purgatorio, está poseído!

RODOLFO DE TRINCAVEL

En el incienso de sus funerales sentiré el perfume de sus rosas. Habéis condenado mi alma. No sois mis fieles vasallos; sois mis enemigos protervos. Me perseguiréis hasta en la eternidad: ¡malditos, malditos! Por huir de Berta me precipité sobre Yolanda, y mi ruego fué estéril. Tú, noble Cavayer, ideal gentilhombre, interpusiste tu hipócrita amor y tu casto ardimiento. Pero Amelot era loca, Berta pudo salvarme y la suprimisteis: ¡canallas! ¡que los gusanos de su hermosura muerta os roan el corazón vivo!

AUSTORC DE GONTAUD

Desventurado, tu víctima, que está en el Cielo, ruega por ti, conviértete a su plegaria. Y la desamparada y triste, que sufre en la Tierra, la loca, víctima es también de Castrucio.

RODOLFO DE TRINCAVEL

El odio engendra la calumnia; no la grabes con el punzón en el pedernal: sus chispas te harían arder, malsín nefario... Castrucio ¿llegaste ya? Ven, el momento se acerca. Nadie hable delante del barón de Carcasona, que manda.

LOBRATI

Mi amo espera en el corredor las órdenes de Vuestra Señoría.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Que se presente con el capitán de Galhac... Cavayer, tú has profanado el trasunto de sor Berta, cosa que yo no hice; tú, el amante incorpóreo...

CAVAYER DE SEYRE

¿Qué nueva tropelía preparas?

RODOLFO DE TRINCAVEL

Una que tú puedes aprobar, fiel amigo. (A Castrucio, que trae entre guardias a Felipe). Haced que el capitán avance.

CASTRUCIO

Interrogadle, señor.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¿Consideráis siempre a Yolanda como vuestra mujer ante Dios y los hombres?

FELIPE DE GALHAC

Un juramento me parece innecesario; y la pregunta inútil. ¿Qué ha podido separarme de la dama de mi corazón, es decir, de mi esposa?

CASTRUCIO

La sombra de Cavayer de Seyre.

FELIPE DE GALHAC

El nombre de la dueña del pensamiento va tan escondido en los labios del amador, que no le sorprenden allí ni sus hálitos: yo no puedo convertirme en espía. Los cantos del Fino Amante a su dama asócianse por su pureza, a los himnos a Nuestra Señora: yo no puedo con mi desconfianza enturbiar lo transparente. La discreción

del sentimiento os impone y esas costumbres caballerescas dictan ley: yo no puedo destruir lo aceptado.

CASTRUCIO

La ley de un gentilhombre, por sobre todas las leyes, es no usar de retrechería. Yo acuso a Yolanda de impura y nadie detendrá mi lengua.

FELIPE DE GALHAC

Farfante de villana condición, ¿quién te armó caballero? Vomitas injurias porque no ignoras, mandria vil, que mi estoque no se hundirá en la ciénaga de tu carne. ¡Que Satán te dé el espaldarazo con la horquilla de sus hornos!... Y ahí van adamares de mi esposa como prenda de duelo; recójalos quien la acuse y quiera batirse a lanza y a espada, a pie y a caballo, conmigo, Felipe de Galhac, Señor de la torre de Santonge.

CASTRUCIO

Paje armado por la verdad; inocente criatura, que con la justicia de Dios vue-

las y alzas las máscaras de los traidores, adelanta; di, ¿qué tienes en la mano?

CÉFIRO, saliendo de un solapo del muro.

A un gentilhombre que trovó una noche ante Su Alteza de Tolosa, por orden de mi señor Castrucio, yo le robé esta capa.

FELIPE DE GALHAC

¿Pertenece el manto a nobles hombros?

CAVAYER DE SEYRE

Es mío. Y el paje no miente. ¿Más en qué pudo atacar la virtud de una mujer un trovador callejero?

CASTRUCIO, arrojando la capa a la cabeza del capitán.

El bálsamo de la cómplice te revelará el cinismo de su perfidia.

FELIPE DE GALHAC

¡Manto de traición! ¡Manto de amargura! ¿Cómo te impregnaste del perfume de Yolanda? Ea, trapacero vil, apañador de ajenas honras, si la sangre no se coagula

en el légamo de tu felonía, recoge ese guante. ¡Ya no defiendo, acuso!

CAVAYER DE SEYRE

Tienes en tu diestra mi prenda de honor. Y a pie y a caballo, y con lanza y espada, sostendré la pureza de la víctima de infame añasco. Yo, Cavayer de Seyre, Señor de una tierra de lealtad, donde las cruces no oyen falsos juramentos, arma contra arma me someto al juicio, clamo que no soy su amante, y sé que mi acero justificará mi lengua.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Acudamos a la decisión de Dios.

AUSTORC DE GONTAUD

¿Olvidáis que la causa no resulta suficiente? ¿Que no hay en realidad un crimen?

FELIPE DE GALHAC

Bien se ve que no te toca.

CAVAYER DE SEYRE

La responsabilidad es nuestra.

AUSTORC DE GONTAUD

La pasión os enceguece.

CAVAYER DE SEYRE

¿Qué harías tú en mi caso?

FELIPE DE GALHAC

¿Y mi mancilla no representa nada?

AUSTORC DE GONTAUD

Sin discutir me inclino.

RODOLFO DE TRINCAVEL

Di que te inclinas ante mis órdenes... Compareceréis mañana al pie del puente del Aude. La justicia del Muy Alto favorecerá al caballero de la causa buena con la victoria. Conforme a los usos, como soberano feudal los aplico: si Galhac triunfa, la esposa culpable expiará la muerte de su campeón en la horca. Si Cavayer vence, Yolanda será libre; pero el campeón, jurando, renunciará a la mujer del muerto. La acusada contemplará el juicio al lado del hijo de Flamenc, a quien llamáis Ca-

doreto, novel maestro de altas obras... Vuestra sorpresa recibirá una explicación si os sometéis sin tumulto á mi ley, que es ley en todo. Gentileshombres que me escucháis, asistiréis desarmados al duelo, y de allí partiréis para siempre: Carcasona no puede albergar el deshonor de vuestra rebeldía. Capitán de Castelnaudary, seréis el mariscal del combate judiciario. Que esto acabe mañana mismo, pues la muerte de sor Berta nos amenaza con una reclamación de Tolosa y tenemos que prepararnos para la lucha. Ya véis, señores, si os debo servicios; recomendadme en vuestras oraciones, puesto que, en cambio, me debéis la vida!

EL COMBATE JUDICIARIO

CUADRO XXII

Más allá de los recios arcos del puente y de la esclusa sonorosa del Aude; más allá del verde porráceo de las encinas y del verde claro de los alisos, se tiende la planicie del combate. Por sobre raquíticas higueras y membrillares de enfermizos frutos, colgado de entrapadas carmesíes, se alza un castillejo. En el adarve artificial aparece con sus guardias el barón Rodolfo de Trincavel. A la circumcirca, en los miradores, detrás de los varasetos y entre las colañas, Amelot, sus doncellas, las damas de Carcasona y las damas venidas del feudo, mezclan las pompas de sus briales, la tenuidad de sus alharemes, la gracia de sus escofietas, los adornos de sus cíngulos. En los tablados se amontona la multitud: el villanaje de la ciudad se confunde a las campesinas de zagalejos rojos, a los pastores de pellicos hirsutos, a los alimañeros de las selvas enfundados en sus camelotes de pelo de cabrio. Varios chalanes, en alfaneques de lona, comercian sus cacharros y bujerías; otros, ofrecen viandas y arropes

perfumantes de miel de tomillo; un cantarribera con la mano en la lica, yergue en el puño un halcón en venta; los sumilleres de la charlatanería farsaica pregonan repisos como si fueran néctares, y algunos aluden en sus discursos a los cortes artísticos de las botanas; el hipocrás se brinda en jarras de blanco estaño; el agua fresca en gredosas alcarrazas; los farandules divierten con sus burlas; los juglares con sus trovas; y el buen pueblo se distrae y ríe sin respirar el hálito de la tragedia. En el rompimiento del fondo, sobre enorme basa, erígese la T monstruosa de la horca, con la escalera apoyada en su tronco, y luengos dogales pendientes de los brazos. Y allende, a la distancia, recortándose en la perspectiva del Laric, diséñase magnífica la visión de la ciudadela.

Los riscos de la tallada colina se juntan a los sillares de las fortalezas, y las moles de las fortalezas a los ángulos de los sillares: lo natural y lo fabricado simulan un prodigioso pétreo bosque de las entrañas saxátiles. Los murallones de los cimientos con sus baluartes, las cortinas de las brisuras con sus barbacanas, los caminos de ronda con sus garitas, las torres cilíndricas de conos agudos, las torres paralelogramas de mordicantes almenas, las torres cúbicas de piramidales fastigios se enlazan, se multiplican, se expanden, se concentran, marchando hacia el

castillo armipotente. Allí, sobre los revellines de los alambores, los aparejos de la ciclópea petrificación apoyándose en las roqueñas plantas, cual armaduras de montes en miembros de vertientes, se estiran hasta los campanarios y turban el cielo con el azote de sus banderas. De ese modo bajo los estandartes, las veletas, y las cruces, buscando el castillo y la Catedral, despliegan su desnudez augusta las redes de las murallas con sus nudos de torreones. Semejante a una chamicera sombría de purpurescente brillo; aquí entre amarillosa reverberación de volcánico azufre; allá plasmando cenicientos ceños en las aristas; Carcasona sorprende cincelada por los genios de una nube de tormenta. Y en la tarde de radiosa serenidad, guarda la impresión de la fantástica cuna cual si durmiesen en sus piedras: el relámpago, el trueno, el rayo.

MAESE DELVAIR en el tablado propincuo a la horca.

Es verdad. No sólo los aviesos instintos del veneciano tienen la culpa: Rodolfo de Trincavel está poseído.

MAESE PIBRAC

Las potencias infernales se asilan en su alma.

GALAUT

¿Por qué decís alma? La cosa me parece más simple. El diablo se le andorrea por el cuerpo: libertad sus sentidos y volverá a Dios.

MAESE DELVAIR

Eso oculta el busilis. ¿Con qué almohaza se liberta al hombre de semejante escabro? Creíamos que lo separaban de Yolanda simples fanfurriñas; y ya véis hasta dónde llega en su acerbidad: el odio implacable le brota de la misma fuente.

MAESE PIBRAC

Entretanto, ¡pobre Cadoreto! ¡cuán curioso destino! Mucho de lo que se antojaba insólito en él debe provenir de su madre.

GALAUT

Nuevas e inútiles complicaciones. Es un cristiano: he ahí todo. Yo sé dónde se encuentra su cetro de bufón; yo sé por qué no lo esgrime; yo sé por qué sus cascabeles apagaron sus rumores: preguntad a

nuestra campana si no hay en sus armonías un voto de Cadoreto...

MAESE DELVAIR

Carísimos cofrades, la hora llega.

Se oye el tarará de las trompas en las puertas del Aude. Los chalanes abandonan el tenderío y trepan a la gradería. Un corrincho de cabreros infunde silencio a dos juglares, empeñados en sacar más cobres por sus tenzones de oro. La multitud se empina, se desoja, se impacienta por ver la entrada de los paladines.

PIBRAC

El bravo Oth gesticula: creo que me hace señas.

DELVAIR

Si no me equivoco, te envía a Renata, la nieta del batelero Jerónimo.

PIBRAC

Tú, Doumege, que estás más abajo, ayuda a subir a la rapaza.

DOUMEGE

¿A quién busca la donosita?

RENATA

A maese Pibrac, si usarced lo permite.

DOUMEGE

Muy dificil te será pasar. ¿Te manda Oth?: habla conmigo.

RENATA

¿Cuál es vuestro cargo en la Cisterna?

DOUMEGE

Soy cofrade; tú no lo ignoras, puesto que me has traído flores para dibujos.

RENATA

Dice maese Oth que aprovechando los movimientos de la multitud os acerquéis al señor de Loynez, que preside a los caballeros en la tribuna del Occidente. ¿Corre algún peligro Cadoreto?

DOUMEGE

No, hija mía; sufre de algo que no lo matará. Oye: quédate aquí, ya se anuncian los campeones.

Entre el clangor de las trompas, avanza por el palenque el capitán de Castelnaudary: lo distingue el bastón de mariscal, viste como un rey de armas, y entalama su corcel azabachado con la galanía de sus cuarteles en campos de gules. Sobre pisadores tordillos, que dilatan en sus narices el vaho que busca el viento, siguen los farautes de toca y joyel, tremolando los estandartes, la vista alerta, la voz pronta, los escrocones de topacio partiéndose en sus hombros cual dalmáticas rituales.

Altivo y de airosa estampa, viene en línea con su rival, Cavayer de Seyre, en robusta alfana de pies dosalbos. Felipe de Galhac, pensativo y resuelto, monta albazano bridón de fogosos botes. La gentileza, gallarda en el uno, melancólica en el otro, se cubre en ambos con bacinetes de almenas: respiran por las ventallas que se unen a las cotas; los farsetos y los roeles, el colchón y el hierro les atrincheran los músculos; y sus lorigas de ruda trama se confunden a los ocultos petos y al contorno bruñido de los braciles y al puntiagudo y turgente amparo de los escarpes.

Sobre las acérrimas torres andantes, en que la clara luz se enturbia, dando a su violento choque o a su suave resbalar, breves relámpagos fríos, los lambrequines desde las cimeras caen y se retuercen, crujen y flotan, estremeciendo sus candelillas trémulas. Los de Galhac son rojos, y blancos los

de Cavayer: más que la nube del incienso exhalándose del carbón ardiente, se antojan en la expectativa la nieve y el fuego de un solo monte estallante. Las caballerías, encabritadas por las espuelas, regidas por los frenos, van en su rijoso mover, con lorigas como los jinetes y cascos en los testuces. Las bardas en las grupas se caparazonan de brocados y despliegan los blasones. El bridón de Felipe luce una torre de plata, con dos mastines encadenados a la puerta, y divisa que dice: « su llave en el abismo ». La alfana de Seyre ostenta, de oro, un hacha atravesada al pie de un león de sable pasante, y en el mote una advertencia: « en dos filos la misma muerte. »

Cabalgando entre los escarces de nobles potros también, pero sin lanza en la cuja ni acero al cinto, los custodian sus asistentes Cantacusac de Ryons y Austorc de Gontaud: los escuderos traen los arneses de los campeones; y cierra el séquito la guardia del mariscal de combate. En tanto, sube al patíbulo Yolanda, envuelta en cándido velo, y Cadoreto, al lado de su blancura, enciende la llama de su túnica roja. El canónigo Colomiez entre la acusada, de nieve, y el verdugo de púrpura, es un pálido fantasma negro. En el mirador del linde, frente a Loynez, Ruadel y sus amigos; se yerguen Castrucio y Lobrati con sus pajes y soldados. Castelnaudary ocupa el centro de la arena, con un clerizonte y dos farautes: los pala-

dines saludan a Trincavel, y después se plantan al Sur y al Norte.

GALHAC

Yo, Felipe de Galhac, Señor de la Torre de Santonge, acuso a Yolanda de impureza y de crimen; lo cual probaré con la ayuda del santo Cielo, que a toda mancha de honor cierra sus puertas.

SEYRE

Yo, Cavayer de Seyre, de la Orden de la Estrella, invocando el nombre de Nuestra Señora, reina de todo lo puro, defenderé a una mujer vilipendiada.

CASTELNAUDARY

Campeones: venid a jurar la buena fe de vuestro pleito.

El mariscal toma el Crucifijo de manos del clerizonte y adelanta con los farautes.

GALHAC, tendiendo la diestra.

La acusación a Yolanda ha sido reconocida por mi y por los que la saben;

creo ciertas las causas; y juro, como bravo caballero, que la justicia me asiste.

SEYRE

Yo juro, sobre el Cristo crucificado, oidlo al Norte, al Septentrión, al Oriente, al Mediodía; yo juro que la acusada, cosa que os llenará de asombro, es doncella.

GALHAC

Asombra que a un paso de la muerte oses mentir, lenguaz malsinante, y no respetes ni mi amor ni mis dolores.

CASTELNAUDARY

No podéis disputar; añadid, según el uso, que no emplearéis armas traidoras, ni filtro mágico, ni diabólico sortilegio.

DORADE, en su mirador.

La acusación está mal hecha.

LOYNEZ

Cavayer dió muy bien con la fórmula. Ambos, quizá, lo saben; pero cuando rugen el honor y el odio, las sutilezas se

borran: sólo la muerte aplaca. Ved, sus ojos despiden rayos.

Los campeones se tocan los dedos sobre el Crucifijo: sus asistentes les piden las prendas del juicio, y ponen el guante y la capa en manos del Señor de Carcasona.

PIBRAC, en el graderío.

Juntémonos con Oth, todos miran al castillejo.

GALAUT

Échate en la socarrena; iremos por detrás de los miradores.

Un JUGLAR, que ocupa el portillo.

¡Ah! Si Pedro Cardinal estuviera aquí, ya tendríamos algo nuevo: mi voz se fatiga de albadas y dezires.

OTRO JUGLAR

Que San Huberto me asista, y yo mismo contaré la contienda, como para que se la grabe en el encausto de los emperadores.

PIBRAC

Silencio, rabel sin cuerdas; dad paso a un hombre sin ánimos.

EL JUGLAR

Atrás, fole de mala crianza.

DOUMEGE

Armoniosos mirlos, dejadnos descender, y oid al mariscal.

CASTELNAUDARY, en alta voz.

Campeones, si queréis dirigir un recuerdo a la multitud, o a una persona, cumplidlo prestamente.

GALHAC

Yo saludo a la dulce Amelot, que quizá no me escucha, demandándole perdón por los males que le produjeron mis faltas.

CAVAYER DE SEYRE

Yo me despido de Austorc de Gontaud, mi compañero en el asalto de Marieta; yo

me despido del camarada Cadoreto y de sus cantos de amor en las noches divinas.

Hombres y mujeres mueven tocas y velos. El verdugo alza desde su sitio las manos; Amelot no comprende lo que sus doncellas le explican; los paladines abaten las viseras. A los asistentes les dan las lanzas los escuderos, y los asistentes las revisan antes de pasárselas a los mantenedores.

CASTELNAUDARY

El leal combate va a empezar. Todo aquel que pronuncie un grito, que salte a la liza o intervenga en la lucha, reo será de muerte.

EL FARAUTE DEL NORTE

Felipe de Galhac, aquí presente, en nombre de Dios, del Señor de Carcasona y de él mismo, bajo pena de ser en la derrota declarado malsín, probará la culpa de Yolanda.

EL FARAUTE DEL SUR

Cavayer de Seyre, aquí presente, en nombre de Dios, del Señor de Carcasona, y de él mismo, bajo pena de ser declarado fementido si le vencen, sostendrá su inocencia.

CASTELNAUDARY

Caed nobles campeones en vuestras guardias; preparaos a llenar vuestros deberes.

Los mantenedores guindan las lanzas de la cuja al ristre. Opresión majestuosa hiela los murmurios humanos, y se oye casi vergonzante, el pimplón del Aude, que cadente, canta entre los árboles la dulce luz del vivir. De las cien torres de Carcasona expandece en la tarde, y la multitud lo recoge, el aliento marcial del alma heroica de las piedras. Ululan las trompas de los farautes; el mariscal alza su insignia en la dirección del castillejo; el Señor del feudo echa al palenque el manto y el guante.

CASTELNAUDARY, con imperioso acento.

Romped: cerrad.

Dos nubes macizas vuelan tras el rayo que desatan. Son torres de hierro que buscan abatirse hasta en sus fastigios. Son peñones arrebatados en el rebalse del odio. Son centellas de vida con lumbres de muerte. Se embisten con tan descomunal empuje, que las caballerías rompen las líneas. Los bracerales de acero, rozándose, fulminan como si se hubiesen tocado las almas. Y las herretas oprimen los frenos, y la sangre se mezcla a la espuma. Nuevo frente; nuevo mutismo;

nuevo arranque. Domina el resoplar de las bestias: en los hombres la respiración por la cólera se funde en el relámpago de los ojos. El rudo silbo de los amientos es rugir que guía la recta visión de los paladines. Las dos moharras, rígidas, van a los dos escudos inmóviles: igual coraje, igual fijeza, igual brío; las lanzas vertiginosas suben a los yelmos, y en el mutuo golpe irresistible ruedan los campeones con hórrido batacazo.

LA MULTITUD

Por San Jorge... Los dos, muertos... Terrible juicio... Callaos... El mariscal grita... El señor se impacienta...

DORADE

Maravilloso bote doble...

LOYNEZ

¡Nunca vi uno igual!

RUADEL

Cavayer se mueve...

DORADE

Algo más, se incorpora.

LA MULTITUD

Un caballero se yergue... Bravo es... Y animoso, y galán... ¿No habrá quien se calle?... Empieza tú mismo, ¡ira de Dios!

CASTELNAUDARY, empinándose en las estriberas.

Mandobles a los combatientes.

Austorc de Gontaud arma a su ahijado. Felipe de Galhac no da signo de vida, mientras Ryons le alcanza el montante. El paladín de Yolanda, apoyándose en el escudo, marcha acezoso, oprimido por la cota. Madama de Castelnaudary se dirige a las doncellas, y los alharemes, como un vuelo de palomas en el mirador, agitan y alegran las aires.

AELIS, con agudo alarido.

¡Piedad! ¡Piedad!

LAS DAMAS

Ha triunfado. ¡Clemencia!... ¡Clemencia!...

El compasivo coro gana a todas las mujeres. Trincavel lo acoge y tira su bastón a la arena. La orden resulta inútil, pues el atacante se desploma junto al enemigo inanimado.

CASTELNAUDARY

Acudid a los campeones.

RYONS

El caballero de Galhac ha muerto.

GONTAUD

El caballero de Seyre está desvanecido.

Vuelve a zumbar en los libres ámbitos el clamor formidable de la multitud. Renaudin, en el palenque, observa a Cavayer, a quien Austorc le quita la armadura. El mariscal, después de oir al médico y a Rodolfo de Trincavel, se dirige entre los farautes al pueblo.

CASTELNAUDARY

El Señor de Carcasona decide, que el Dios de la Justicia no quiso tener un campeón absoluto. Es cierto que en la mujer hay impureza, mas no es menos cierto que su crimen no resulta tal como se le sustentaba. No se puede declarar malsinante a Felipe de Galhac, porque se ignora si Cavayer va a sobrevivirle. Y aun en el caso de doble muerte se evitará a Yolanda la

horca, pues siendo su acusador el primer vencido, se comprende que su falta no fué completa. La mujer abandonará hoy mismo nuestros muros, y su defensor jurará no verla más en su vida. Los heraldos, en Carcasona, en los arrabales y en el feudo, proclamarán esta sentencia a los cuatro vientos.

Responden las trompas. Amelot, en su mirador, modula un canto: Rodolfo, exasperándose, grita a sus doncellas que la dominen, y baja al palenque. Ya Cavayer, incorporado por Gontaud, espera al mariscal y a los farautes: los sones callan, y el clerizonte presenta el Crucifijo.

CASTELNAUDARY

¿Juráis, según lo actuado, sobre la imagen de Nuestro Señor, juráis, renunciar por siempre a Yolanda de Tolosa?

CAVAYER DE SEYRE, tendiendo la diestra.

Juro ante Dios y los hombres, proteger a tan noble víctima, desposada por artimañas, de modo indigno de su cuna.

RODOLFO DE TRINCAVEL, violentamente.

Gran preboste, que el verdugo tronche lo que lleva a un campeón a rebelarse contra el caballeresco juicio.

EL PREBOSTE

¡Maestro de altas obras! ¿Habéis escuchado?

Cavayer de Seyre, que hace un esfuerzo para requerir la espada, cae vencido por el mismo esfuerzo.

RODOLFO DE TRINCAVEL, con creciente furia.

Mi voz es ley, y la ley es suprema. Jamás en un combate judiciario dejaron los mantenedores de cumplir los autos. Escorpiones de mi autoridad, estériles ponzoñas de vuestro propio orgullo, ¿creéis que he de proceder eternamente como un trefe? Se acabó la sosería de mi compasión: Yolanda a la horca, sus cómplices al destierro, y tú, mal vasallo y peor gentilhombre, que reniegas sagrados compromisos sobre el cadáver de un paladín, sufrirás los rigores de mi feudal justicia.

CADORETO, desde el patíbulo, con idéntico tono restallante.

Basta, hidra de dos cabezas. Si ayer te creía un instrumento, hoy te considero un réprobo. He subido a esta basa, disfrazado por esta túnica, solamente para impedir tus decisiones. Tu voz no es ley: es voz de lengua fraudulenta en garganta butionda como un sepulcro. Vil asesino de Yolanda, vil asesino de una religiosa, no has respetado ni la Casa de Dios, ni el noble lecho de tus nupcias...

TRINCAVEL

¡Oh, oh, oh, Castrucio! Colgadle a él mismo...

CADORETO

¡Veneno, llama a tu víbora; hedentina, corre a tu podredumbre; crimen, métete en tu antro!... ¡Así, los dos juntos! ¡Pueblo de Carcasona, Castrucio mató a Gásparis para robarle el filtro de la demencia, y vuestro amo enloqueció a su mujer inocente!

LA MULTITUD

¡Horror!... ¡Felonía... Oid... Aun no ha concluído!...

CASTRUCIO

¿Qué esperáis, oh preboste? ¡A la horca! ¡Prendedle!

Los sayones se precipitan sobre Cadoreto. Entre la confusión, Oth reparte picas a los cofrades de la Cisterna; sus asistentes arman a los caballeros, que se arrojan de los miradores. Austorc de Gontaud empuña el montante de Cavayer y derriba a los custodios del patíbulo. Rodolfo ordena a sus guardias y mete mano en arremetida furiosa: Castrucio desaparece con Lobrati.

CASTRUCIO, agazapándose en los ristreles.

Mira, se le ve bien a Cadoreto; por la socarrena cabe un venablo: ¿eres o no el primer ballestero del mundo?... Le ponen el dogal...

LOBRATI

Silencio, ¡vive Dios!

CASTRUCIO

Ya cuelga...

LOBRATI

Callad, o malogro el golpe...

CASTRUCIO

Bravísimo: en pleno cuerpo... Gran hombre, escucha. Coge esta llave; vuela a la torre; baja a la trampa; sácalo a Ormes y vuélvete al punto.

LOBRATI

¡Alto ahí! Son muchas cosas. Venga el garvier con la otra llave. Debo al cielo nueva muerte, ¿y no me debéis nada?

CASTRUCIO

Treinta escudos.

LOBRATI

¡Treinta trallazos del infierno! La llave del tesoro, digo...

Al través del maderamen crecen voces, jadeos, gritos, clamores.

CASTRUCIO

Agur, la reyerta amenaza.

LOBRATI

Quédate, avaro. Derrocha al menos tu pavor...

Le planta el puñal en el cuello, le quita el garvier y huye rápido. Castrucio, desangrándose entre estertoroso ronquido, no mira que Colomiez rompe la cuerda de Cadoreto. Desde los últimos miradores, Amelot, que oyó un lamento de Aelis, camina con agitación misteriosa. Los caballeros, estoquean a los alguaciles del preboste, y dan frente al avance de la guardia.

RODOLFO DE TRINCAVEL

¡Malditos, al fin os tengo!

AUSTORC DE GONTAUD

Loynez; por tu flanco, acude a los bravos de la Cisterna.

MAESE BROUL

No temáis, Oth nos dirige.

TRINCAVEL

A mí, Cantacusac.

CANTACUSAC

A nosotros, Castelnaudary

LOYNEZ

¡Paso al Dragón!

CASTELNAUDARY

¡Águila, cierra!

DORADE

¡Trueno, y San Dionisio!

RUADEL

¡Germa, al milagro!

CANTACUSAC

¡Hacha y luna, la gloria!

Yolanda libra al bufón de la flecha y con su velo le restaña la sangre: Colomiez inclínase, lo bendice y lo absuelve. La lucha arrecia en torno del cuerpo caído. Ágiles, briosos, desatentados, revuelven los combatientes, partesanas, picas, montan-

tes; y mezclan en el tumulto del ardimiento, no siempre con sentido, los nombres de los santos, los motes de sus listeles, los signos de sus blasones. Tal como reyes ilustres y secuaces humildes de los campos aquivos y teucros, se batían sobre el cadáver de Patroclo ; así los señores y los villanos se señalan y se embisten, sin que los dioses los alienten ni crucen sus denuestos por las alturas hasta vibrar en la zona de las estrellas. El silencio asombrado de la multitud en los miradores presta al bélico estruendo un soplo más trágico ; cuando en el semblante y en el porte de Amelot se anuncia el prodigio de una Minerva inesperada. No cubre los fornidos hombros de Aquiles con la égida espantable, ni le ciñe de nube de oro y enceguecedora hoguera ; mas detiénese ante Galhac y toma la lanza del campeón muerto. Aparta a sus doncellas, las impone con sus ojos, sigilosa se estira, hiende las espaldas de Trincavel ; brotan dos gritos : « Mirad cual veo », en la mujer ; « Absolución », en el hombre ; y un cuerpo se desprende como madurísimo fruto. Prorrumpe la vengadora en carcajada sarcástica y los caballeros, sorprendidos, deponen las armas horrorizados.

AUSTORC DE GONTAUD, saltando al patíbulo.

Noble Castelnaudary, animoso Cantacusac,

mi pobre tío no existe, y oid de vuestro jefe el fraternal acento... Deploremos juntos tanto crimen y tanto error y tanto desastre: traed a Castrucio; él será el único rehén de la contienda.

UN MESNADERO

He aquí su cadáver.

AUSTORC DE GONTAUD

¿Dónde? ¿Quién lo ha muerto?

RENAUDIN, desde el pie del graderío.

Un vil: está degollado.

LA MULTITUD

La mano de Dios... Justicia... Justicia divina...

AUSTORC DE GONTAUD

Gentileshombres, maestros, aprendices, burgueses, soldados, de la ciudad de Carcasona: acompañadme hoy a enterrar a las víctimas, elevando el corazón; mañana decidiréis, si, como yo lo pienso, nos debe o no gobernar el rey de la Cruzada.

LA MULTITUD

¡Nöel!... ¡Nöel!... ¡Viva nuestro capitán!...
¿Quién es ese anciano? Mirad el vestiglo.

DORADE

Se antoja por los secos aires, sombra de barrote en el sol de cueva húmeda...

RUADEL

Las barbas son los helechos.

CASTELNAUDARY

La cabellera los líquenes.

COLOMIEZ

¡El senescal Ormes!

LOYNEZ

¡Tarde de prodigios!

El prisionero avanza sin encontrar qué decir, ignorando qué hacer, como apoyándose en su incierta líbertad, atraído por la luz que respira.

ORMES

Soy un cadáver desenterrado, mas vues-

tros acentos, hermoso adalid, me infunden animación. ¡Benditos sean mis ojos que vieron el cielo para oir tales palabras!

AUSTORG DE GONTAUD

Yo os saludo, venerable senescal, representante de nuestro Gracioso Soberano; yo os saludo, pues Carcasona ansia que entre sus muros florezcan los Lirios de Francia.

En el tablado, el canónigo Colomiez vuelve a su rezo: Renaudin cree moribundo al bufón, que parece desvanecido en el principio de su eternidad armoniosa.

YOLANDA, inclinándose emocionada.

Sube, sube, a donde los astros no se chocan, porque su luz no marcha con el pensamiento de los hombres.

AUSTORG DE GONTAUD

Senescal, id a reposaros al castillo. Dejadme aún por un instante ser el jefe supremo... Pueblo de Carcasona: cuando la muerte, celosa de la vida de un alma, se la lleva inexorable, pueden excusarse ritos

y abreviarse oraciones. No es menester el baño de usanza para quien supo que el espíritu caballeresco se baña en la bondad y en la cortesía. No es menester la camisa de blanco lino para quien se guardó de la contaminación, ensalzó la honestidad y detestó la lujuria. No es menester la sobrevesta roja para quien si viviera derramaría su sangre por Cristo; y, ¡ah, nobles señores! la irrisoria túnica del verdugo lo proclama por un contraste sobre su cuerpo. No es menester que vele las armas, en el apartamiento de su capilla, quien las consagró en su interior recóndito a proteger a los débiles, a reprimir la malicia de los perversos, a inspirar la caridad, la fe, la esperanza y todo lo que se pide en la bendición del Pontifical sacrosanto... Loynez, ponle el capacete de Cavayer; y tú, Dorade, cálzale las espuelas... (Los asistentes obedecen). Cadoreto, levanta la cabeza, ya que no puedes hincar la rodilla... Mira, los gentileshombres te presentan sus espadas; llevas el casco de un campeón de la jus-

ticia, y te doy el espaldarazo que te arma caballero.

Los ojos del bufón se abren desmedidos y desea hablar, mas no se le oye.

AUSTORC, tocándole los hombros.

¡Adiós, amables farsas! ¡Adiós, ligeras bromas! ¡Adiós, canciones festivas!... Y salve a ti, novel cruzado! Duérmete en el seno del Señor... Ve, caballero de la luz, hacia tu destino; trasciende las cimas de los montes y los velos de las nubes, que nadie se llamará como tú, el trovador andante de las estrellas.

Al pie del patíbulo, siéntese la voz de la loca: después de su crisis violenta, dulcemente canta. Busca en confusos recuerdos el dezir de la peña monstruosa. Sube el graderío y la multitud se inclina: Amelot parece olvidarse de su infortunio al encontrar las palabras:

¿Quién calma al peregrino
Oyendo su oración?...
El hilo cristalino,
La fuente del peñón...

Y remata su canto, en silencio de ventura, mientras besa la frente de su Fino Amante, que abre los ojos, desea otra vez hablar y no puede. Entonces, a lo lejos, sonoro, estalla el Ángelus. Desde la cúspide de San Nazario, con su acento de eternidad, repercute en el castillo, en los cielos, en las llanuras. El rostro del expirante se estremece iluminándose.

EL PADRE COLOMIEZ

Es tu campana, Cadoreto. ¡Santa Cecilia!... ¡Santa Cecilia!...

CADORETO

¡Mis cascabeles de oro!... ¡Mis cascabeles de oro! (Muere.)

FIN

ÍNDICE

	Páginas
Prólogo	9
La Cisterna de Nuestra Señora *(Cuadro I)*	69
Los Ojos de Amelot *(Cuadro II)*	95
Canción de Tela *(Cuadro III)*	117
La Campana *(Cuadro IV)*	141
El Misterio del Roble, la Fuente y la Rosa *(Cuadro V)*	157
Las Calendas de Mayo *(Cuadro VI)*	175
Nenias y Juramentos *(Cuadro VII)*	213
Sor Berta *(Cuadro VIII)*	229
Pastorales *(Cuadro IX)*	247
Canción de Alba *(Cuadro X)*	275
El Cetro *(Cuadro XI)*	305
Noche de Fiebre *(Cuadro XII)*	323
Castrucio y Ormes *(Cuadro XIII)*	339
Céfiro *(Cuadro XIV)*	367
El Anillo *(Cuadro XV)*	379
El Sueño de Cadoreto *(Cuadro XVI)*	395
El Filtro *(Cuadro XVII)*	419
Conjuración *(Cuadro XVIII)*	443
Asonada *(Cuadro XIX)*	453
La Muerte de Flamenc *(Cuadro XX)*	469
El Manto de Cavayer *(Cuadro XXI)*	483
El Combate Judiciario *(Cuadro XXII)*	501